

A woman with long blonde hair, wearing a light-colored bikini, is walking on a sandy beach. She is carrying a white surfboard under her left arm and looking down with a slight smile. The background shows the ocean with gentle waves and a clear sky.

LOS
ÁNGELES
NO TIENEN
HÉLICES

Mercedes Alonso



LOS
ÁNGELES
NO TIENEN
HÉLICES



Mercedes Alonso

LOS
ÁNGELES
NO TIENEN
HÉLICES



LOS ÁNGELES NO TIENEN HÉLICES

© Mercedes Alonso, 2016

© Cristal, 2016

Fotografía de portada: Thinkstock

Fuencarral, 70, 28004

Madrid (España)

Primera edición: marzo de 2016

IBIC: FRH

ISBN: 978-84-15611-32-5

e-ISBN: 978-84-15611-33-2

Depósito legal: M-7.490-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

“Descubrí el secreto del mar meditando
sobre una gota de rocío.”
Antonio Machado

Prólogo

A los catorce años descubrí el grupo *El Último de la Fila*. Sus canciones me acompañaron mientras soñaba despierta, mientras escribía poemas, mientras me fijaba en aquel primer chico de ojos azules que me hacía sentir especial cuando me miraba. Crecí con su música, con las letras que parecían narrar cómo me sentía en cada momento, con aquellas palabras que, unidas, sonaban a poesía y me permitían viajar a un lugar lejano, “lejos de las leyes de los hombres, donde se diluye el horizonte”.

Aquella voz me acompañó en los mejores y peores momentos de mi vida, estuvo presente en los días en los que el amor llegó, “entras sin llamar, no te esperaba y el azar como una trampa te tendió en mi camino”, en los que conocí el desamor, “dime que fue verdad, que hubo un sendero aquí, que también yo ando perdido”... Y me acompañó durante mi embarazo, el nacimiento de mi hijo, a cada paso, trayéndome hasta el presente.

La voz de Manolo García, su música, la letra de cada una de sus canciones, seguirán estando en mi vida para siempre. También mientras escribo, cuando me animo, cuando me desanimo, cuando creo que nada es posible y cuando pienso todo lo contrario. Y están y estarán en mis libros, de alguna manera habrá un pedacito en cada una de las cosas que escriba. El título de los capítulos de esta novela es un ejemplo. Yo no podría hacerlo mejor que él, el único, el maestro, el poeta.

Vestido de hombre rana

Aquel verano cambió mi vida para siempre.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de unos días de vacaciones debido a los continuos cambios de trabajo. Durante dos años había ido encadenando un contrato precario tras otro en diferentes empresas de manera que los horarios, un salario digno y vacaciones, pasaron a ser algo utópico. Pero mi suerte pareció cambiar de pronto, cuando en la última empresa que me habían contratado hacía seis meses decidieron hacerme fija y, además, me dieron un mes entero de vacaciones.

No era el trabajo de mi vida, ni siquiera me gustaba, pero era mucho más de lo que esperaba. Al final te acostumbras a la precariedad y cualquier cosa que supere tus bajas expectativas termina pareciéndote un regalo.

Para celebrarlo, mis amigas y yo decidimos alquilar una casa en Los Caños de Meca, Cádiz. Por supuesto, lo hicimos en el último momento, que era como siempre solíamos hacer las cosas, pero la suerte estuvo de nuestro lado y encontramos la casa ideal en el lugar ideal. Y así fue como, en cuanto el calendario marcó el inicio del mes de agosto, hicimos las maletas y partimos rumbo a La Costa de la Luz en busca de un cambio de aires y un poco de diversión.

Al principio íbamos a ser cinco: Sofía, Lucy, Marisol, Marta y yo. Pero en el último momento Marta decidió quedarse en Madrid con su último novio, un niñato al que había conocido apenas un mes antes y que, por lo que contaba, era un absoluto imbécil. Sinceramente, no me importó que no

viniera. Marta era amiga de Lucy, se habían conocido en la Universidad cuando ambas estudiaban Filología Inglesa convirtiéndose en inseparables, pero lo cierto era que yo no sentía demasiada simpatía por ella.

El resto nos habíamos conocido a los trece años en el equipo de baloncesto del barrio del que las cuatro formábamos parte y, desde entonces, nuestros caminos no habían vuelto a separarse; al menos no durante demasiado tiempo.

Sofía era la atrevida, Lucy la responsable, Marisol la soñadora y yo la indecisa. Eso era lo que decían de mí mis amigas. Pero nos entendíamos bien y nos apoyábamos en los momentos difíciles, que es cuando realmente se demuestra lo que significa ser una verdadera amiga.

Aquel verano todas estábamos solteras y sin compromiso. Sofía porque no quería comprometerse, Lucy porque era muy exigente, Marisol porque buscaba un príncipe azul que solo existía en sus sueños y yo porque tenía muy mala suerte con los hombres. De hecho, hacía solo unas semanas que Fran me había dejado. Por lo visto, aunque yo no lo sabía, nuestra relación era puramente sexual, y en cuanto se cansó de mí y encontró a otra dispuesta a meterse en su cama me dejó con un: “Ha sido divertido, pero se acabó”. Solo le faltó añadir: “Buenas noches y buena suerte”.

La casa que habíamos alquilado estaba muy cerca de la playa. Tenía cuatro dormitorios, dos baños completos, una amplia cocina, un salón y un jardín muy coqueto que contaba con mobiliario de teca, barbacoa y un toldo automatizado que se recogía al levantarse el viento y se extendía cuando salía el sol.

Nuestros planes eran bastante sencillos: pasar el día en la playa, darnos largos baños en el mar, tomar el sol y salir alguna noche a conocer los locales de la zona. El ambiente que se respiraba en aquel lugar era alegre y festivo, y aunque no hiciéramos nada excepcional, el hecho de estar allí juntas era más

que suficiente. Atrás quedaban el largo invierno, las maratónicas jornadas de trabajo y los apretados horarios.

Llevábamos allí cinco días y estábamos en la playa, tomando el sol mientras nos refrescábamos con un tinto de verano y dormitábamos a ratos mecidas por el sonido de las olas. Para mí, aquello era el paraíso después de dos años enteros sin pisar el mar. Era curioso, porque a pesar de haber nacido y crecido en Madrid necesitaba el océano cerca de mí, y mi sueño siempre había sido poder trasladarme algún día a cualquier lugar cerca del mar. Apenas podía dejar de suspirar, me sentía completamente satisfecha y no necesitaba nada más para ser feliz. Al menos, eso era lo que yo pensaba.

—Apuntémonos a clases de surf —dijo de pronto Sofía.

—¿A clases de surf? —pregunté con curiosidad—. Ni siquiera soy capaz de mantener el equilibrio sobre un patinete, así que imagínate sobre una tabla.

—Podría resultar una actividad divertida y diferente —opinó Marisol.

—Y los monitores de surf están todos como un tren —señaló Lucy.

—Hagámoslo —nos animó Sofía—. Ya sé que hemos venido a descansar, pero estar todo el día tirada en la playa empieza a ser aburrido. Necesito un poco de aventura. Todas necesitamos un poco de aventura, ¿no creéis?

—Yo no necesito ninguna aventura, así estoy perfectamente —les dije dando un sorbo a mi bebida.

Y lo estaba. Tumbada sobre la toalla, con las gafas de sol y una gorra con visera, el tinto de verano en a la mano derecha y un montón de comida en una bolsa.

—Somos tres contra una —dijo Marisol—. Tú pierdes y nosotras ganamos.

—¿De verdad queréis hacer el ridículo? Porque es lo único que vamos a conseguir —les advertí—. Si queréis chicos guapos, solo tenemos que buscarlos. Hay cientos de tíos buenos en alguna parte.

—¿Tú te has fijado en los monitores de surf? —me preguntó Lucy abriendo

los ojos como platos—. Confieso que el traje de neopreno sobre esos cuerpos musculosos me vuelve completamente loca.

—Venga, Olivia. Solo serán una o dos horas al día y después podrás seguir tumbada hasta que se te quede el culo cuadrado —intentó disuadirme Sofía.

—Entonces, ¿todas de acuerdo? —Marisol estaba completamente convencida de llevar a cabo aquella locura, a pesar de que ella era la menos atrevida del grupo.

—¡Yo no!— exclamé sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Me niego a ponerme uno de esos trajes y parecer una morcilla.

—¡Tú te callas! —me ordenó Sofía—. Hemos venido a divertirnos y eso es lo que vamos a hacer.

El traje de neopreno era un auténtico suplicio y casi había necesitado la ayuda de un calzador y al menos cuatro manos más para meterme dentro. La sangre no me circulaba allí donde me cubría, aunque por fortuna era corto y dejaba al descubierto brazos y piernas. Me sentía incomoda y ridícula y, por si fuera poco, el profesor de surf me había caído mal nada más verle. Estaba claro que era un ligón engreído que estaba acostumbrado a que las mujeres fueran tras él dejando un rastro de saliva a su espalda. La forma en que me había mirado de arriba abajo me había incomodado; daba la impresión de que estaba comprobando el material antes de probarlo. Lo llevaba claro si pensaba que iba a poner sobre mí un solo dedo. Antes muerta.

Había huido durante toda mi vida de los hombres que pensaban que eran el “no va más” y que las mujeres debíamos estar agradecidas porque nos dedicaran un minuto de atención. Después, en la intimidad y sin público ante el que pavonearse, solían ser personas decepcionantes tanto fuera como dentro de la cama.

Salí del cuartucho que hacía las veces de cambiador en el interior de una caseta a pie de playa, embutida, literalmente, en el traje de neopreno, y Enzo,

que así se llamaba el monitor, posó de nuevo sus ojos sobre mí de forma descarada y torció la boca con una media sonrisa de aprobación.

Mis amigas parecían un grupo de gallinas cloqueando a su alrededor y desfilaban delante de él sin ningún pudor mostrándole a Enzo lo bien que les quedaba el traje, pero él parecía tener ojos solo para mí.

La verdad es que era un hombre muy guapo, con el pelo rubio y un poco largo, unos ojos verdes y rasgados que le daban aspecto felino, y unos labios delgados, pero que en aquella cara quedaban perfectos. Su cuerpo parecía tallado bajo el neopreno y se adivinaba una musculatura muy trabajada por el ejercicio que, sin duda, llevaba años practicando. Era el típico surfista *buenorro* que podía verse en las películas, pero no era mi tipo.

—¿Preparadas? —nos preguntó Enzo.

—Por supuesto —dijeron mis amigas al unísono, con una sonrisa de oreja a oreja y aleteando las pestañas con coquetería.

—Primero enceraremos las tablas —nos informó él.

—¿Cómo dices? —pregunté con perplejidad—. ¿Pretendes cobrarnos por enseñarnos a encerar una tabla?

—Forma parte de la clase. Encerar la tabla correctamente es muy importante —me explicó.

—Estoy aquí para recibir clases de surf y no para encerar la tabla y quitarte trabajo a ti —le espeté—. Ni que esto fuera *Karate Kid*. “Dar cera, pulir cera” —me burlé moviendo las manos en círculos.

—¡Deja de quejarte! —me regañó Sofía—. Vamos, Enzo, enséñanos a encerar la tabla. —Y Sofía volvió a aletear las pestañas sonriendo como una tonta.

—Aquí tenéis la parafina —nos indicó él mostrándonos algo que tenía el aspecto de un borrador gigante—. Y esto es lo que debéis hacer.

A continuación, Enzo comenzó a frotar la parafina contra la tabla y todas le

miramos atentamente. Bueno, todas menos yo, que tenía cosas mejores que hacer, como, por ejemplo, morirme de envidia al ver a la gente tumbada tranquilamente en la playa o nadando en el mar.

—¿Lo has entendido? —La voz de Enzo, muy cerca de mi oído, me hizo dar un respingo.

Me incomodaba su cercanía y di un par de pasos hacia un lado para alejarme de él.

—Por supuesto —respondí, arrancándole aquella cosa de la mano.

Él sonrió, cogió mi mano y comenzó a moverla sobre la tabla lentamente, dibujando pequeños círculos. Mi intención era apartar mi mano de la suya y separarme de él, pero aquel ejercicio tenía algo que consiguió serenarme y me dejé llevar sin esfuerzo.

—¿Lo ves? —susurró en mi oído—. Hay que aplicar la cera en las zonas donde se necesita más agarre.

“¿Agarre?”, pensé mientras notaba el contacto de su mano sobre la mía. A pesar del calor que sentía dentro de aquel traje, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Enzo debió notarlo porque emitió una suave carcajada y con la mano izquierda apretó mi cuerpo contra el suyo. Pude notar la dureza de sus músculos contra mi espalda y también la dureza de otro musculo que se encontraba mucho más abajo.

—Me ha quedado claro —me impacienté—. Clarísimo —repetí empujándole lejos de mí—. ¿Por qué no empezamos ya?

—¿Listas? —preguntó Enzo dando una palmada.

—¿Podrías supervisar mi tabla? —La voz de Sofía sonó sugerente y, más que pedir, invitó a Enzo a supervisar algo que no era precisamente la tabla.

Él se acercó a ella y observé cómo mi amiga le cogía la mano y la colocaba sobre la tabla para después deslizar la suya a lo largo del brazo de Enzo. Sofía estaba jugando sus cartas, pero Enzo, que debía estar acostumbrado a

episodios como aquel, no pareció darle la menor importancia.

—¡Perfecto! —le indicó él—. Y ahora llega la mejor parte.

Seguimos a Enzo hasta la orilla arrastrando las tablas de surf y nos colocamos entre las banderas que delimitaban la zona de actividades acuáticas. Enzo nos dio una pequeña charla sobre las corrientes, las rocas o cómo colocar la tabla y después hicimos algunos ejercicios de calentamiento, y practicamos cómo ponernos de pie y cómo colocar los pies sobre la tabla antes de ir al agua. Entonces comenzamos la clase práctica.

Nos adentramos en las frías aguas del Atlántico arrastrando las tablas hacia el interior. Al principio no seguí las indicaciones de Enzo y me limité a tumbarme sobre la tabla como si fuese una colchoneta, dejándome mecer por las olas, pero cuando vi que mis amigas hacían sus primeros progresos y además parecían divertirse, la Olivia competitiva que habitaba en mí despertó de su letargo y me sumergí de lleno en aquel nuevo reto. Tumbada sobre la tabla, remé con los brazos, observé cómo rompían las olas y la corriente y esperé el momento adecuado para practicar lo que habíamos hecho antes sobre la arena. Intenté una y otra vez ponerme en pie sin demasiado éxito, pero nunca me había rendido y me prometí que, cuando las vacaciones llegaran a su fin, los misterios del surf habrían sido desvelados.

Enzo, consciente de mi nueva actitud, me ayudó cada vez que caía al agua o perdía la tabla y era arrastrada por la corriente. En cada ocasión, su cercanía, sus leves roces y su voz grave y susurrante muy cerca de mi oído, provocaban sensaciones que no lograba identificar o que, tal vez, no quería identificar. Los hombres no estaban entre mis entretenimientos de aquel verano, acababa de finalizar una relación y lo que menos me apetecía era sumergirme en otra y complicarme la vida una vez más.

—¡Vamos, Olivia! —gritaba Sofía desde fuera del agua—. ¡La clase ha terminado!

Levanté la vista y vi a mis amigas esperándome en la playa, junto a Enzo. Debían llevar un buen rato llamándome, pero cuando conseguía concentrarme en cualquier actividad hacía falta algo más que unos cuantos gritos para llamar mi atención.

Arrastré la tabla hacia la orilla, pero una ola traicionera y enorme consiguió tirarme y arrancármela de las manos. El resultado fue un golpe en la cabeza y unos segundos de aturdimiento en los que me encontré bajo el agua y me sentí algo desorientada. Unas manos me arrastraron hacia arriba. Me costó un poco enfocar la vista, pero cuando lo conseguí, lo primero que vi fueron los ojos de Enzo, su rostro perlado de gotas de agua y su pelo empapado cayendo sobre ella.

—Estoy bien —le dije apartándome el pelo de la cara—. No hacía falta que vinieras a rescatarme.

Nadé hasta la orilla, donde mis amigas me esperaban con caras asustadas a pesar de que mi actitud dejaba bastante claro que lo sucedido no tenía la menor importancia.

—Olivia, ¿estás bien? —La cara de preocupación de Lucy me hizo volver a la realidad.

—Sí, estoy perfectamente, no os preocupéis. Solo ha sido un pequeño accidente.

—¡Dios mío! Estás sangrando —gritó Sofía retirándome el pelo de la cara.

—Es verdad —dijo Marisol—. Déjame echar un vistazo.

—Seguro que no es nada. Me he golpeado contra la tabla y me habré hecho un chichón —la tranquilicé, pasándome la mano por el lado derecho de la frente.

—¿Todo bien, chicas? —preguntó Enzo, que volvía con la tabla que yo no me había molestado en recoger.

—Bien —asentí.

—Tengo un botiquín en la caseta, será mejor que te cure esa herida — añadió Enzo al reparar en la sangre.

—Ya os lo he dicho, no es nada. Ya me curaré al volver a casa. —Estaba empezando a perder los nervios con tantas atenciones por una simple brecha que estaba segura que no tenía importancia, y comencé a andar hacia la caseta con impaciencia.

Me metí en la ducha nada más llegar a casa y me quedé un largo rato bajo el chorro de agua caliente.

Los primeros días de nuestra estancia allí habían sido terapéuticos. Playa, sol, comer, beber, dormir y poco más. Justo lo que necesitaba tras dos años sin un solo día de descanso, pero aquella mañana había sido tan intensa que me sentía totalmente exhausta.

Enzo no me gustaba, a pesar de su evidente atractivo, su innegable encanto y sus numerosas habilidades en el agua. Sin embargo, cada vez que intentaba dejar la mente en blanco, su imagen aparecía en mi cabeza y no podía apartar de mi mente sus ojos y su voz. No sabía lo que me estaba pasando, pero en cuanto me descuidaba allí estaba él, emergiendo de las aguas del mar, sacudiendo la cabeza mientras su pelo brillaba bajo el sol y cientos de gotas de agua se dispersaban a su alrededor. Y una y otra vez, como si se tratara de una película, la imagen se repetía en mi cabeza a cámara lenta.

La herida seguía sangrando y mis amigas se empeñaban en ir a Urgencias en contra de mi voluntad.

—Eres enfermera —le dije a Marisol—. Desinfectas la herida y arreglado.

—No es cuestión de desinfectar, Olivia. Deberían ponerte uno o dos puntos —respondió ella.

—No pienso ir a que me cosan la frente —me negué—. No quiero a pasar las próximas cuatro horas de nuestras vacaciones en Urgencias.

—¡Cabezota! —exclamó Lucy.

—Y supongo que este accidente hará que dejes las clases de surf —afirmó Sofía con una mueca de enfado.

—No dejaré las clases —contesté—. He pagado por ellas y no voy a echarme atrás por un pequeño accidente sin importancia que, además, no ha tenido nada que ver con el surf.

—Siempre has sido muy competitiva —opinó Lucy—. Cuando jugábamos a baloncesto siempre querías ganar, aunque gracias a ti y a esa actitud conseguimos muchas victorias.

—Creo que cuando se hace algo hay que hacerlo lo mejor posible —respondí.

—Y si el profesor de surf es un bombón, mucho mejor —añadió Marisol.

—¿De verdad? No me he fijado —mentí, apartando la mirada de la suya.

—¿Que no te has fijado? —me preguntó Sofía con sorpresa—. Pues él no te ha quitado los ojos de encima, a pesar de que no le has hecho ni caso y te has comportado como una auténtica borde.

—No he sido borde, pero pagar unas clases y perder el tiempo dando cera a la tabla no me ha parecido lógico.

—¡Ojalá se hubiese fijado en mí! —exclamó Sofía—. Y eso que me he insinuado de todas las maneras posibles, solo me ha faltado desnudarme y abrirme de piernas.

—¡Es guapísimo! —suspiró Marisol.

—Y encantador —añadió Lucy—. Cuando la ola te ha tirado y el mar parecía haberte tragado no lo ha pensado dos veces y ha ido a rescatarte. ¿No es eso romántico?

—No tenía que rescatarme de nada —repliqué—. Mi vida no ha corrido peligro en ningún momento.

—Eso no podíamos saberlo. ¡Eres una borde! —me increpó Sofía—. No sabes la suerte que tienes.

—¿Suerte porque un musculitos sin cerebro se haya fijado en mí? —me carcajeé—. Eso no es suerte, suponiendo que sea cierto eso de que se ha fijado en mí...

—Es suerte al cuadrado —opinó Lucy.

—Al cubo —la corrigió Marisol.

En aquel momento no era capaz de entender a mis amigas. No sabía si Enzo se había fijado en mí, pero me daba absolutamente igual. Lo único que me preocupaba era que, para gustarme tan poco, no podía apartarle de mi cabeza.

Cosas que pasan

—¡Ahora! —me indicó Enzo—. Coloca los pies como te he enseñado.

Era mi segunda clase de surf y conseguí ponerme de pie sobre la tabla. Solo fueron unos segundos, pero me sentí tan complacida conmigo misma que pasé la siguiente hora entrenando como si me preparase para una competición. Caía y volvía a intentarlo, y cada vez que lograba mantener el equilibrio me iba animando más, hasta que al final de la clase acabé completamente exhausta.

Salí del agua arrastrando la tabla y las piernas, y al poner los pies en la orilla me dejé caer sobre la arena, agotada pero feliz. Aunque había sido la única que había puesto pegas a contratar aquellas clases, era quien más las estaba disfrutando.

Marisol, Sofía y Lucy, hacía un rato que se habían marchado a cambiarse de ropa, dejándonos solos a Enzo y a mí. Estaba dispuesta a exprimir aquel curso hasta el último euro que había pagado; no por el dinero, sino porque sentía que había nacido para aquello.

—Aprendes rápido —me dijo Enzo mientras se sentaba a mi lado.

Abrí los ojos para mirarle. Los rayos del sol se reflejaban en cada una de las gotas de agua que perlaban su melena y su rostro. Parecía un ángel salido de un cuadro de Botticelli, pero mucho más sexi, con aquellos preciosos ojos rasgados que en ese momento entornaba para protegerlos del sol.

—Para eso estoy aquí, para aprender —respondí.

—Ayer, sin embargo, no parecías muy contenta. Me dio la impresión de

que te habían obligado a apuntarte al curso.

—Lo hicieron —le confirmé—. Pensaba que íbamos a tener unas vacaciones tranquilas y no me gustó la idea de tener que levantarme cada mañana ajustándome a un horario, pero ya que lo he hecho, estoy dispuesta a aprender.

—¿Qué tal está tu frente? —preguntó retirándome el pelo.

El contacto de su piel contra mi piel me hizo estremecer.

—Solo fue un rasguño —respondí cerrando los ojos para no tener que enfrentarme a los suyos.

—Un buen rasguño, diría yo.

Esperé a que Enzo se apartara para volver a abrir los ojos, pero seguía notándole muy cerca, y allí permaneció un buen rato. Podía sentir su aliento sobre mi rostro y su olor inundando mis fosas nasales.

—Tengo que irme —dije comenzando a ponerme en pie—. Mis amigas me esperan.

Me dirigí a la caseta y me cambié el traje de neopreno por un bikini y una camiseta. Aquella era una de las cosas que más me gustaba de estar allí de vacaciones, que podías vestirme como quisieras y nadie te miraba de forma extraña. Allí la gente apenas llevaba ropa encima e incluso me había cruzado con algunas personas que iban descalzas por la calle.

Al salir no vi a Enzo por ninguna parte. Mis amigas me esperaban sentadas en el escalón de entrada a la caseta con una lata de Acuario y regresamos a casa a comer.

—Esta noche salimos —afirmó Sofía—. Parecemos las monjitas de un convento de clausura y hemos venido a divertirnos.

—Estoy muerta —respondí.

—Al ritmo que llevas en las clases de surf terminarás enseñando tú a Enzo —bromeó Marisol.

—¿Por qué ese repentino interés por el surf? —preguntó Lucy.

—Me hace sentir bien. No puedo explicarlo con palabras, pero cuando estoy en el mar, sobre la tabla, me siento libre.

—Yo estoy decepcionada. Todas habéis conseguido mantener el equilibrio sobre la tabla alguna vez y yo no logro despegar mi trasero de ella —se quejó Sofía.

—Yo solo lo he conseguido un par de veces y fue genial —sonrió Lucy.

—Nunca se me han dado bien los deportes, cuando jugábamos a baloncesto yo era la peor —continuó Sofía.

—Eres la mejor en otras cosas —intentó animarla Marisol.

—Dime un par de cosas en las que sea mejor que vosotras —la retó Sofía.

—Ligas más que ninguna de nosotras y eres la más decidida. En cuanto te lo propongas, serás la reina del surf —respondió Marisol.

—Marisol tiene razón, así que deja de quejarte —la regañé.

—No me quejó, solo señalo lo evidente, pero tenéis razón: soy un *crack* ligando y esta noche estoy dispuesta a conocer a algún hombretón dispuesto a pasar la mejor noche de su vida —aseguró Sofía—. Así que, moved vuestros preciosos culitos del sillón y vayamos a quemar la noche.

—¿Tengo que ir? —pregunté tímidamente.

—Tienes el primer turno de ducha —respondió Sofía, y su tono de voz no admitía ninguna réplica.

Aquella noche éramos las “Cuatro Fantásticas”. El sol había oscurecido varios tonos nuestra piel, arrebatándola el blanco nuclear con el que habíamos llegado unos días antes y dándonos un aspecto saludable y atractivo.

Sofía llevaba un atrevido vestido verde sin mangas que dejaba al descubierto sus piernas hasta los muslos, la larga y lisa melena negra suelta cayéndole por los hombros desnudos y unas sandalias doradas con tacón de

quince centímetros.

Lucy había elegido un vestido azul de tirantes con pequeños volantes que caían hasta la rodilla. Su corto y rubio pelo, gracias al tinte, brillaba bajo la luz artificial de las farolas de la calle y hasta parecía haber perdido su habitual vergüenza.

Marisol estaba guapísima con un *top* amarillo, una faldita negra y sandalias con un alto y finísimo tacón. Se había recogido la melena castaña en una cola de caballo y estaba espectacular.

Yo elegí un vestido vaquero con escote palabra de honor de corte recto que me llegaba por encima de la rodilla, y lo complementé con unas sandalias rojas muy *hippies*. Me dejé el pelo suelto, lo tenía muy largo y rubio, y el sol, durante aquellos días, me había aclarado algunos mechones, dejándolos más luminosos. Me sentía atractiva y dispuesta a comerme el mundo, aunque apenas una hora antes ni siquiera quería salir de casa.

Entramos en un local en el que la mayoría de la gente descansaba en cómodos sofás al ras del suelo. El ambiente era alegre y distendido, y nadie nos miró al entrar. Allí la gente buscaba pasárselo bien y disfrutar, sin importarle nada más.

—¡Allí están! —gritó Sofía al tiempo que señalaba hacia el final del local.

Miré en la dirección que mi amiga indicaba y, aunque al principio no reconocí a nadie, poco después le vi. La expresión de mi rostro debió cambiar completamente.

—¿Qué hace él aquí? —le pregunté a Marisol, que iba delante de mí.

—Enzo nos invitó a venir esta mañana —respondió acelerando el paso.

—¿Por qué yo no sabía nada de esto? —le pregunté a Sofía.

—Porque si te lo hubiésemos contado nos habrías chafado el plan —respondió ella.

—¿Chafaros el plan? —inquirí a mi amiga, sintiéndome sorprendida y

defraudada—. Podéis quedar con quien queráis, no es mi problema, pero yo también tengo derecho a elegir con quién quiero o no quiero salir.

—Enzo conoce a un montón de gente y nos dijo que nos presentaría a algunos amigos. Íbamos a contártelo, pero...

—Ya veo.

Me molestó que mis amigas me ocultaran sus planes, pero iba a demostrarles que cuando quería sabía divertirme más que nadie. Aceleré el paso y me dirigí hacia Enzo y sus amigos. Lucy y Marisol ya estaban allí, y cuando llegué junto a ellos me presenté directamente sin esperar a que Enzo lo hiciera, luciendo la mejor de mis sonrisas.

Los amigos de Enzo eran tres, Pepe, Santi y Roberto y, excepto uno de ellos que era poco agraciado, el resto eran muy atractivos. A diferencia de Enzo, hablaban con un alegre acento gaditano. Bebimos chupitos de tequila, nos reímos con los chistes de Juan hasta tener agujetas en el estómago y tonteamos como quinceañeras con cada uno de aquellos hombres.

Marisol y Lucy compitieron por la atención de Roberto mientras Sofía le echaba el ojo a Pepe, un gaditano moreno de ojos negros que parecía estar encantado con las atenciones de mi amiga. Mientras tanto, yo contemplaba fascinada los rituales de seducción de mis amigas, sus coqueteos y los aleteos de pestañas, y de vez en cuando miraba a Enzo, con quien apenas había intercambiado un par de frases en toda la noche.

Me había sentado lejos de él porque no quería dar pie a ninguna situación incómoda como la ocurrida aquella mañana, cuando nos quedamos solos en la playa. Hacía un par de semanas que mi relación con Fran había llegado a su fin y quería pasar unas vacaciones tranquilas, alejada de los hombres.

Después de beber varios chupitos, y puesto que no aguantaba bien el alcohol, me sentí algo mareada y salí a tomar el aire. Mis amigas seguían con su aleteo de pestañas y ni siquiera se dieron cuenta de que me marchaba.

La playa estaba vacía y tranquila, en contraste con el interior del local. Me quité los zapatos y caminé hasta la orilla para mojarme los pies. Llegué haciendo eses, tiré las sandalias sobre la arena y me senté a escasos centímetros del lugar donde rompían las olas.

—¿Te atreves a darte un baño? —La voz de Enzo, grave y algo ronca, me llegó desde muy cerca.

—Estoy demasiado borracha para bañarme. Probablemente me ahogaría y tengo demasiado aprecio a mi vida.

No estaba dispuesta a dejarme embaucar por aquel hombre, no quería ser otro juguete de un par de noches, que me utilizara y dejara tirada como probablemente habría hecho con otras muchas mujeres. Tal y como Fran había hecho conmigo. Pero su voz parecía una caricia junto a mi oído y sonaba de maravilla.

Enzo se sentó a mi lado, demasiado cerca para mi gusto. Podía sentir su pierna izquierda rozando mi pierna derecha, su brazo junto al mío y su cabeza a tan solo unos centímetros de la mía. Me mordí el labio inferior intentando apartar esos pensamientos de mi mente. Debía ser el alcohol que corría por mis venas el que me empujaba a pensar en los labios de Enzo sobre los míos o en sus manos recorriendo mi piel.

—¿Demasiado borracha? —repitió él.

—He bebido más de la cuenta y mañana tendré una horrible resaca que, tal vez, me impida ir a clases de surf —respondí.

—El profesor te pondrá falta y llamará por teléfono a tus padres para informarles de que no has asistido a clase —bromeó él.

—Mis padres son muy comprensivos. Supongo que, por una vez, estarán dispuestos a firmarme una autorización.

—¿Estás demasiado borracha o solo un poco? —volvió a preguntar.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirí, girando la cabeza hacia él para mirarle

por primera vez.

Nuestros labios quedaron a muy pocos centímetros de distancia.

—Porque si estás demasiado borracha, quizá mañana no recuerdes esto — respondió acercándose peligrosamente a mí.

Pero iba a recordarlo. Los labios de Enzo sobre los míos, su lengua abriéndose paso hacia el interior de mi boca hasta entrelazarse con la mía en una danza candente y sinuosa. Iba a ser algo muy difícil de olvidar.

—¿Lo recordarás? —preguntó separándose lentamente de mí.

Mi boca se sintió huérfana lejos de la suya y pasé la lengua por encima de mis labios, saboreando aquel beso que me había dejado con ganas de mucho más.

No respondí, pero sabía que recordaría aquel beso. No estaba tan borracha como para no hacerlo, y podría recordarlo mucho mejor si conseguía reproducirlo una vez más, así que, sin pensarlo dos veces, le devolví el beso, que fue mucho mejor que el anterior, más largo, más intenso y mucho más salvaje.

Enzo volvió a separar sus labios de los míos, me miró largamente y dibujó una sonrisa en la comisura de sus labios. Le imité y yo también sonreí. Entreabrí los labios invitándole a seguir explorando aquella deliciosa sensación un poco más, pero él se puso de pie y me tendió la mano.

—Será mejor que lo dejemos aquí. Si no vas a recordar nada mañana, prefiero no seguir.

No acepté su mano, pero me levanté, cogí las sandalias que había dejado sobre la arena y volví al interior del local, dejándole atrás mientras una oleada de indignación se apoderaba de mí.

Me despedí de mis amigas y volví sola a casa. Había sido un error dejar que Enzo me besara y devolverle el beso de aquella manera. Pero aquello no volvería a ocurrir porque a partir de aquel momento pensaba dejarle claro que

no me interesaba. Sin embargo, mi cuerpo no estaba de acuerdo con mi mente y no podía borrar aquellos besos de un plumazo. Al contrario, mientras caminaba de vuelta a casa, volví a recordarlos una y otra vez.

Y una y otra vez deseé que volvieran a repetirse.

Vamos

—¡Vamos, perezosa! —me zarandó Lucy—. Llegaremos tarde a clase.

—No voy a ir —respondí tapándome la cabeza con la almohada.

—No hay quien te entienda. Ayer decías que no querías dejarlo y hoy dices que no quieres ir.

—Me duele la cabeza —me quejé—. No volveré a probar una gota de alcohol en toda mi vida.

—Nosotras bebimos mucho más que tú y aquí nos tienes, listas para una nueva clase de surf —dijo Lucy.

—Ya sabes que el alcohol y yo somos incompatibles, así que me quedaré durmiendo para recuperarme.

—¡De eso nada! —exclamó Sofía quitándome la sabana que me arropaba y empujándome fuera de la cama.

—¡Eres una bruta! Has estado a punto de tirarme al suelo —la regañé.

—Deja de quejarte. Tienes una taza de café en la encimera de la cocina y hace un día maravilloso que tenemos que disfrutar a tope —dijo Sofía saliendo de la habitación.

—¿Qué tomasteis anoche? —pregunté a Lucy, que seguía allí de pie, cruzada de brazos y esperando a que me levantara.

—No es lo que tomamos, Olivia, sino lo mucho que nos divertimos. Además, Sofía ligó con Pepe y ya sabes el subidón que le producen esas cosas.

Me levanté de la cama, me puse un bikini y una camiseta y me tomé el café

de un trago, sin respirar, como cuando era pequeña y mi madre me obligaba a tomar un vaso de leche antes de ir al colegio. No tenía ganas de ver a Enzo y mucho menos de ver cómo sonreía de forma burlona después de lo sucedido la noche anterior, pero tampoco me apetecía confesarles a mis amigas nada de lo sucedido.

El cielo estaba completamente azul, sin una sola nube, pero soplaba un viento fuerte y el mar estaba revuelto. La jornada no pintaba nada bien y habría preferido estar muy lejos de allí.

No saludé a Enzo. No podía mirarle a los ojos y me limité a encerar la tabla y a practicar los ejercicios de calentamiento antes de entrar al agua. Mi falta de concentración hizo que me cayera tantas veces como intenté ponerme en pie sobre la tabla. Besarle me había afectado más de lo que estaba dispuesta a admitir y no podía entender que se comportara con absoluta normalidad, como si lo sucedido la noche anterior fuese solo producto de mi imaginación. Como no estaba dispuesta a dejarme vencer lo seguí intentando una y otra vez, aunque sin éxito.

Me sentía defraudada conmigo misma y tomé una decisión: a partir de aquel momento no permitiría que Enzo se acercara a mí más de lo estrictamente necesario. Solo le dejaría acercarse durante las clases y el resto del tiempo no tendríamos ningún contacto.

Podría haber abandonado las clases, pero lo cierto es que me gustaban. Además, mis amigas no me lo habrían perdonado. Solo debía mantenerme alejada de él y hacer uso de mi autocontrol.

No les conté nada de lo sucedido porque habría dado lugar a un montón de comentarios sobre mis posibilidades con Enzo que no tenía ganas de escuchar, e intenté comportarme con normalidad, algo que me resultó bastante difícil disimular cuando me comentaron que aquella noche habían vuelto a quedar con Enzo y sus amigos. Evidentemente, yo no podía ir a

aquella cita. No quería que lo de la noche anterior volviera a repetirse, y para ello no solo iba a necesitar echar mano de todo mi autocontrol: también tendría que evitar cualquier encuentro con él fuera de las clases. Especialmente si se producía por la noche y con un par de copas de más.

—Lo siento, pero hoy voy a quedarme en casa. Leeré un rato y quizá después vaya a dar un paseo por la playa —les comunicó a mis amigas.

—Esos parecen los planes de mi abuela —dijo Marisol—. Aunque ella iría al bingo y hasta se tomaría una copita de anís.

—Necesito descansar y recuperar energías para la clase de mañana —les expliqué—. Ya he hecho bastante ridículo hoy.

—Si no te tomaras las clases de surf tan en serio y no pareciera que entrenas para una competición, no estarías tan cansada —objetó Sofía.

—Eso no es verdad y, además, me gusta tomarme las cosas en serio —repliqué.

—¿Quién va a llevarnos al lugar de la cita? Está a varios kilómetros de aquí y tú eres la única que ha traído coche —me recordó Lucy.

—Si eso es lo que os preocupa, podéis llevaros el coche, no voy a necesitarlo —les dije cogiendo las llaves del bolso—. Pero os recuerdo que una de vosotras, la que vaya a conducir, no puede beber.

—Ya lo sabemos, mami —dijo Sofía sacándome la lengua y arrancándome las llaves de la mano—. Y solo para que lo sepas, eres un muermo.

—Vale, soy un muermo —acepté—. Pero tened cuidado.

—Esta noche intentaré tirarme a Pepe, así que deséame suerte —dijo Sofía.

—No creo que la necesites —respondí mirándola de arriba abajo.

Llevaba un *top* blanco tan ajustado que casi podía ver sus pezones, y una falda cortísima que acentuaba sus largas y torneadas piernas.

—Yo prefiero a Roberto, pero si no estás interesada en Enzo quizá lo intente con él —dijo Marisol.

—Tienes el camino libre, por lo que a mí respecta Enzo y yo no estamos en la misma onda.

Las vi marcharse entre risas, haciendo planes para aquella noche que prometía ser tan divertida y echando a suertes quién iba a conducir. Deseé no haber conocido a Enzo. Todo habría sido más sencillo si nuestros caminos no se hubiesen cruzado jamás y, en aquel momento, yo estaría saliendo con mis amigas en lugar de quedarme en casa, sola y aburrida.

Me sentía un poco deprimida. Quizá debería haberme sincerado con mis amigas y haberles contado la verdad, pero ni yo misma conocía esa verdad. ¿Por qué me había afectado tanto besar a Enzo?

Me preparé algo para cenar y después decidí salir a dar un paseo por la playa del Pirata, que estaba cerca de la casa que habíamos alquilado. Aquella era una de las playas más concurridas de la zona y había gente por todas partes. Caminando llegué a un chiringuito que me gustó, *Good Karma*, y decidí entrar y pedir una bebida. La música estaba a tope, igual que el local, así que en cuanto pude me hice un hueco en la barra y pedí una piña colada. Después salí al exterior y busqué un lugar apartado para tomar la bebida, aunque no hubo demasiada suerte y tuve que conformarme con el primer sitio libre que encontré, que no era precisamente tranquilo y solitario.

Cerré los ojos dispuesta a relajarme y disfrutar de aquella estupenda noche. El viento que nos había acompañado la mayor parte del día nos había dado un descanso, dejando una temperatura fresca pero agradable. A pesar de toda la gente y la música que salía del chiringuito, podía escuchar el sonido del mar y me habría quedado dormida si una voz, justo a mi lado, no me lo hubiese impedido.

—No parece estar divirtiéndote mucho —dijo alguien. Yo le ignoré, pensando que se dirigía a otra persona—. ¿Vienes mucho por aquí?

Abrí los ojos y me encontré con un hombre alto y moreno que me miraba

fijamente. Era muy atractivo y vestía una camiseta negra y unos vaqueros por encima de la rodilla.

—¿Hablas conmigo? —le pregunté.

—Sí, a menos que haya alguien debajo de ti —bromeó—. Me llamo Marcos.

—Hola, yo soy Olivia —respondí sin moverme.

—¿Has venido sola?

—Sí —respondí—. Mis amigas tenían ganas de juerga y yo quería pasar una noche tranquila. ¿Y tú? ¿Has venido acompañado?

—Mis amigos están por aquí, en alguna parte, aunque hace un rato que los perdí de vista —respondió él—. ¿Te importa que me siente?

—Como quieras, la playa es de todos, pero te advierto que no soy buena compañía esta noche.

—¿Mal de amores?

—¿Por qué lo preguntas? Simplemente me apetecía estar un rato sola. Y no, nadie me ha roto el corazón ni nada parecido —le expliqué.

—Me alegra oír eso, solo te he preguntado porque encontrar en un lugar tan concurrido a alguien que prefiere estar solo, es un poco raro.

—Entonces, soy rara —respondí.

—Si te estoy molestando, yo...

—No me molestas —le aseguré—, siempre que tengas claro que no soy buena compañía.

—¿Aburrida, cansada, deprimida?

—Nada de eso.

—Una mujer enigmática —afirmó Marcos.

—Soy una mujer bastante normal —le dije soltando una carcajada que brotó de mi garganta de forma natural.

—¿Crees que a una mujer normal le apetecería dar un paseo por la playa

con un tipo normal como yo? —me propuso.

—Tal vez —sonreí.

—¿Eso es un sí? —insistió.

No tenía nada que perder, Marcos parecía un tipo bastante agradable y empezaba a aburrirme de estar tumbada en la playa viendo cómo la gente se divertía a mi alrededor.

—Sí —acepté poniéndome en pie.

Marcos también se puso en pie y caminamos en línea recta hasta la orilla del mar para después girar, intentando dejar atrás el bullicio y adentrándonos en la oscuridad de la noche.

—¿Vas a estar mucho tiempo por aquí? —me preguntó Marcos.

—Todo el mes, y aunque aún quedan bastantes días de vacaciones prefiero no pensar en tener que volver a Madrid.

—¿A qué te dedicas?

—Soy profesora de Matemáticas, pero hace un par de años me despidieron del instituto en el que trabajaba por los recortes. Desde entonces he desempeñado todo tipo de trabajos. Ahora soy administrativa, algo que me resulta mortalmente aburrido —le expliqué.

—Te entiendo, yo soy ingeniero industrial y hace tres años que me marché a trabajar a Alemania. Solo hace un par de semanas que regresé.

—¿Has vuelto de vacaciones o es algo definitivo?

—Espero que sea algo definitivo. Soy de Valencia, y toda mi familia y amigos viven allí, así que me gustaría quedarme, pero si no logro encontrar algo interesante tendré que volver a marcharme —dijo encogiéndose de hombros—. Pero no nos pongamos serios, estamos de vacaciones y, al menos yo, tengo intención de pasármelo bien.

—Tienes razón —asentí—. Ya tendremos tiempo de pensar en el trabajo.

—¿Por qué no has salido con tus amigas?

—Ya te lo he dicho, quería pasar una noche tranquila. Ayer salimos hasta tarde y por la mañana vamos a un curso de surf, lo cual requiere mucha energía —le expliqué—. Además, habían quedado con unos chicos que conocieron ayer y los hombres y yo no hacemos buenas migas.

—Yo soy un hombre y estás aquí conmigo —observó él.

—Y todo irá perfectamente mientras no intentes ligar —bromeé.

—Mi teoría del corazón roto tiene cada vez más sentido.

—Mi corazón está perfectamente sano. Simplemente no me apetece tener una aventura de verano.

—¡Me partes el corazón! —exclamó poniéndose de rodillas—. Y yo que pensaba que esta noche iba a tener suerte...

—Jajaja —me reí—. Lamento no ser una opción, pero por ahora no estoy en el mercado.

Seguimos paseando y charlando hasta altas horas de la madrugada. El tiempo pasó tan deprisa que cuando miré el reloj y vi la hora que era no me lo podía creer. Me sentía cómoda y relajada junto a él, al contrario de lo que me sucedía cuando estaba cerca de Enzo.

Marcos me acompañó a casa y nos despedimos sin más; él no intentó besarme y ni siquiera intercambiamos nuestros números de teléfono.

Lapiz y tinta

“Tengo que conseguirlo”, me dije mientras intentaba ponerme de pie sobre la tabla.

Llevábamos más de media hora de clase y no había logrado ningún avance respecto al día anterior. Mis piernas parecían de gelatina, y en cuanto intentaba ponerme en pie volvía a caer al agua.

Enzo no me estaba prestando la menor atención y seguía comportándose con total normalidad, como si el beso que dos noches antes habíamos compartido nunca hubiese existido. Me molestaba su enorme autocontrol cuando yo ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos.

Empujé la tabla lejos de mí con enfado, los avances que había conseguido los primeros días parecían deberse a la suerte del principiante en lugar de a mis habilidades para realizar aquella actividad. Mis amigas tenían razón: era una persona competitiva y no concebía hacer algo si lo iba a hacer de forma mediocre.

—¿Estás bien? —me preguntó Enzo acercándose a mí.

—Perfectamente —le aseguré.

—Coge la tabla —me ordenó—. Volveré a explicarte cómo debes colocar las piernas para mantener el equilibrio.

No quería que me explicara nada, pero por otra parte quería aprender y en aquel momento él era el profesor y yo la alumna. Así que le obedecí y fui a buscar la tabla que se alejaba mecida por las olas.

—¡Sube! —me indicó.

Volví a obedecerle y me tumbé boca abajo. Enzo colocó una mano sobre mi espalda y, a pesar del grueso traje y de la frialdad del agua, pude notar el calor de su mano traspasando todas las barreras.

¿Cómo podía aquel hombre, con un gesto tan inocente, provocar en mí todas aquellas sensaciones?

Recordé su forma de besarme y, durante unos segundos, perdí la noción del tiempo y del lugar donde me encontraba.

—¿Preparada? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Sí —respondí apartando la mirada de la suya.

Enzo volvió a explicarme paso a paso lo que tenía que hacer, y su voz grave y susurrante acarició mis oídos y se apoderó de mi cerebro. Estaba a punto de perder la cabeza por su cercanía y tuve que echar mano de todo mi autocontrol para no abalanzarme sobre él y rogarle que me hiciera suya.

Finalizada la clase, mientras salía del agua para reunirme con mis amigas, vi a Enzo bromear con ellas y hacer planes para aquella noche. Envidié el tono suave que utilizaba para dirigirse a ellas y la naturalidad con la que se desenvolvían. Entre nosotros existía demasiada tensión y odié el momento en el que Sofía propuso que nos apuntáramos a aquellas malditas clases. Todo habría sido más sencillo con Enzo fuera de mi vida.

Guardamos las tablas y nos cambiamos de ropa. Mis amigas se despidieron de Enzo hasta la noche entre sonrisas y bromas, pero yo no dije nada. Estaba segura de que sus planes no me incluían, y él ni siquiera me había preguntado por qué no había ido con ellas la noche anterior. Cabizbaja, salí detrás de mis amigas intentando esquivar la mirada de Enzo.

—Olivia, ¿puedes esperar un momento? —me pidió él.

—¿Qué quieres? —pregunté rehuendo su mirada.

—Anoche te quedaste en casa. ¿Hay algo de lo que quieras que hablemos?

—¡No! —exclamé sorprendida por su pregunta—. No hay nada de lo que tú

y yo tengamos que hablar. Además, no me quede en casa, estuve... estuve... por ahí.

—¿Por ahí?

—No pienso mantener esta conversación contigo —le dije cruzándome de brazos.

—Quiero saber si el motivo por el que no saliste con tus amigas tiene algo que ver conmigo y con lo que pasó entre nosotros hace un par de días. — Pronunció estas palabras con tono serio y hasta me pareció interesado en mi respuesta, pero no pensaba contarle los motivos por los que la noche anterior decidí quedarme en casa.

—Eres un engreído —le espeté—. Y ahora, tengo que marcharme, me están esperando.

Me di media vuelta, decidida a alejarme de aquel lugar donde la temperatura estaba subiendo y la tensión podía cortarse con un cuchillo, pero Enzo me lo impidió cogiéndome por la cintura y obligándome a volverme hacia él.

—He dicho que me voy —le recordé.

—No sin que antes pruebe algo —me dijo acercándose hasta que nuestras cabezas quedaron a pocos centímetros.

Noté la respiración agitada, el corazón acelerado y abrí la boca dispuesta a decir algo, pero sus labios, suaves, dulces y jugosos, se apoderaron de los míos impidiéndomelo.

Aquel hombre besaba como un dios. Nadie me había besado nunca de aquella manera y me quedé allí, esclava de sus besos, dispuesta a satisfacer sus deseos y también los míos.

—Ahora lo recordarás —me dijo.

—¿Qué? —pregunté incrédula.

—Estás sobria y quería asegurarme de que esta vez lo recordararas.

—Eres... eres...

No terminé la frase. Enzo seguía allí, de pie, con aquella media sonrisa dibujada en la comisura de sus labios, mirándome con suficiencia y sabiendo cómo reaccionaría yo si volvía a besarme.

Me alejé de él echa una furia, regañándome mentalmente por ser tan idiota y por dejar que aquel hombre me manipulara a su antojo.

Una noche más, mis amigas se vestían para salir y había ropa por todos los rincones, maquillaje por todas partes y pares de zapatos tirados de cualquier manera por cualquier superficie. Empezaba a cansarme su actitud de adolescentes, aunque en el fondo sabía que lo que realmente me molestaba era que, una noche más, no podría acompañarlas.

—¿No piensas vestirme? —me preguntó Sofía.

—Estoy vestida —respondí.

Habíamos pasado la tarde en la playa y al regresar me había dado una ducha y puesto un sencillo vestido de algodón de rayas blancas y negras tipo marinero.

—No puedes salir con ese vestido —me regañó—. Pareces una mojígata.

—No voy a salir.

—¿Vas a volver a quedarte aquí, Olivia? —preguntó Marisol alarmada.

—Yo no he dicho eso, tal vez salga un rato, pero no con vosotras.

—Ayer lo pasamos genial y no deberías perdértelo —dijo Lucy.

—¿Qué has querido decir con eso de que no saldrás con nosotras? —inquirió Sofía.

—Ayer conocí a alguien en la playa y saldré para ver si vuelvo a encontrarle.

—¿Has conocido a alguien y no nos lo has contado? —se quejó Marisol.

—Lleváis todo el día hablando de lo mucho que os divertisteis ayer, de lo maravilloso que es Roberto, lo guapo que es Pepe y lo sexi que es Enzo, así

que no he tenido mucho tiempo de contaros nada. Además, solo se trata de alguien con quien pasé una noche estupenda paseando y charlando, nada más.

—Eso no es lo que habíamos planeado. Hemos venido juntas y se suponía que haríamos todos los planes juntas —dijo Lucy.

—No pienso ir a ningún lugar donde esté Enzo —estallé—. No soporto a ese hombre.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Sofía—. Es encantador, y nos ha presentado a sus amigos.

—Eso es lo que tú crees, pero en realidad Enzo es una persona egocéntrica, engreída, insufrible y... y... no le soporto.

—Deberías hacértelo mirar, Olivia —me dijo Lucy con los labios fruncidos.

—Vosotras seguid con vuestros planes y yo seguiré con los míos —respondí saliendo del salón y dando por zanjada aquella conversación.

Oí el motor del coche cuando se marchaban y respiré aliviada. Aún no sabía si volvería a la playa y, de hacerlo, si volvería a encontrarme con Marcos, pero cualquier cosa me parecía mucho mejor que tener que enfrentarme a Enzo y a los sentimientos contradictorios que despertaba en mí.

Mientras sopesaba mis opciones para aquella noche, debatiéndome entre sumergirme en las páginas de uno de los libros que había llevado o cambiarme de ropa y volver a la playa, llamaron al timbre y, perezosa, fui a ver de quién se trataba.

—¿Marcos? —Me sorprendió verle allí, aunque la noche anterior me había acompañado hasta la puerta y sabía dónde encontrarme.

—¿Vengo en mal momento?

—No, pasa, pero te advierto que mis amigas acaban de marcharse y han dejado la casa hecha un asco. Hay más ropa en el salón que en la pasarela Cibeles.

Me aparté a un lado, invitándole a entrar, pero un movimiento a la derecha

llamo mi atención y giré la cabeza para ver de qué se trataba. Mis ojos duplicaron su tamaño cuando me encontré con Enzo. Estaba guapísimo, con una ajustada camiseta blanca que realzaba su color de piel y unos vaqueros que estilizaban sus larguísimas piernas y marcaban algunas zonas de su cuerpo que prefería ignorar.

—Enzo. —Mi voz salió en un susurro, pero supe que él me había oído cuando levantó la vista del suelo y me miró.

—¿Podemos hablar?

—¿Te importa esperar un momento? —le pregunté a Marcos—. Será solo un minuto.

Marcos asintió y entró en la casa mientras yo esperaba impaciente que Enzo comenzara a hablar.

—Así que él es el motivo por el que no sales con tus amigas —concluyó.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso? —inquirí.

—No, he venido para invitarte a salir.

—¿Cómo dices? —pregunté para asegurarme de que había oído bien.

—¿Te parece raro que te invite a salir? —sonrió él.

—Teniendo en cuenta que yo no te soporto y que tú... tú...

—¿Yo?

—Creo que estás jugando conmigo o eso es lo que pretendes y, la verdad, no me interesa participar en ese juego. Así que mi respuesta es no.

—¿Estás segura? —Enzo no parecía decepcionado; al contrario, parecía estar disfrutando mucho de mi frustración.

—Total y completamente segura —respondí.

—En ese caso, será mejor que me vaya.

Pero no se fue, al menos no lo hizo de forma inmediata. Se quedó allí, mirándome fijamente a los ojos.

—¿No te ibas? —me impacienté.

Enzo no respondió, pero cogió mi cabeza entre sus manos y tiró de mí hasta que nuestros labios estuvieron pegados. Quería que se marchara, pero una vez más me sentí atrapada por aquel beso. No sabía qué era: su olor, su sabor, su forma de besar... Pero me gustaba, y mi fuerza de voluntad quedaba totalmente anulada cuando sentía sus labios sobre los míos.

Cuando me rodeó la cintura con sus brazos y me apretó contra él, pude notar su erección y, lejos de separarme y salir corriendo, me froté contra su cuerpo y hasta noté cómo me humedecía. Era una locura, pero una locura deliciosa.

—Me voy —anunció de pronto separándose de mí y dejándome con ganas de más—. Espero que descanses, mañana durante la clase seré muy exigente.

Había vuelto a hacerlo otra vez. Mientras él se burlaba de mí, mi autoestima había quedado por los suelos, mi autocontrol había desaparecido por completo y me sentía la mujer más desgraciada del mundo.

Regresé junto a Marcos, que había salido al jardín y se había tumbado en una de las hamacas. Parecía estar completamente relajado e incluso había cerrado los ojos. Le observé detenidamente bajo la luz de la luna. Era muy atractivo, tenía unos gruesos labios que invitaban a ser besados, su nariz era perfecta, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, y sus ojos, ocultos tras los parpados, estaban enmarcados por unas espesas y largas pestañas negras.

¿Qué necesidad tenía de consumirme por un hombre manipulador, engreído y estúpido cuando contaba con aquel al alcance de mi mano?

Marcos era real, habíamos congeniado inmediatamente y pasado una agradable velada paseando por la playa y charlando sobre un millón de cosas. No necesitaba a Enzo en mi vida, y solo tenía que ser fuerte y luchar contra aquellos sentimientos y emociones que despertaba en mí haciendo acopio de toda la artillería pesada a mi alcance.

—Perdona la interrupción —me disculpé—. Era el profesor de surf.

—¿A estas horas? —se extrañó él.

—Sofía, una de mis amigas, le llamó y le pidió que pasara a recoger una chaqueta —mentí—. Él y sus amigos han quedado con ellas.

—Y tú has vuelto a quedarte —observó él—. Lo cual es una suerte para mí.

—¿Quieres tomar algo? Creo que tengo todo lo necesario para hacer unos mojitos.

—Me tomaré uno —aceptó él.

Marcos y yo fuimos a la cocina y me observó mientras preparaba las bebidas. Era la primera vez que me atrevía a preparar un mojito, pero se lo había visto hacer cientos de veces a Sofía, que había trabajado durante los tres últimos veranos en los locales más exclusivos de Ibiza.

Nos sentamos en el jardín con nuestras copas, muy cerca el uno del otro y, durante un rato, contemplamos el cielo y la luna llena en silencio. La temperatura era suave y agradable, y me sentí cómoda junto a Marcos a pesar del silencio.

—¿Qué planes tenías para esta noche? —preguntó él.

—Me debatía entre la lectura o dar un paseo por la playa. En realidad, quería saber si podría encontrarte, pero tú lo has hecho antes —respondí.

—Ayer me encantó estar contigo y quería repetir —me dijo sonriendo. Parecía tan sincero que le devolví la sonrisa.

—A mí también me gustó estar contigo —le confesé.

Estábamos tumbados cada uno en una hamaca, mirándonos a los ojos, buceando en nuestras miradas, y me gustó lo que vi, porque Marcos parecía una persona que no ocultaba nada y que tenía las cosas bastante claras.

Él estiró su mano y cogió la mía. Su tacto y su calidez me resultaron reconfortantes y me sentí bien con nuestras manos y nuestras miradas entrelazadas.

—¿Te apetece que repitamos nuestro paseo de ayer? —propuso él.

—Sí, me apetece mucho —respondí.

Paseamos descalzos junto a la orilla del mar, con nuestros pies bañados por el agua y las manos unidas balanceándose al ritmo de las olas. A veces hablábamos y otras, simplemente, caminábamos mirando hacia el cielo. La luna llena se reflejaba en el mar, el agua se sentía deliciosa bajo los pies y la apacible noche invitaba a darse un baño o a tumbarse en la playa.

Me volví hacia Marcos para proponerle un baño, pero justo en aquel momento él también se volvió hacia mí y, antes de que la primera palabra saliera de mis labios, él comenzó a hablar.

—¿Te apetece que nos demos un baño?

—Me has leído la mente —sonreí—. Era justo lo que iba a proponerte.

Nos deshicimos de toda la ropa, excepto la interior, y la dejamos sobre la arena. Observé a Marcos mientras se desnudaba y admiré su torso liso, moreno y musculoso, su estrechas caderas y, más abajo, la abultada tela de sus bóxer.

Su mirada me recorrió como una caricia, lenta, suave y sinuosa, y corrí lejos de ella adentrándome en las frías aguas del océano. Contuve la respiración cuando mi cuerpo experimentó el contraste de temperaturas y me moví con rapidez sobre el agua, nadando con fuerza para recuperar el calor.

—¡Está helada! —exclamé cuando noté la presencia de Marcos.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—Un poco —respondí tiritando.

Marcos me sujetó por detrás y me acercó a su cuerpo, proporcionándome un agradable calor que agradecí suspirando.

—¿Mejor? —me preguntó al oído.

—Mucho mejor.

Marcos me giró hacia él, sonreía y unas arruguitas muy sexis se dibujaban en la comisura de sus ojos. Sus brazos me envolvían con suavidad mientras

nuestras piernas seguían agitándose bajo el agua, y me acomodé entre ellos buscando calor.

Sus labios se posaron sobre mi pelo y, lentamente, fueron descendiendo hacia mi rostro. Me besó la frente, la punta de la nariz y, finalmente, se aproximó a mis labios, pero no los besó de inmediato, solo los rozó levemente para después continuar hacia mi barbilla y perderse en la curva de mi cuello.

Me sentía expectante. El contraste del agua helada y la cercanía de su cuerpo, caliente y duro, era una sensación nueva que resultaba tremendamente excitante. Quería saber cómo acabaría aquello, pero no tenía prisa, y decidí dejarme llevar por Marcos y disfrutar plenamente de aquel momento.

Él siguió besándome alrededor del cuello y levanté la cabeza, disfrutando del contacto de sus labios sobre mi piel. Tenía los pezones duros y erectos, y deseé arrancarme el sujetador para poder sentir su piel contra la mía.

Marcos retornó hacia mis labios y volvió a rozarlos con suavidad. Yo los entreabrí, pasando la lengua por encima de ellos, invitándole a besarme, sintiéndome expectante ante aquel primer beso. Fue un beso increíble, fresco, dulce y perfecto, muy diferente del que Enzo me había dado unas horas antes, pero no por ello peor.

Me estremecí de placer y anticipación. Deseaba seguir descubriendo a aquel hombre al que acababa de conocer y junto al que todo resultaba fácil y natural.

—Deberíamos salir, estás temblando —susurró él.

—Sí, creo que será lo mejor.

Nadamos hasta la orilla y fuimos a buscar nuestra ropa. Comencé a vestirme deprisa porque estaba helada. La tela del vestido sobre mi piel me reconfortó, pero tenía la ropa interior empapada y sin ningún pudor me quité

las bragas y saqué el sujetador por el escote.

Marcos me estaba observando, se acercó a mí y volvió a besarme, pero esta vez de una forma tan intensa que me dejó sin respiración. Sin dudarlo, enrosqué las piernas en torno a su cintura y noté la piel húmeda y suave de su abdomen contra mi sexo desnudo. Él colocó sus manos por debajo del vestido y suspiró de placer ante aquel contacto. Caímos sobre la arena de la playa aún enredados. Su miembro palpitaba contra mi sexo y pasé la mano sobre él, liberándolo de la tela empapada de su bóxer. Estaba húmeda y preparada para recibirle y él empujó con fuerza, colándose en mi interior y llenándome por completo.

Bajo la luna llena, expuestos a la mirada de cualquiera que pasara por allí, viví una de las experiencias más placenteras y excitantes de mi vida. Nuestros cuerpos se movían acompasados, siguiendo el ritmo y la cadencia del mar, y la posibilidad de que alguien pudiera descubrirnos solo aumentó mi excitación.

¿Desde cuándo era una exhibicionista?

No tenía la respuesta a aquella pregunta, pero sabía que aquella noche, junto al mar, había encontrado a un hombre que merecía la pena.

A medio soñar

Aquella noche apenas pude dormir. Cada vez que conseguía sumergirme en los brazos de Morfeo un recurrente sueño me despertaba jadeante y sudorosa. Las imágenes eran tan nítidas que parecían reales.

En el sueño estaba con dos hombres, Marcos y Enzo, y ambos me besaban y acariciaban al mismo tiempo. Me sentía bien junto a ellos y disfrutaba de todas las atenciones que me prodigaban mientras les devolvía besos, caricias, y gemía como una gata en celo.

Temía cerrar los ojos y que el sueño se repitiera una vez más, haciéndome gemir en voz alta y consiguiendo despertar a mis amigas que dormían a escasos metros, así que me levanté al amanecer, me vestí y me marché a la playa.

Quería librarme de aquellas imágenes del sueño, liberar mi energía y cansarme hasta caer agotada. Corrí varios kilómetros por la orilla del mar y después me zambullí en el agua y nadé con fuerza contra la corriente. El agua estaba más fría que unas horas antes, pero lo agradecí porque contrastaba con el fuego interior que me devoraba y del que no conseguía librarme.

Cuando regresé a casa mis amigas ya se habían levantado. Tenían cara de haber dormido poco y parecían cansadas. La noche anterior no las había oído regresar, pero probablemente habrían llegado tarde y con varias copas de más.

—¿De dónde vienes? —me preguntó Sofía.

—He ido a correr y también he estado nadando un rato. La playa estaba

vacía y hacer un poco de deporte me ha venido muy bien —respondí.

—¿No tienes suficiente con el surf? —Lucy tenía la voz ronca y unas oscuras ojeras rodeaban sus ojos castaños.

—Al contrario, gracias a las clases estoy más en forma; incluso estoy pensando en recuperar mis saludables hábitos deportivos. Cuando regrese a casa me apuntaré al gimnasio o tal vez salga a correr por las mañanas.

—Me duele la cabeza —se quejó Marisol mientras apoyaba la frente en su mano derecha—. Tal vez yo también debería hacer más deporte y salir menos por la noche.

—¿No fue bien anoche? —pregunté con interés, pasando la vista por cada una de ellas.

—Fue una noche estupenda —respondió Sofía—. Tengo a Pepe en el bote y creo que de esta noche no pasa, pero he de reconocer que es un hueso duro de roer. Aunque eso le da más morbo.

—Ya estas tardando —dije sin pensar.

—Y lo dices tú que tardaste más de dos semanas en tener sexo con Fran —me espetó ella.

—Pero yo no suelo tener prisa, me gusta ir poco a poco y conocer al hombre con el que voy a meterme en la cama. —Aunque con Marcos había tardado justo un día—. Tú, en cambio, ¿cuánto sueles tardar? ¿Dos horas?

—O dos minutos —respondió ella—, pero Pepe está un poco chapado a la antigua y no está acostumbrado a que una mujer lleve la batuta, así que tengo que hacerle creer que en realidad él es quien manda.

—¿Qué me contáis vosotras? —pregunté a Lucy y a Marisol.

—Viento en popa a toda vela —contestó Lucy—. Roberto y yo no hemos pasado de algunos besos, y aunque tiene la mano un poco larga, yo no tengo prisa. Me gusta disfrutar de esos primeros días de una relación, cuando aún estás conociendo a la otra persona. Un poco de coqueteo, un beso robado, un

ligero roce... Bueno, la verdad es que los roces de Roberto no son nada ligeros, sino más bien un *sobeteo* en toda regla —suspiró.

—Y yo como siempre, de *sujetavelas* —se quejó Marisol de nuevo—. Enzo coquetea con todas, pero no parece estar interesado en nadie, y Santi no es mi tipo. ¿Cómo te fue a ti? ¿Encontraste al misterioso hombre de la playa?

—Vino a buscarme y lo pasamos muy bien, aunque no hicimos nada especial —mentí.

—¿Cómo es posible que todas, excepto yo, hayáis conocido a alguien? —se lamentó Marisol—. Siempre pasa lo mismo, no es justo. ¿Qué tengo de malo?

—No tienes nada malo. Eres guapa, simpática y cariñosa —la tranquilicé—. Y no es cierto que siempre pase lo mismo, te recuerdo que la que menos liga de todas soy yo. Las estadísticas lo demuestran.

—Eso no es verdad, lo que pasa es que eres la más inaccesible —observó Marisol.

—¿Inaccesible? —pregunté sorprendida.

—Sí, eres un poco rara —dijo Sofía.

—Inaccesible, rara... —enumeré—. ¿Hay algún calificativo más que queráis compartir conmigo esta mañana?

—No te lo tomes mal, Olivia. Cada una es como es —dijo Sofía acercándose a mí y pasándome el brazo por encima de los hombros.

Decidí no hacer caso a los comentarios de Sofía. Ella era así, decía siempre lo primero que le venía a la cabeza y no era consciente de que sus comentarios, a veces, podían resultar hirientes para los demás.

—¿Qué tal si nos vamos? —preguntó Lucy—. Es casi la hora de la clase, aunque a dios pongo por testigo de que no me apetece en absoluto pasar las próximas dos horas de mi vida sobre una tabla.

—¿Dos horas? Da gracias si conseguimos mantener el equilibrio dos segundos —bromeó Marisol.

Nos costó bastante encontrar aparcamiento, así que les dije a mis amigas que se bajaran del coche y se fueran cambiando de ropa mientras yo seguía buscando algún hueco para aparcar.

Cuando llegué a la playa ya se habían cambiado y estaban encerando las tablas junto a la caseta. Me puse el traje de neopreno tan deprisa como me fue posible. Había conseguido mejorar mi técnica durante los últimos días, pero no encontraba la cinta para subir la cremallera y grité el nombre de Sofía para pedirle ayuda.

Estaba de espaldas y sentí que alguien se acercaba por detrás, pero no me volví para comprobar de quién se trataba.

—Ayúdame a buscar la cinta de la cremallera, no sé por dónde se habrá metido y me niego a quitarme este maldito traje.

Noté unas manos metiéndose bajo la ropa e inmediatamente supe que no se trataba de ninguna de mis amigas. Aquel tacto y aquella forma de rozar mi piel, encendiéndola y haciéndome estremecer, solo podía pertenecer a una persona. Podría haberme dado la vuelta para acabar con aquello, pero no lo hice. Cuando Enzo me acariciaba, ya fuera con sus manos, sus labios o su mirada, me convertía en esclava de mis propios deseos, y nuevamente tuve que hacer un enorme esfuerzo para no girarme hacia él y suplicarle que me hiciera suya.

Enzo acarició mi espalda en toda su extensión y después se adentró en las profundidades del apretado traje, muy cerca de mis senos, pero sin llegar a rozarlos. Mis pezones reaccionaron endureciéndose y sus manos, suaves y cálidas, se deslizaron sobre la largura de mi anatomía.

Cerré los ojos y las imágenes del sueño que había tenido aquella madrugada impactaron con fuerza en mi mente. Enzo, desnudo y excitado, cubría mi cuerpo por completo y yo me abría a él como los pétalos de una flor que comienza a florecer.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa —susurró en mi oído mientras comenzaba a subir la cremallera del traje.

En cuanto Enzo retiró las manos de mi cuerpo recuperé la cordura y me sentí completamente avergonzada por mi falta de autocontrol. No podía girarme y mirarle a los ojos, y estaba segura de que si lo hacía él me miraría con superioridad, sabiendo que podía manipularme a su antojo y esbozando aquella sonrisa condenadamente sexi y al mismo tiempo odiosa.

Bajé la cabeza y me escabullí al exterior para coger la tabla. Mis amigas se habían marchado a la orilla y, muerta de rabia y de vergüenza, me volví hacia Enzo.

—Para eso te pago —le espeté con voz dura.

Enzo intentó acercarse a mí en varias ocasiones durante la clase, pero no se lo permití. Cada vez que le veía nadar en mi dirección me tiraba al agua y nadaba alejándose de él. Ni el autocontrol ni la fuerza de voluntad habían funcionado hasta el momento, cuando estaba cerca de él todo lo demás se eclipsaba y pasaba a un segundo plano, así que el único modo de no caer en la tentación era mantenerme lejos de él.

El resto del día solíamos pasarlo en la playa, y un par de tardes salimos a visitar algunos pueblos de la zona y a hacer algunas compras. A pesar de haber llevado dos maletas cada una, mis amigas no parecían tener suficiente ropa, y en cuanto veían una tienda salían corriendo como adolescentes y quemaban la Visa a ritmo de *heavy metal*. Pero lo mejor del día eran las noches junto a Marcos. Desde nuestra primera experiencia sexual en la playa nos encontrábamos cada noche e, independientemente de los planes que tuviéramos, acabábamos en la habitación de su hotel practicando un sexo salvaje del que ninguno de los dos parecíamos saciarnos.

Con Marcos me sentía bien y podía ser yo misma. A su lado todo era sencillo, y esos eran los únicos momentos del día en los que Enzo

desaparecía por completo de mi mente y volvía a ser la mujer alegre y segura que solía ser la mayor parte del tiempo. Pero, al llegar la madrugada, volvía a sumergirme en los tórridos sueños en los que Marcos y Enzo me hacían el amor y, entre gemidos y suspiros de placer, despertaba ardiendo y con el cuerpo completamente empapado de sudor.

¿Cuándo me había convertido en una ninfómana?

Siempre había disfrutado del sexo y no tenía ningún problema en irme a la cama con un hombre si me sentía atraída por él, pero, aquel verano, el sexo se había convertido en el centro de mi vida y hasta fantaseaba con la idea de tener una relación con dos hombres a la vez.

Mi imaginación se había desbocado. Conocía a Marcos en la intimidad y no me costaba imaginar sus besos, sus caricias o su cuerpo, pero de Enzo solo conocía sus labios y unas breves caricias sobre mi espalda. Sin embargo, en mis sueños, podía ver con toda claridad su cuerpo desnudo, sentir cómo me penetraba, observar que sus ojos se nublaban y oscurecían por el placer y notar cómo nuestros cuerpos se sacudían y temblaban al alcanzar el clímax.

No sabía si me estaba volviendo loca o el deseo por aquel hombre me estaba arrastrando hacia un lugar oscuro y desconocido.

Volvimos a casa cargadas con las compras que mis amigas habían hecho aquella tarde, gastándose el sueldo de los seis meses siguientes en ropa, zapatos y maquillaje que estaba segura no necesitaban. Si la casa que habíamos alquilado era ya de por sí un caos y parecía unos grandes almacenes, cuando comenzaron a sacarlo todo de las bolsas para volver a probárselo adquirió el aspecto de unos grandes almacenes en rebajas. La ropa parecía invadir cada superficie y cada rincón; incluso había vestidos colgados en los picaportes de las puertas.

—Tendrías que haberte comprado algo —me dijo Lucy.

—¿Qué querías que comprara? Prácticamente habéis arrasado las tiendas y

no habéis dejado nada.

—No te preocupes, Oli, si quieres algo no tienes más que pedirlo —me consoló Sofía mientras se volvía a probar un vestido fucsia que tenía menos tela que mi tanga.

—¿Vas a salir con eso a la calle? —le pregunté sin poder apartar la vista de ella. Imaginé a todos los hombres con los que se cruzara babeando sobre su escote y la escena no pudo resultarme más repulsiva.

—Si Pepe no se lanza con este vestido, nunca lo hará —respondió mirándose en el espejo.

El vestido era tan corto que parecía una camiseta, y tenía un enorme escote tanto por delante como por detrás, dejando la espalda al aire hasta el final de la cintura.

—¡Guau! —exclamó Marisol— Si yo fuera Pepe lo tendría clarísimo; de hecho, llevo tanto tiempo sin catarlo, que si Pepe no quiere me presento voluntaria para arrancarte el vestido.

Todas reímos con el comentario y los gestos de Marisol, que podía ser muy divertida, especialmente cuando sacaba punta a su faceta de víctima y se reía hasta de su sombra.

—¿Qué os parece esto, chicas? —preguntó Lucy sacando de una de las bolsas un vestido negro semitransparente.

—¡Pruébate! —la animo Marisol—. No te lo he visto puesto en la tienda.

Lucy no se hizo rogar y en menos de un minuto se colocó el vestido y comenzó a pasear por delante de nosotras, mostrándonoslo desde todos los ángulos.

El vestido tenía un corte bonito, pero al igual que el de Sofía era demasiado corto y no tenía nada de semitransparente. A través de él se veía absolutamente todo.

—Puedo contarte los lunares —le dije.

—¿De verdad? —se escandalizó ella. Empujó a Sofía lejos del espejo, ocupando su lugar delante de él.

—Es precioso —opinó Sofía—. Además, yo creo que deberíamos enseñar nuestro cuerpo ahora que somos jóvenes y podemos. Dentro de unos años quizá nos sobren kilos y la carne nos cuelgue por todas partes.

—Sentirte bien con tu cuerpo no significa que tengas que ir enseñándolo —le dije a mi amiga.

—¿Por eso te pasas el día en bikini? —replicó Marisol.

—Estamos en la playa y aquí todo el mundo va en bikini. No es lo mismo —respondí.

—Pues yo me siento bien con mi cuerpo y me gusta enseñarlo —dijo Sofía—. ¿Creéis que hoy será la gran noche?

—Si no es la gran noche es que Pepe tiene un grave problema —respondí.

—Eso creo yo —dijo volviéndose a mirar en el espejo con una enorme sonrisa—. Y si no es así, buscaré a algún hombre que le dé alegría a mi cuerpo.

—¿Qué vas a ponerte tú, Lucy? —le pregunté.

—En mi caso da igual lo que lleve puesto. Si fuese por Roberto llevaríamos días revolcándonos por cada rincón de Cádiz, pero tengo la regla y no quiero que nuestra primera vez sea *Viernes 13* en lugar de *Desayuno con Diamantes*.

—Sois unas tiquismiquis —dijo Sofía—. ¿Cómo lo llevas tú con el hombre misterioso? Ni siquiera nos lo has presentado.

—Marcos es un hombre encantador y nos lo pasamos muy bien juntos —respondí sin entrar en detalles.

—Vamos, cuéntanoslo todo ahora mismo. Estoy segura de que aquí hay tomate —insistió Sofía.

—Tienes demasiada imaginación —le dije.

—Imaginación es lo único que nos queda si te niegas a contarnos nada —se

quejó Marisol—. ¿Crees que nos tragamos que solo dais largos paseos y charláis?

—Vuestras mentes son demasiado calenturientas —las regañé—. Y no, no hay nada que contar.

—¿Estás segura? —inquirió Lucy entrecerrando los ojos.

—Segurísima —mentí, apartando la mirada.

Afortunadamente no volvieron a preguntarme nada más y, en cuanto Marisol sacó la bolsa con todo el maquillaje que habían comprado, se sumergieron en el mundo de la combinación de colores, la mejor manera de dar volumen a los labios o cómo aplicar la máscara de pestañas para hacerlas parecer más largas y espesas. En otro momento me habría metido de lleno en la conversación, pero mi mente no estaba allí y me resultaba imposible concentrarme en otra cosa que no fuese Enzo, Marcos y el sexo.

Marcos me había llamado un par de horas antes para citarme en la playa. Por lo visto me había preparado una pequeña sorpresa.

Notaba un nudo en el estomago. Estaba nerviosa porque no sabía qué tipo de sorpresa me esperaba y empezaba a preocuparme la dirección que estaba tomando aquella relación que comenzó siendo algo casual, sencillo y sin complicaciones.

En mis planes no entraba la posibilidad de enamorarme, y mucho menos si el hombre en cuestión vivía a más de cuatrocientos kilómetros de la ciudad en la que yo residía, o incluso más lejos si al final regresaba a Alemania. Sabía que las relaciones a distancia no funcionaban y, al final, el daño que causaban al ir apagándose lentamente era mil veces más doloroso que un corte por lo sano.

Vi su sombra bajo el reflejo de la luna y me acerqué con cautela. Había colocado una manta en la arena, sobre la que estaba sentado, y a su lado había una nevera de *camping*.

—Siento el retraso —me disculpé—. He tenido que dar el visto bueno al vestuario de mis amigas, que parecían estar preparándose para la alfombra roja de los Oscar.

—No te preocupes, no tenemos prisa —respondió poniéndose en pie para besarme en los labios—. Ven, siéntate.

Me senté sobre la manta y esperé a que él se colocara a mi lado. Después, observé cómo abría la nevera y sacaba de ella una botella de champán y un par de copas.

—Habría traído velas, pero supuse que el viento las habría apagado enseguida.

—¿Qué celebramos? —le pregunté con cautela.

—Hace una semana que nos conocimos, ¿lo recuerdas? —me dijo él descorchando la botella y llenando las dos copas que sostenía entre mis manos.

—No podría olvidarlo. A pesar de tener mala memoria, siete días es un tiempo que puedo manejar perfectamente —bromeé.

Marcos chocó su copa contra la mía y ambos bebimos sin dejar de mirarnos. Había sido un detalle muy romántico citarme en la playa, a la luz de la luna, y llevar champán y copas de cristal para celebrar que, una semana atrás, nuestros caminos se habían cruzado por primera vez.

—¡Delicioso! —exclamé disfrutando del sabor del burbujeante líquido y pasando la lengua por encima de mis labios.

—Si haces eso tendré que olvidar los planes que tenía para esta noche y no me quedará más remedio que hacerte el amor aquí mismo —dijo con voz ronca sin apartar los ojos de mis labios.

—¿Qué planes son esos? —pregunté curiosa.

—Tendrás que esperar —respondió guiñándome un ojo.

—A mí se me ocurren un montón de planes que podríamos llevar a cabo

ahora mismo —dije con voz insinuante, dejando la copa sobre la arena.

Me acerqué a Marcos de rodillas y me senté a horcajadas sobre él. Ni siquiera nos habíamos rozado aún y Marcos ya estaba duro, preparado para una nueva noche de sexo desenfrenado e increíble.

—Esto no lo tenía planeado —susurró él.

—Yo tampoco —murmuré sobre sus labios—, pero, a veces, los mejores momentos surgen justo cuando no lo planeas.

Besé sus labios con suavidad, sabían a champán y a sexo, y noté sus manos bajando por mi espalda hasta perderse bajo mi falda. No llevaba ropa interior y, cuando Marcos rozó mi piel desnuda, gimió de placer ante el descubrimiento.

—Y esto tampoco entraba en mis planes —dijo devorando mis labios y apretándome contra él.

—¿Te gusta? —pregunté juguetona, conociendo cuál iba a ser su respuesta.

—Me vuelve loco, Olivia. Tú me vuelves loco.

Tras aquellas palabras bajé las manos hacia la cremallera de sus pantalones. Su pene estaba tan hinchado y duro que parecía a punto de estallar. Rápidamente lo liberé, le coloqué un preservativo que sacó de su bolsillo trasero y, sin más preámbulos, lo metí en mi interior.

Estaba muy excitada. La idea de no llevar ropa interior se me había ocurrido de repente, justo cuando iba a salir de casa, y durante todo el camino hacia la playa solo podía pensar en la reacción de Marcos cuando lo descubriera.

Cabalgué sobre él despacio, con movimientos profundos y sinuosos, intentando alargar aquel momento que estaba siendo muy placentero. Marcos bajó los tirantes de mi camiseta liberando mis senos. Mis pezones estaban duros, tanto que dolían ante el simple roce de la tela, y agradecí su lengua suave y húmeda sobre ellos.

Succionó mis pezones y bajó las manos hacia mis nalgas, apretándome contra él. Al sentirle tan dentro y profundo, mis movimientos se aceleraron y me froté contra su cuerpo, buscando mi propio placer. El resultado fue un inolvidable orgasmo que me dejó sin respiración, me aceleró el pulso y hasta dolió.

Marcos, al escuchar mis gemidos junto a su oído y mi respiración jadeante, me apretó aún más fuerte en una última embestida que le llevó directo a la cima.

Permanecí un rato sobre él. Apenas podía moverme porque todo había sido demasiado intenso, demasiado febril, demasiado vivo. Había logrado superar las expectativas que tenía sobre el sexo y vivido una de las experiencias más fabulosas de mi vida. Aquel día pensé que tardaría mucho tiempo en vivir otro momento como aquel. Y qué equivocada estaba.

Andar hacia los pozos no quita la sed

Había corrido diez kilómetros para después zambullirme en el agua y nadar con largas brazadas a una velocidad de la que yo misma me sorprendí, a pesar de que en el instituto estaba en el equipo de natación y logré ganar algunas medallas. Pero nunca había nadado con aquella fiereza y con tanta necesidad.

Aquella mañana la rabia dirigía mis pies sobre la arena al ritmo de la música de AC/DC, y también mi cuerpo sobre el agua. A pesar de la fantástica experiencia con Marcos en la playa, los sueños más eróticos y lascivos que jamás hubiese podido imaginar habían vuelto a acompañarme de madrugada. Una vez más, Marcos y Enzo eran los protagonistas, y competían entre ellos por darme placer. Todo era tan real que tuve que levantarme para darme una ducha de agua fría.

No podía seguir así. Apenas dormía, no tenía apetito y excepto las horas que pasaba con Marcos, el resto eran un infierno en el que, o bien soñaba con Enzo despierta o bien soñaba con los dos mientras dormía.

Sabía que contárselo a mis amigas me ayudaría a liberar tensión, pero ¿qué habrían pensado de mí? Probablemente se habrían reído y bromeado durante los siguientes veinte años y aún no estaba preparada para frivolar con aquel tema.

Salí del agua y me sequé con la toalla. La temperatura era fresca a aquella hora de la mañana, pero ni las gélidas aguas del Atlántico ni el viento de

levante que soplabla con fuerza, podían apagar el fuego que me devoraba por dentro.

Eran las nueve de la mañana. Mis amigas aún seguirían acostadas al menos una hora más, así que me coloqué la toalla sobre los hombros y me senté frente al mar, con la vista fija en el horizonte. Excepto alguna persona paseando junto a su perro, no se veía ni un alma y se respiraba paz. En cualquier otro momento de mi vida me habría sentido completamente satisfecha y feliz por el simple hecho de estar allí sentada, pero no entonces. Algo me estaba sucediendo y no sabía lo que era.

—Madrugas mucho. —La inconfundible voz de Enzo me llegó a través del viento y me estremecí.

Solo con su voz era capaz de provocarme una avalancha de sensaciones incontrolables, aunque una y otra vez intentara luchar contra ello.

—No podía dormir y he salido a correr —respondí.

Enzo se sentó a mi lado, pero no me atreví a mirarle. Sabía que si lo hacía corría el riesgo de que volviera a besarme o a provocarme de cualquier manera para dejar patente que podía manejarme como quisiera. Y tenía razón. Si empezaba a besarme no podría parar, y tampoco lo haría si me desnudaba allí mismo y me poseía tal y como lo había hecho decenas de veces en mis sueños.

—Tengo una solución infalible para combatir el insomnio —me dijo.

—No sé si quiero saberlo. —Me encogí de hombros.

—Tomar un vaso de leche caliente antes de acostarse suele funcionar, pero yo prefiero follar.

—¿Cómo? —pregunté atónita, girando la cabeza para mirarle.

—Sabía que podía conseguir toda tu atención —respondió soltando una carcajada.

—¿Te ríes de mí?

—No, me río de la cara que has puesto al oír la palabra “follar”.

—No he puesto ninguna cara, pero no sabía si te había escuchado bien — me defendí.

—Lo has oído perfectamente, Olivia, pero eres un poco mojigata, aunque no quieras admitirlo.

—No me conoces lo suficiente como para decir eso —repliqué furiosa.

—Te conozco mucho mejor de lo que crees —me dijo con su irritante media sonrisa.

—Eso lo dices porque no me he acostado contigo. Crees que eres irresistible y que todas las mujeres deberíamos estar agradecidas por el mero hecho de tu existencia, pero te equivocas conmigo porque no estoy interesada en ti. —Prácticamente le escupí cada una de las palabras y me puse en pie para marcharme.

Con grandes zancadas atravesé la playa y solo paré un momento para ponerme las chanclas. Enzo me alcanzó enseguida y, colocándose delante de mí, me cogió de las muñecas y me miró fijamente.

—¿Por qué no reconoces que te mueres por acostarte conmigo? —me preguntó con los ojos entornados.

—Porque no es verdad —respondí—. ¿Por qué tendría que reconocer algo que solo está en tus sueños?

—¿En mis sueños? —Enzo soltó una carcajada y una intensa oleada de rabia me recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—Eres un estúpido, un engreído y un... un... ¡Te odio! —grité mirándole a los ojos—. ¡Ojalá nunca te hubiese conocido!

Supe que me había pasado de la raya cuando vi su cara de desconcierto y pensé en lo que acababa de decir. No había mentido al decirle que era estúpido y engreído, pero decirle que le odiaba iba mucho más allá de lo que pensaba y sentía.

Enzo me besó con rabia, me mordió los labios, devoró mi lengua y me apretó tanto contra su cuerpo que casi no podía respirar. Y yo, lejos de alejarme de él, me quedé allí devolviéndole el beso con la misma intensidad y voracidad de la que era objeto.

—Tienes una forma de odiar un poco extraña, Olivia —dijo él separándose de mí y dejándome sola, inmóvil e incapaz de pensar con claridad.

Aquella mañana estuve a punto de saltarme la clase de surf, y Enzo debió pensar que lo haría, porque me miró con sorpresa cuando me vio llegar con mis amigas y sonrió ampliamente. No pensaba dejarle creer que había ganado, aunque yo sabía que lo había hecho. Lo hizo desde el momento en que nuestras miradas se cruzaron por primera vez y lo haría cada vez que se lo propusiera. Solo tenía que mirarme, rozarme o darme un simple beso y me tendría a sus pies.

Tras una clase de surf en la que conseguí importantes logros, pasamos la tarde en la playa tumbadas al sol, hablando de cosas sin importancia y bebiendo refrescos. De vez en cuando nos dábamos un baño o cambiábamos de posición para que el sol coloreara por igual la piel de todo nuestro cuerpo.

Intenté participar en la conversación, y lo estaba consiguiendo hasta que el nombre de Enzo fue pronunciado y la expresión de mi rostro cambió por completo. Intenté disimular, pero mis amigas me conocían demasiado bien y no conseguí engañarlas.

—No sé qué es lo que os traéis vosotros dos entre manos, pero está claro que algo está pasando —dijo Sofía.

—No pasa nada —negué—. Es solo que no me cae bien.

—La cuestión es: ¿por qué no te cae bien? —observó Lucy.

—No lo sé, supongo que porque es arrogante y a mí no me gustan ese tipo de personas.

—Ni siquiera te has molestado en conocerle. Si lo hicieras, te darías cuenta

de que es un hombre maravilloso —dijo Marisol.

—Pensáis de ese modo porque os ha presentado a sus amigos y os ha llevado a conocer un montón de sitios, y así no podéis ser objetivas.

—Y tú eres muy objetiva —ironizó Sofía.

—Pues sí, lo soy, y os digo que ese hombre se cree irresistible.

—Eso no es verdad, Olivia. Hemos podido conocerle a lo largo de estos días y no es el hombre arrogante y engreído que tú crees —me explicó Lucy—. Quizá al principio puede dar esa impresión, pero ni siquiera le hemos visto intentar ligar con nadie, ¿verdad, chicas?

—No, no lo ha hecho, aunque te puedo asegurar que si se lo propusiera tendría donde elegir —afirmó Marisol.

—La verdad es que no me importa si liga, no liga o se hace monje. Todo eso no es de mi incumbencia.

—Pues haríais una bonita pareja. Él físico y tú matemática. Los dos profesores y muy cabezotas. Ahí tiene que haber química por narices —bromeó Sofía.

—¿Enzo es profesor? —pregunté sorprendida.

—Sí, lo es —confirmo Lucy—. Es de Bilbao y trabaja en un instituto, pero a diferencia de ti, él aprobó las oposiciones. ¿Ves como no sabes nada de él?

—Pues no, no lo sabía. Pero profesor de física o surfista, sigo pensando que es un engreído.

—¡Cabezota! —exclamó Marisol provocando nuestra risa.

Después de cenar vi marcharse a mis amigas y envidié su alegría y sus ganas de divertirse. Sofía aún no había conseguido acostarse con Pepe, pero a diferencia de otras veces no había tirado la toalla y noche tras noche elegía un nuevo modelito, se cambiaba de peinado y se maquillaba dispuesta a conseguir su objetivo. Lucy, que siempre había sido la responsable y que pensaba las cosas mil veces antes de dar algún paso, había decidido esperar

un poco más para tener sexo con Roberto, y Marisol, que aquel verano no había conocido a ningún hombre interesante, se conformaba con salir y disfrutar de cada segundo de cada día.

Yo era la única que mantenía una relación más íntima con Marcos, aunque hasta entonces me había negado a contárselo a mis amigas e, incluso a veces, intentaba negármelo a mí misma.

Marcos y yo no habíamos hecho planes aquella noche. Después de nuestra sesión de sexo del día anterior nos quedamos tumbados y abrazados sobre la manta, hablando y bebiendo champán hasta que mis ojos comenzaron a cerrarse y él me acompañó de vuelta a casa.

A lo largo del día, Marcos me había enviado un par de mensajes. En el primero decía que me echaba de menos, y en el segundo me pedía que me pusiera la misma ropa interior que llevaba la noche anterior.

Me habría encantado recibir aquellos mensajes en cualquier otro momento, pero tras la discusión con Enzo esa misma mañana y la charla con mis amigas por la tarde, no me sentía con fuerzas para enfrentarme a Marcos.

Mis amigas tenían razón, no podía juzgar a Enzo con objetividad. Y no podía hacerlo porque me sentía atraída por él, aunque intentara negármelo a mí misma y una y otra vez se lo hubiese negado a él. No le conocía, y la conversación de aquella tarde en la playa me había hecho ver que le había juzgado de forma precipitada al pensar que era un surfista trotamundos incapaz de comprometerse con nada ni nadie. Le debía una disculpa por lo que le había dicho aquella mañana. Él parecía habérselo tomado a broma, pero no descansaría hasta que me hubiese disculpado correctamente. Eso no significaba que las cosas fuesen a cambiar entre nosotros, seguiría intentando mantenerme alejada de él como había hecho hasta entonces, pero, tal vez si me disculpaba, el tiempo que debíamos compartir durante las clases sería más relajado y tranquilo.

Cogí un libro y salí al jardín a leer, pero no conseguí pasar del primer párrafo. Estaba cansada y no podía dejar de pensar en Enzo, en Marcos, en aquel verano que prometía ser un descanso de la rutina y los problemas a los que debía enfrentarme cada día y que, sin saber cómo, se había convertido en un infierno.

Cerré los ojos dispuesta a dejar la mente en blanco, pero el timbre de la puerta interrumpió mis planes y me levanté con desgana a abrir.

—¿Estás bien? —me preguntó Marcos mirándome de arriba abajo.

Mi aspecto debía ser realmente malo si Marcos preguntaba aquello, así que me volví hacia el espejo que había en el pasillo para echar un vistazo. Tenía la coleta casi deshecha y solo llevaba puesta una camiseta vieja que usaba para dormir y unas braguitas. Me llevé la mano hacia el pelo y lo solté, intentando arreglar aquel desastre.

—Estoy bien —le aseguré—. Me he quedado medio dormida en el jardín y he perdido la noción del tiempo.

—Pareces cansada —observó él cogiendo mi mano.

—Un poco —asentí—. ¿Quieres pasar? Estoy sola y mis amigas tardarán en volver.

Marcos entró y cerró la puerta tras de sí para después seguirme hasta el jardín.

—Creo que ya es hora de que conozca a tus amigas, a menos que no estés de acuerdo —dijo él.

—No tengo ningún problema en presentártelas, la verdad es que no había pensado en ello —mentí.

—Yo también podría presentarte a mis amigos, aunque te advierto que no te pierdes nada —bromeó.

—Eres cruel —sonreí—. ¿Quieres tomar algo?

—No, estoy bien —me aseguró—. Tenía algunos planes para esta noche ya

que cierta persona no me dejó llevarlos a cabo ayer, pero si estás cansada podemos dejarlo para otro día.

—Estoy cansada —le aseguré—. Y esa persona que ayer trastocó tus planes, ¿crees que merece algún castigo?

—Se me ocurren algunas cosas para hacerla pagar por su atrevimiento —dijo él cogiéndome de las caderas y haciéndome caer sobre una hamaca.

Me tumbé dejando que Marcos tomara la iniciativa y él no me defraudó. Se agachó entre mis piernas, me quitó las bragas y enseguida su lengua se abrió paso hacia mi interior. Recorrió mis pliegues con suavidad, acarició mi clítoris y me dejé llevar por las placenteras sensaciones que su lengua me producía.

Solo durante aquellos momentos conseguía olvidar todo lo demás y dejar la mente en blanco, disfrutando del momento.

Marcos ascendió hacia mi ombligo y besó cada porción de mi piel desnuda, haciéndome gemir. Al llegar a mis senos se detuvo unos instantes, acariciando, mordiendo y lamiendo mis pezones, y entonces tiré de él para besarle. Nuestros labios se encontraron, pero antes de sumergirnos en un apasionado beso nos miramos unos instantes. En los ojos de Marcos vi deseo, pero también admiración. Cerré los ojos sintiéndome poderosa.

—Te deseo tanto —susurró él sobre mis labios.

Acerqué la mano hacia la cremallera de su pantalón y la bajé, colando mis manos bajo la tela y apartando su bóxer en busca de su sexo. Sus caricias habían conseguido encenderme y deseaba sentirle dentro para acallar mi ansiedad.

Marcos se puso en pie y se deshizo de los pantalones y el bóxer, tirándolos sobre el suelo del jardín bajo mi atenta mirada. Me gustaba mirarle, tenía un cuerpo perfecto, delgado, fibroso y muy deseable, y me incorporé sobre la hamaca quedando a la altura de su pene e introduciéndolo despacio en mi

boca.

Lo lamí de arriba abajo y él suspiró. Levanté la vista y le vi echar hacia atrás la cabeza mientras notaba cómo su cuerpo se tensaba bajo mis caricias. Eso me animó a seguir y apreté el puño sobre su erección, moviéndolo de arriba abajo y jugueteando con la lengua sobre la punta. Marcos gimió y me agarró la cabeza empujándome hacia adelante y hacia atrás con un ritmo cada vez más frenético.

—¡Para! —me pidió.

Le obedecí y le vi buscar sus pantalones y sacar de ellos un preservativo que se colocó de forma rápida y experta. Después me empujó sobre la hamaca, cubriéndome con su cuerpo y devorando mis labios con ardor. Levanté las piernas y las enrosqué en torno a su cintura al mismo tiempo que pasaba los brazos alrededor de su cuello.

—¿Crees que la hamaca lo soportará? —pregunté sonriendo.

—Probémoslo —respondió él colándose en mi interior.

Me encantaba aquella sensación. Marcos me llenaba por completo, encajábamos perfectamente, como si estuviésemos hechos a la medida el uno del otro.

Arqueé las caderas invitándole a moverse y él lo hizo lentamente, como si no quisiera que aquello acabara jamás. Le apreté con las piernas contra mi cuerpo y me moví con impaciencia. Las penetraciones eran cada vez más profundas y Marcos jadeaba junto a mi oído, haciéndome estremecer.

—¡Más fuerte! —le pedí a punto de perder la cabeza.

Y él se irguió sobre mi cuerpo y comenzó una serie de movimientos tan fuertes y contundentes que me arrancaron varios gemidos de placer. Clavé las uñas en su espalda y eché la cabeza hacia atrás cuando noté que un orgasmo, que prometía ser increíble, me arrollaba y me dejaba sin respiración, tensando mis músculos y expandiéndose por todas y cada una de mis terminaciones

nerviosas.

El siguiente fue Marcos. Vi cómo sus ojos se nublaban y su respiración se agitaba hasta que se dejó ir y cayó desplomado sobre mi cuerpo.

¿Quién eres tú?

Los brazos de Marcos estaban enredados alrededor de mi cuerpo. Era la primera vez que pasábamos la noche juntos y aún no les había contado a mis amigas que él y yo hacíamos algo más que charlar y dar largos paseos por la playa.

No es que ellas fueran a escandalizarse si le veían salir de mi habitación, pero me había pasado la última semana negando mi relación con él y era un poco tarde para contar la verdad.

Le zarandeeé suavemente para despertarle y pedirle que se marchara. Eran las nueve de la mañana y en menos de una hora mis amigas se levantarían y la casa se llenaría de actividad, pero aún había tiempo de que se fuera sin ser visto. Después no habría manera de ocultarle o de que pasara desapercibido entre cuatro mujeres.

—Marcos —susurré en su oído—. ¡Despierta!

Él se estiró, ronroneó como un gato y le miré embelesada. Recién levantado y a la luz del día era aún más guapo, con el pelo negro revuelto y la incipiente barba que le daba aspecto de chico malo.

Marcos agarró uno de mis senos entre sus manos y me pellizcó suavemente el pezón. No pude evitar reaccionar humedeciéndome y abriéndome para él. Ese hombre tenía algo que me volvía loca, y sabía qué teclas tocar para que mi cuerpo interpretara su mejor sinfonía.

—Tienes que irte —le dije a regañadientes.

—No puedo irme así —respondió llevando mi mano hacia su erección.

—¡Eso es trampa! —me quejé.

No, no podía marcharse así y yo no podía dejar que se marchara mientras sentía, de nuevo, aquel fuego que me devoraba por dentro.

Marcos me cubrió con su cuerpo y nuestros labios se unieron en un devastador beso que anuló por completo mi capacidad de raciocinio. Le envolví con las piernas, abriéndome a él sin importarme que mis amigas estuviesen a solo unos pocos metros de distancia.

Con la primera embestida sentí deseos de gritar y hundí la boca en sus labios para ahogar mis gemidos. Me recorría una brutal energía que canalicé en mis movimientos mientras agarraba con fuerza las sábanas y notaba cómo mis dedos traspasaban la tela.

Marcos se incorporó, profundizando el movimiento de sus caderas, hundiéndose en mí una y otra vez de una manera deliciosa y, de pronto, al mirar su rostro le vi a él. Enzo había ocupado su lugar adentrándose en las profundidades de mi cuerpo y sus secretos. Parpadeé repetidas veces intentando borrar aquella imagen que solo pertenecía a mis fantasías, pero no lo conseguí, y un brutal relámpago sacudió mi cuerpo y mordí mis labios con fuerza para ahogar el grito que surgió en mi garganta.

Enzo se desplomó sobre mí, pero al mirar su rostro había desaparecido, aunque su perfume, salvaje e inconfundible, seguía anegando mis sentidos.

Cuando por fin nos levantamos ya era demasiado tarde, y mis amigas desayunaban en la cocina. La evidencia era tan clara que no pude negar lo que estaba pasando. Mi habitación era la más cercana a la puerta de la calle y, aunque mis amigas pudieron ver desde la cocina cómo me despedía de él, decidí mantener una pequeña charla con ellas antes de hacer las presentaciones.

—Así que tú y el morenazo estáis juntos —afirmó Sofía en cuanto entré en la cocina—. ¿Cuándo empezó todo? ¿Y por qué no nos lo has contado?

Su voz no ocultaba la decepción y el enfado, y suspirando largamente me serví un café y me senté frente a mis amigas, dispuesta a confesarlo todo.

—Todo comenzó nada más conocernos, y si no os he contado nada hasta ahora es... es... porque no sabía qué contaros —balbuceé.

—Pues es bien sencillo, solo tenías que decir que te estás tirando a un morenazo que quita el hipo —banalizó Lucy.

—Esa es solo una parte de la historia —señalé.

—¿Hay más? —preguntó Marisol, abriendo los ojos con sorpresa.

—Me gustaría responder que no, pero no quiero seguir mintiendo —comencé a decir—. Si no os he contado nada acerca de Marcos es porque temía que si lo decía en voz alta nuestra relación sería más real, y en ese caso... —Mi voz se quebró, incapaz de continuar.

—¿Tiene esto algo que ver con Enzo? —preguntó Marisol poniendo el dedo en la llaga.

—Tiene que ver con él, sí —reconocí—. Desde que nos conocimos no he vuelto a ser la misma persona y creo que estoy a punto de volverme loca.

—Empieza por el principio —dijo Sofía—. Creo que tienes muchas cosas que contarnos.

En cuanto las primeras palabras brotaron de mis labios ya no pude parar. Les conté a mis amigas mi historia con Marcos, y todas mis aventuras y desventuras con Enzo desde el momento que nos habíamos conocido. Incluso me atreví a hablarles de mis sueños, de aquellas fantasías que me desvelaban por las noches y que incluso había comenzado a tener despierta.

Las palabras surgían atropelladamente y las vomité una tras otra, sintiendo que al compartir aquel enorme peso con ellas la carga sería más ligera.

—¡Guau! —exclamó Lucy—. ¿Cuándo ha pasado todo eso?

—Nosotras perdiendo el tiempo y gastando todos nuestros ahorros en ropa y tú pasándotelo de miedo con una camiseta vieja y sin necesidad de usar

bragas —espetó Sofía.

—No me lo paso de miedo, Sofía —repliqué—. Creo que no has entendido nada.

—Entiendo que tienes la suerte de haber conocido a Marcos y la posibilidad de echar un polvo increíble con Enzo —resumió ella.

—No es tan sencillo —dijo Marisol—. Olivia tiene el difícil reto de decidir con cuál de esos dos hombres debe quedarse.

—Eres demasiado romántica —se rio Sofía—. Olivia no tiene que decidir nada, solo debe dejarse llevar y tirarse de una vez a Enzo. Eso acabaría con todos sus problemas, incluido el calentón que lleva todo el día encima.

—Ni siquiera sé si Enzo está interesado en mí, pero ese no es mi problema porque tengo claro que no debo acostarme con él. Lo que me preocupa es que no consigo dormir ninguna noche y que esas fantasías que hasta ayer formaban parte de mis sueños han traspasado el plano onírico y ahora forman también parte de mi realidad. ¿Creéis que necesito un psicólogo?

—No, no lo creo —me aseguró Lucy—. Tal vez deberías alejarte de los dos durante unos días. A veces, ver las cosas desde la distancia te da una nueva perspectiva de la situación.

—Quizá estés en lo cierto, Lucy, pero ¿acabará eso con los sueños? —Miré a mis amigas en busca de una respuesta, aunque sabía que ninguna de ellas la tenía—. ¡Me estoy volviendo loca! Yo nunca había fantaseado con la idea de acostarme con dos hombres, ni siquiera creo que fuese capaz de hacerlo.

—¿Por qué no? —inquirió Sofía—. Ya que nos estamos sincerando, os diré que hace un par de años, en Ibiza, participé en un trío con dos hombres y fue la experiencia más increíble de mi vida.

—¿Que hiciste qué? —Marisol volvió a abrir sus grandes ojos sin dar crédito a lo que Sofía acababa de confesarnos.

—¿Por qué me miráis así? —nos espetó Sofía—. No hay nada malo en

acostarse con dos hombres a la vez. Los tres estábamos de acuerdo y, si volviese a presentarse la oportunidad, volvería a repetirlo.

—Yo nunca he estado en esa tesitura, así que no puedo saber lo que haría —dijo Lucy.

—Eso es, Lucy, nunca hay que decir “de este agua no beberé” —aseguró Sofía.

—Pues yo no pienso beber de ahí —afirmé convencida—. Ni siquiera se trata de elegir si quiero participar en un trío o en un cuarteto, sino de intentar saber qué me está pasando.

—Solo voy a decirte una cosa. Mientras te aclaras, deberías suavizar las cosas con Enzo y, ya de paso, si la oportunidad se presenta, follar como una loca con él. Estoy segura de que debe ser una experiencia inolvidable —me aconsejó Sofía.

—El sexo con Enzo queda descartado —le aseguré—, pero debería disculparme con él por mi comportamiento de ayer, creo que no estuve muy acertada.

—Por lo que nos has contado te comportaste como una amante despechada —dijo Marisol.

—Es verdad —reconocí, escondiendo la cabeza entre mis manos—. A veces soy tan patética...

Recogimos la cocina y nos marchamos a la clase de surf. Enzo, al igual que la mañana anterior, no dio muestras de estar enfadado conmigo. Incluso se mostró amable y atento, totalmente ajeno a la tormenta que me devastaba por dentro. Desde el principio había jugado conmigo, acercándose para después alejarse dejándome totalmente confusa. Y las cosas no parecía que fuesen a cambiar.

A lo largo de mi vida había oído muchas historias sobre mujeres que perdían la cabeza por el “chico malo” y eran incapaces de darse cuenta de que

la persona que realmente merecía la pena estaba justo a su lado, apoyándolas, amándolas y queriendo formar parte de su vida. Pensaba que esas historias solo sucedían en las novelas y en las películas. Además, yo era de las que siempre se quedaba con el bueno y no podía entender esa ceguera. Sin embargo, en aquel momento me encontraba en una situación parecida.

Por un lado estaba Marcos, cercano, seguro de sí mismo, amable, guapo y el mejor amante que había tenido jamás. Y por el otro Enzo, salvaje, inalcanzable, indomable, irreverente y sexo en estado puro. Nuestra experiencia sexual se limitaba a algunos besos y un par de roces, pero era incapaz de apartarlos de mi mente.

Quizá Sofía estaba en lo cierto y lo único que necesitaba era una noche de sexo salvaje con Enzo. La otra opción era luchar contra lo que sentía e imaginar a todas horas cómo sería sentirle dentro de mí. Incluso era posible que mis expectativas fuesen demasiado altas y la realidad no superase la imaginación.

Cuando la clase acabó, les pedí a mis amigas que me esperasen en el coche y me dejaran a solas con Enzo, para disculparme por mis palabras del día anterior. Estaba nerviosa. Su sola presencia conseguía turbarme de una manera hasta entonces desconocida, así que tomé una bocanada de aire y me armé de valor para enfrentarme a él.

—¿Tienes un minuto? —pregunté.

—Para ti siempre —respondió con aquella sonrisa capaz de derretir un bloque de hielo—. ¿Tienes alguna proposición que hacerme?

Enzo se acercó a mí y colocó una de sus manos en mi cintura desnuda. Tomé nota mentalmente de salir de casa con algo más de ropa, solo llevaba la parte superior del bikini y unos pantaloncitos tan cortos que casi podría habérmelos ahorrado, pero el roce de su mano contra mi piel y aquellos labios húmedos y apetecibles dejaron mi mente en blanco.

¿Cómo iba a concentrarme si Enzo se había quitado la parte superior del traje de neopreno, que colgaba en torno a sus caderas, dejando a la vista su torso desnudo? Mis ojos se deslizaron con suavidad a lo largo de aquellos músculos, siguiendo la línea de su vientre y perdiéndose bajo lo que ocultaba el traje.

Tragué saliva y noté cómo mis pezones se endurecían bajo el bikini, dejándome en evidencia una vez más. Intenté ocultarlos cruzando los brazos sobre ellos, algo que resultaba complicado porque mis senos no son precisamente de talla pequeña.

Enzo estiró sus labios en una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes blanquísimos en contraste con su piel morena. Estaba tan condenadamente sexi que desee comérmelo a besos. Pero lo que hizo a continuación me dejó sin aliento. Fue, sin duda, uno de los momentos más eróticos de mi vida. Apenas retiró la tela que cubría mi pecho y deslizó un dedo por debajo, alcanzando uno de mis pezones que pellizcó y masajé provocándome un gemido. La reacción de mi cuerpo no se hizo esperar y noté cómo un manantial líquido se deslizaba lentamente entre mis piernas.

—¡Para! —le pidió mi voz, aunque mi cuerpo suplicaba que llegara hasta el final.

Enzo me obedeció, retrocedió un par de pasos y cruzó los brazos sobre su torso desnudo.

—Ya te dije que tus deseos son ordenes para mí, princesa —me dijo, haciendo gala de un autocontrol que me resultaba envidiable.

Me coloqué el bikini para darme tiempo a recuperar la cordura e incluso pensé en una ducha de agua helada para refrescar aquel ardor que sentía tanto por dentro como por fuera.

—Quería disculparme por lo que te dije ayer —empecé por fin—. En realidad no te odio, yo... yo...

—¿Intentas decirme que me amas? —bromeó él, luciendo aquella maldita sonrisa en su cara.

—¿Por qué tienes que reírte de todo? —le respondí—. Estaba dispuesta a disculparme contigo por lo que te dije ayer, hay demasiada tensión entre nosotros y quería... quería saber si podemos empezar de cero. Pero está claro que no te interesa.

—Sabes tan bien como yo que solo hay un modo de acabar para siempre con esa tensión que hay entre nosotros, Olivia. —Susurró mi nombre de tal modo que hizo que mi piel se erizara.

—No sé de qué me hablas —negué—, y no quiero saberlo. Así que esto es lo que hay: lamento mi comportamiento estúpido e infantil de ayer y te pido perdón por ello.

—Acepto tus disculpas, pero...

—Eso es más que suficiente —le corté, removiéndome incómoda—. ¿Podría pedirte otro favor?

—Podrías, pero quizá deberías pensar cómo vas a pagármelo. —Enzo entrecerró sus felinos ojos verdes y se mordió el labio inferior.

Deseé ser aquellos dientes y morderle, no solo el labio sino también el resto del cuerpo. Carraspeé un par de veces para aclararme la voz y decidí ignorar sus palabras.

—Me gustaría practicar un poco más y me preguntaba si podría alquilar una tabla y un traje. Serán solo un par de horas por la mañana y no interferirá en el resto de tus clases, suelo levantarme pronto —le pedí.

—La respuesta es no —respondió tajante, sonando serio por primera vez.

—Vale. —Levanté las manos y agaché la cabeza—. Supongo que no confías en mí y lo entiendo. Preguntaré en otro sitio.

—No lo entiendes, Olivia, no se trata de confiar o no confiar en ti, y me da igual una tabla de surf más o menos. Pero no me gusta la idea de que

practiques sola exponiéndote a un peligro innecesario.

—No me pasará nada. Estoy en buena forma física, soy buena nadadora y no me arriesgaré demasiado —le aseguré.

—No estaría tranquilo sabiendo que puede sucederte algo. Conozco bien el mar, y lo amo y lo temo a partes iguales. Te aseguro que ese temor me ha salvado la vida al menos un par de veces. —Nunca antes había visto a Enzo hablar tan en serio y me sorprendió—. Te propongo algo, si quieres aprender te daré clases extra. Empezamos mañana a las siete.

—No, eso no es lo que pretendía. Solo quiero practicar un poco más por mi cuenta.

—No voy a cobrarte nada —aclaró.

—¿Crees que lo hago por dinero? —Sintiéndome indignada, di un par de pasos hacia él y mis senos rozaron la desnudez de su pecho, haciéndome estremecer de nuevo.

Solo fue un segundo, pero pude notar el calor que desprendía su cuerpo e imagine cómo sería pasar la lengua por cada uno de aquellos músculos.

—¿Por qué discutimos? —preguntó él—. Solo me he ofrecido a darte algunas clases extra, si quieres puedes pagarme. Aceptaré que me invites a cenar cualquier noche.

—¿Cenar contigo? ¡Ni hablar! —me negué—. En todo caso, podría invitarte a comer.

—No, Olivia, será una cena en mi casa. Tú cocinas y llevas los ingredientes —me dijo con una seguridad que no dejaba lugar a dudas.

—¿Una cena en tu casa? Prefiero quedarme sin las clases —le aseguré.

—Ya discutiremos la hora, pero no el lugar. Ahora tengo cosas que hacer —me dijo poniéndose el traje con una increíble facilidad—. Te espero mañana a las siete —añadió guiñándome un ojo y dejándome sola.

Aquella tarde me sentí tan relajada que incluso me quedé dormida en la

playa, arrullada por el sonido del mar y las voces de mis amigas. Los sueños, sin embargo, no se esfumaron, y una vez más me sumergí en los juegos de aquel singular trío en el que yo era la protagonista. Las caricias de Marcos, los besos de Enzo, nuestros cuerpos desnudos y entrelazados viviendo una experiencia tan placentera y única... que volví a despertarme entre jadeos, completamente húmeda y con los pezones duros.

—¿Te lo has pasado bien, rubia? —el rostro de Sofía estaba a unos centímetros del mío y sonreía con descaro.

—¿Por qué no me has despertado? —la regañé.

—Porque parecías estar de maravilla —respondió ella.

—Haciendo el ridículo, claro —le dije levantándome y corriendo hacia el océano para zambullirme en sus aguas.

Si en aquel momento hubiese tenido un termómetro, habría estallado en llamas contra mi cuerpo.

Nadé con furia, sumergiéndome en el agua una y otra vez para desprenderme de aquella quemazón que me carcomía por dentro. Pero todo fue en vano, porque solo existía una manera de acabar con aquella pesadilla. No pensaba darme por vencida. Lucharía con todas mis fuerzas y, aunque hasta aquel momento hubiese perdido cada una de las batallas, conseguiría ganar la guerra.

Más tarde, aquella misma noche, Marcos me presentó a sus amigos. Había oído hablar mucho de ellos y los imaginaba inmaduros, gamberros y alocados, así que me sorprendió gratamente encontrarme con un grupo de hombres educados y amables, aunque también extremadamente divertidos. Pensé en mis amigas y en lo mucho que les habría gustado conocerlos. Quizá si convencía a Marcos y los presentábamos, Sofía acabaría olvidándose de Pepe y su eterna indecisión, y Lucy de Roberto y su obsesión por el sexo. Incluso era posible que Marisol encontrara entre ellos a alguno que le

ayudara a dejar atrás su inseguridad durante los días que restaban de las vacaciones.

—Me ha encantado conocer a tus amigos —le dije a Marcos sonriendo, mientras nos dirigíamos a su hotel—. Tal y como me habías hablado de ellos pensaba que eran unos trogloditas, pero son encantadores.

—Son unos trogloditas, Olivia, lo que pasa que es que les advertí que no iba a permitir ni una sola tontería.

—Eres demasiado duro con ellos —le regañé—. A mí me han caído genial y creo que a mis amigas les gustaría conocerlos.

Marcos no respondió porque en aquel momento llegamos a la habitación del hotel donde se alojaba y, cogiéndome de la mano, me llevó hasta la cama y me pidió que me sentara.

—Quiero que esperes aquí. Puedes ponerte cómoda si quieres —me dijo con voz sugerente.

Le vi desaparecer tras la puerta del cuarto de baño y miré a mi alrededor. Había estado allí más veces, pero nunca me había fijado en nada. La habitación era pequeña, apenas cabía la cama de matrimonio, un par de mesillas y una cómoda de madera. Pero era bonita, con aquella colcha blanca y las cortinas de hilo del mismo color. Estaba muy limpia y ordenada. Además, tenía una puerta de cristal que conducía a un patio y salí a curiosear. No había mucho que ver, porque era minúsculo, pero había una mesa de madera, un par de sillas de mimbre y una preciosa buganvilla que cubría gran parte del muro de piedra. Desde allí podía escucharse el sonido del océano, y habría sido perfecto si en lugar de un grueso muro hubiese habido una cristalera para contemplar la playa y la puesta de sol.

—Ya puedes venir —anunció Marcos—. Espero que te guste lo que he preparado.

Le seguí hasta el cuarto de baño y él se apartó a un lado para dejarme ver la

sorpresa de aquella noche. La bañera estaba llena: pétalos de rosas rojas y blancas flotaban en la superficie de agua y había iluminado la estancia con multitud de pequeñas velas, haciendo de aquel un rincón mágico y tremendamente romántico.

—¡Es precioso! —exclamé volviéndome hacia él.

—Esta era la segunda parte de la sorpresa que tenía preparada para celebrar nuestra primera semana juntos, pero hubo varios imprevistos que me obligaron a retrasar mis planes.

—Los imprevistos, a veces, pueden resultar de lo más sorprendente —murmuré muy cerca de sus labios.

—Esta vez la espera ha merecido la pena —me aseguró antes de devorar mis labios.

Nos besamos de aquella manera que comenzaba a resultarme familiar, pero no por ello menos excitante. Marcos sabía cómo besar y hacer que una mujer se sintiese deseada, atractiva y sexi. Así era como me sentía durante el tiempo que compartíamos, toda una novedad para mí. Los hombres a los que había conocido hasta entonces habían estado más interesados en demostrar su hombría y virilidad que en proporcionarme placer, pero con Marcos era diferente porque a él le importaba mi bienestar y era capaz de disfrutar y hacerme disfrutar como nadie lo había hecho nunca.

¿Le importaría a Enzo mi bienestar o era del tipo egoísta?

La imagen de Enzo volvió a impactar en mi cerebro con tanta fuerza que durante unos segundos me sentí mareada. Di un paso hacia atrás, separándome de Marcos, y sacudí la cabeza intentando también sacudir aquella imagen de mi mente.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Marcos, estirando una mano hacia mí para cogerme de la cintura.

—Estoy perfectamente —mentí, algo que cada vez se me daba mejor—. Es

que te has tomado muchas molestias y me siento... abrumada.

—¿Abrumada? —torció los labios y entrecerró los ojos.

—No sé cómo voy a agradecértelo o compensártelo.

—A mí se me ocurren muchas maneras.

Volví a separarme de él y deslicé, uno tras otro, los tirantes del vestido hacia mis brazos. Con un ligero tirón me deshice de él, haciéndolo caer al suelo, y con un pie lo arrastré lejos de mí. Solo llevaba encima un diminuto tanga de encaje de color morado y vi cómo Marcos me devoraba con la mirada.

Le observé mientras se quitaba la camiseta y se desprendía de sus pantalones. El bulto que se adivinaba bajo su bóxer no dejaba lugar a dudas: estaba excitado, expectante y completamente preparado para una nueva sesión de sexo que prometía ser fabulosa.

Durante unos minutos, ninguno de los dos hicimos más que quedarnos de pie, el uno frente al otro, acariciándonos con la mirada.

En los ojos de Marcos había admiración y deseo, pero también un anhelo que me resultó desconcertante. Me miraba como si no pudiese alcanzarme a pesar de que solo nos separaban unos centímetros de distancia.

Pasé la lengua por encima de mis labios. Me sentía poderosa y desinhibida, y en un alarde de atrevimiento introduje el dedo corazón en mi boca y lo lamí de forma provocativa. Marcos jadeó ante aquel gesto y yo, que estaba dispuesta a darle más, deslicé el dedo hasta mis pezones y los acaricié y pellizque varias veces hasta que estuvieron completamente duros. Después continué hacia abajo, deteniéndome sobre mi clítoris y acariciándolo despacio, con movimientos circulares y rítmicos.

Gemí quedamente y me mordí el labio inferior. Nunca me había acariciado de aquella forma delante de otra persona y no sabía que podía resultar tan erótico. Marcos debió pensar lo mismo porque, sin apartar los ojos de mí, se

quitó el bóxer y comenzó a acariciar su miembro de arriba abajo.

Tragué saliva sin perderle de vista un solo segundo, acelerando mis movimientos al tiempo que él me imitaba. Estaba a punto de tener un orgasmo de los que hacen historia y aún no nos habíamos rozado.

—Quiero que pares —me pidió acercándose a mí—. No quiero acabar aún.

Yo tampoco quería que acabase, pero estaba tan excitada que tuve que hacer un enorme esfuerzo para dejarlo allí.

Marcos se metió en la bañera y tiró de mí para que hiciese lo mismo. Me coloqué entre sus piernas, con la cabeza apoyada en su pecho y al notar su erección contra mi espalda me froté contra ella. Deseaba sentirle dentro y saciar aquel repentino y voraz apetito.

—¡Quieta! —me pidió—. Vayamos despacio.

Marcos depositó un beso sobre mi pelo y después bajo los labios hacia mi oído. Sentí su aliento cálido, su lengua húmeda y sus labios jugosos, y gemí complacida y llena de deseo. Cuando se perdió en la curva de mi cuello, estaba tan caliente que deslicé las manos entre mis piernas para acabar con aquella desazón, pero Marcos las retiró con suavidad, impidiéndome seguir adelante, y las colocó en torno a su cuello.

Acarició mis brazos hasta las axilas y llegó hasta mis pechos, pellizcándolos hasta hacerme daño.

—Quiero que te vuelvas loca de deseo —susurró en mi oído—. Te llevaré a la cima, pero antes de permitirte alcanzarla, pararé y volveré a comenzar de nuevo, hasta que supliques que te haga mía.

—No puedes hacerme eso —protesté.

—Te encantará —dijo él bajando la mano hacia mi ombligo para después perderse más abajo, entre los pliegues de mi sexo.

Jugó con mis labios e introdujo los dedos dentro de mí. Me moví, contoneé y empujé con fuerza contra su mano, pero cada vez que estaba a punto de

alcanzar el placer que estaba buscando, Marcos se detenía dejándome jadeante y perdida.

—Salgamos —dijo incorporándose, y yo le obedecí.

Aquella noche él llevaba las riendas y, aunque su juego me resultaba una tortura, estaba teniendo una experiencia diferente que quería disfrutar hasta las últimas consecuencias.

Marcos me envolvió en una toalla y secó mi cuerpo con delicadeza. Ignoraba que un acto tan simple pudiese ser tan estimulante, pero aquella noche estaba descubriendo muchas cosas que desconocía como, por ejemplo, los límites de mi propio cuerpo y el placer que podía alcanzar.

Me sentía expectante. Marcos aprovechaba cada ocasión y mientras me secaba las piernas iba dibujando con su lengua miles de caminos en mi piel que yo deseaba que confluyeran en un solo lugar.

No sabía cuál sería su siguiente paso y aquello me producía una sensación de ansiedad que me mantenía alerta, pero apenas este pensamiento cruzó mi mente, Marcos me empujó con brusquedad contra la pared y levantó mis piernas, penetrándome de forma brutal. No lo esperaba, así que grité por la sorpresa y el placer que su miembro, enorme y duro, era capaz de proporcionarme. Por fin lo tenía dentro y me encantaba la sensación.

No podría aguantar mucho más. Marcos me embestía con dureza, entrando y saliendo de mi interior, rozando mi clítoris y empujándome a un orgasmo que prometía ser glorioso, pero antes de que aquello sucediese se detuvo con brusquedad y, cogiéndome en brazos, me llevó a la habitación y me tumbó sobre la cama.

—¿Por qué me torturas de esta manera? —pregunté con la respiración agitada.

—Ya te lo he dicho, quiero que me supliques y quiero proporcionarte el mejor orgasmo de tu vida.

Se agachó entre mis piernas y chupó, succionó y lamió con su lengua cada centímetro de aquella delicada zona de mi cuerpo que ardía de deseo. Cada roce era una tortura, pero en cuanto mi respiración se agitaba, él volvía a detenerse dejándome con las ganas.

Me temblaban las piernas, el corazón cabalgaba desbocado en mi pecho y mi sexo palpitaba de tal modo que dolía, así que le empujé sobre la cama y me subí a horcajadas sobre él, dispuesta a tomar el mando. Él sonrió y yo tomé su miembro entre mis manos y lo empujé dentro de mí para después cabalgar sobre él salvajemente hasta saciarme.

—Vas muy deprisa —dijo él colocando las manos sobre mis caderas para impedir que me moviera.

—Suéltame —ronroneé contoneándome sobre él—. Deja que...

Pero Marcos no me dejó continuar, me tumbó en la cama atrapándome con su cuerpo, colocó mis brazos alrededor de mi cabeza y me besó. Le devolví el beso con ardor, mordiéndole los labios y la lengua hasta hacerle daño, aunque aquella no fuera mi intención.

—Lo siento —me disculpé, pero él me acalló con un nuevo beso, largo, profundo y perfecto—. Me rindo.

—¿Te rindes? —sonrió Marcos.

Me tenía justo donde quería, completamente rendida e implorándole que acabara con aquello que había comenzado hacía una eternidad.

—¡Fóllame! —le supliqué con voz susurrante.

Marcos liberó mis brazos y volvió a besarme, pero esta vez fue un beso sosegado y muy dulce que consiguió erizar la piel de todo mi cuerpo.

Cuando sentí que me penetraba, un suspiro de alivio y placer escapó entre mis labios. Nuestros cuerpos enseguida se acoplaron y comenzaron una danza sublime. Sobraban las palabras; nuestros cuerpos hablaban entre sí y se entendían a la perfección.

Le rodeé con los brazos y las piernas, apretándole con fuerza mientras nuestras respiraciones eran cada vez más jadeantes y nuestros gemidos más intensos. Quizá, en otro momento, me habría avergonzado que alguien pudiera oírnos, pero eso no me preocupaba cuando estaba con Marcos.

Los músculos de mi cuerpo se tensaron y busqué sus labios para ahogar en ellos mis gemidos. Poco a poco, una deliciosa y conocida sensación me invadió y me dejé ir, suspirando y con mi cuerpo temblando mientras Marcos se vaciaba dentro de mí.

A veces se enciende

Marcos me miró desde su lado de la cama con expresión interrogante. Habíamos pasado la noche juntos, otra vez, aunque después de la increíble sesión de sexo nos abrazamos y nos quedamos dormidos inmediatamente.

El agotamiento había servido para que aquella noche no tuviera, o al menos para que no recordara, aquellos sueños lujuriosos que noche tras noche me asaltaban, así que me encontraba feliz y descansada.

—¿Adónde vas tan pronto? —inquirió con los ojos medio cerrados y expresión somnolienta.

—Tengo clase de surf a las siete —respondí.

—Creía que tenías la clase a las doce.

—También, pero estas son clases extra, ya sabes, para aprender un poco más —le expliqué sentándome a su lado.

—¿Clases extra? ¿Cuándo descansas?

—Esta noche he dormido muy bien y nunca he necesitado muchas horas de descanso. ¿Nos vemos luego?

—¿Estás segura de que no prefieres quedarte conmigo?

—Uhhmmmm, es muy tentador, pero ya he quedado —respondí besándole suavemente en los labios y poniéndome en pie.

Antes de salir cogí una manzana que había sobre un bol en la cómoda y fui a casa a cambiarme de ropa y coger el coche para ir a la playa.

Era una bonita mañana, de cielo despejado, sin viento y con el océano en calma. La playa estaba tan vacía como acostumbraba a aquella hora y me

senté junto a la puerta de la caseta a esperar a Enzo, que aún no había llegado.

Pensé en la noche anterior, en Marcos y en la increíble experiencia sexual que habíamos vivido, y me estremecí. Nunca habría imaginado que el sexo diera tanto de sí. Por supuesto, no era una experta y mis amantes hasta el momento podían contarse con los dedos de una mano. Me sentía sorprendida y plena. Tal vez nunca volvería a tener la oportunidad de disfrutar tanto de mi propio cuerpo, pero guardaría aquella noche como un tesoro en mi memoria.

Vi a Enzo acercarse hacia mí y le estudié detenidamente. Vestía un bañador largo, azul y blanco, y una camiseta blanca. Sus piernas eran largas y rectas, sus hombros anchos, su pecho fuerte y fibroso y tenía la cara de un ángel. Las gafas de sol ocultaban sus felinos ojos verdes y el pelo le caía liso hasta los hombros. Parecía un Adonis recién llegado a la tierra para deleitar a las mujeres con su belleza. Su apariencia angelical contrastaba con su masculinidad, su seguridad en sí mismo y esa pizca de arrogancia que desprendía. Un cóctel de difícil digestión, al menos para mí.

—Has llegado pronto —me dijo.

—No quería llegar tarde el primer día.

—¿Estás preparada?

—Sí, preparada y expectante —respondí sonriendo.

Enzo abrió la puerta de la caseta y entramos. Me dio un traje de neopreno y fui a cambiarme de ropa. Afortunadamente, había mejorado mucho mi técnica desde el primer día, cuando llegué a pensar que no podría ponérmelo sin la ayuda de un calzador. Apenas tardé un par de minutos en ponérmelo.

No hablamos mucho mientras encerábamos las tablas, colocábamos las banderas en la playa para delimitar la zona de actividades acuáticas y hacíamos los ejercicios de calentamiento. Enzo no parecía muy comunicativo aquella mañana y preferí no tentar a la suerte y enredarnos de nuevo en una disputa.

Si no hubiese sido por Sofía, no me habría apuntado a clases de surf; de hecho, ella, Marisol y Lucy casi tuvieron que llevarme a rastras, pero me alegraba de que lo hubiesen hecho. De lo contrario jamás habría podido experimentar aquella sensación de libertad y plenitud. El sol, el viento y el agua eran los elementos que necesitaba para sentirme completamente feliz y evadirme de todos los problemas.

Mis progresos se notaban día a día y esperaba que aquellas clases extra me hicieran mejorar. Sería un buen recuerdo de aquel verano que estaba resultando un poco complicado, algo en lo que pensar durante los largos días de invierno que me daría fuerzas para seguir adelante.

—¡Coloca bien las piernas! —me ordenó Enzo cuando volví a caer al agua.

—Ya lo hago —repliqué.

—No, no lo haces. Te he explicado un millón de veces cuál es la posición correcta, pero nunca haces caso. —Su tono de voz era duro, al igual que su mirada.

—¿Quieres decir que soy tonta o insinúas que paso de todo? —le espeté.

—No he dicho que seas tonta, lo que digo es que, a pesar de las veces que te corrijo, sigues cometiendo los mismos errores.

—Vamos, que soy tonta.

Empujé la tabla hacia la orilla dispuesta a dar por finalizada la clase. Estaba claro que a Enzo le pasaba algo y no pensaba ser la diana de sus frustraciones.

—¿Dónde crees que vas? —Enzo me detuvo sujetando la tabla.

—Son casi las nueve, no he desayunado y, la verdad, tú no pareces estar de muy buen humor.

—Te invito a desayunar —dijo de pronto, arrastrando su tabla hacia la orilla con una asombrosa habilidad.

Al salir del agua sacudió la cabeza y su pelo dorado pareció absorber cada

uno de los rayos del sol. Nunca podría estar con él más que de aquella manera, como alumna, pero al menos podría deleitarme con aquellos momentos durante los días que restaban de vacaciones.

Cuando volvimos a la caseta, Enzo sacó un termo de la mochila, sirvió café en dos tazas y puso sobre la mesa que hacía las veces de despacho unas galletas y algunas piezas de fruta. Estaba tan hambrienta que no esperé a que me ofreciera.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—Ya te he dicho que no he desayunado —respondí mordisqueando una galleta.

—Deberías comer algo antes de la clase, no me gustaría que sufieras un desmayo.

—Lo tendré en cuenta —le aseguré.

—¿Qué tal van las vacaciones? ¿Sigues saliendo con aquel hombre que conocí en tu casa?

—¿Es una trampa? Porque como bien sabes, tú y yo no somos amigos, y no tengo por qué contarte algo que después puedas utilizar como arma arrojadiza para reírte de mí —me despaché.

—Con que así es como ves las cosas —dijo pensativo.

—No se trata de cómo las veo, sino de cómo son.

—Entonces sigues con ese hombre, pero por alguna extraña razón prefieres no contármelo —concluyó.

—¡No es asunto tuyo! —exclamé.

—¿Por qué estás siempre a la defensiva?

—Yo no estoy a la defensiva —negué—. O quizá sí.

Levanté la vista para mirarle a los ojos y vi en ellos un atisbo de burla.

—Desde el principio has intentado manipularme y jugar conmigo, aunque no sé con qué intención. Pero si tanto interés tienes te diré que sí, sigo con

ese hombre que, por cierto, se llama Marcos.

—¿Es bueno en la cama? —Su rostro estaba serio, pero no me fiaba de él y no sabía cuál era el objetivo de aquellas preguntas.

—¿De verdad me has preguntado eso? —Dejé la taza sobre la mesa y le miré fijamente a los ojos.

—Sí, te lo he preguntado y volveré a repetirlo si no lo has oído bien —me confirmó—. Aunque tal vez a la señorita mojigata le resulte una pregunta demasiado atrevida.

—¡No soy una mojigata! —me defendí.

¿Qué pensaría Enzo de mí si supiese que Marcos y yo lo habíamos hecho en la playa, donde podríamos haber sido vistos por cualquiera que pasara por allí, o si se enterara de las veces que había soñado con un trío en el que él era uno de los protagonistas?

—Lo eres, Olivia. Una princesita caprichosa y mojigata que no sabe lo que quiere.

—¿Por qué siempre terminas insultándome? —No podía entender aquella actitud ni los motivos que le llevaban a comportarse conmigo como un auténtico capullo.

—No te he insultado, solo he dicho algo que es obvio.

—Puedes pensar lo que quieras de mí, pero si quieres saber quién soy realmente tendrás que molestarte en descubrirlo —suspiré.

—”Bienvenidos al mundo de Olivia” —se carcajeó.

—Ríete si quieres, pero Olivia no es esa princesa que tú crees que soy —le dije cogiendo mi bolsa para marcharme—. Por cierto, Marcos y yo follamos como locos.

Salí de allí sin darle tiempo a que respondiera y volviera a burlarse de mí, como siempre sucedía cuando estaba con él, que terminaba enfadada conmigo misma por dejarme arrastrar y participar en su absurdo juego.

¿Por qué aquel hombre conseguía siempre sacarme de mis casillas? Había intentado controlarme e ignorar sus comentarios, pero había vuelto a fracasar de nuevo.

Enzo me ignoró durante la clase de las doce, aunque le oí hablar de forma distendida con mis amigas. Con ellas siempre era amable y alababa constantemente sus progresos, a pesar de que Marisol apenas podía despegar el cuerpo de la tabla, Lucy no mantenía el equilibrio ni dos segundos y Sofía estaba más preocupada por romperse una uña que por aprender. Conmigo, sin embargo, siempre era brusco, mordaz, demasiado exigente y, a veces, hiriente.

No habíamos empezado con buen pie y le había juzgado con demasiada rapidez, incluso era posible que hubiese sido un poco borde, pero su actitud no había ayudado demasiado a mejorar la opinión que tenía de él ni a que las cosas entre nosotros fuesen menos complicadas. Al contrario, él siempre estaba dispuesto a echar más leña al fuego burlándose de mí y a aprovechar cualquier ocasión para demostrar que podía tenerme con solo chasquear los dedos o con uno de aquellos besos que, debía reconocer, tenían un efecto *idiotizante* en mí.

Retiré la vista de Enzo y miré hacia la playa. Estaba deseando que acabara la clase. Había sido muy mala idea aceptar las clases extra y tener que enfrentarme a él durante casi cuatro horas cada día.

Alguien me saludó desde la orilla y entrecerré los ojos, intentando distinguir de quién se trataba. Sonreí al ver a Marcos y arrastré la tabla hacia la orilla para reunirme con él.

Marcos soltó un silbido al verme y, sin mediar palabra, me dio un beso que me dejó sin aliento.

—Eres *Anfitrite*, la diosa del mar, y yo soy tu fiel servidor —bromeó.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte, te echaba de menos.

—¡Olivia! —gritó Enzo. Me volví hacia él.

Le vi venir hacia nosotros con gesto hosco y supuse que aquella interrupción no le había gustado.

—Estamos en medio de la clase —me recordó, aunque lo sabía perfectamente—. Deberías volver.

—Ahora voy —respondí con desgana.

—¡Ahora! —ordenó con voz autoritaria antes de darse media vuelta para volver al agua.

Miré a Marcos y adiviné en su expresión lo poco que le había gustado la intervención de Enzo y la forma en que se había dirigido a mí, así que decidí despedirme de él y regresar al agua antes de que aquello se convirtiera en un campo de batalla y Enzo y él se enzarzaran en una discusión que no llevaría a ninguna parte.

—Te veré más tarde —le dije a Marcos volviendo a besarle—. Quizá esta noche podamos ir a nadar.

No dejé que respondiera y me adentré en el agua para volver a unirme a la clase, aunque no me apetecía en absoluto.

La reacción de Enzo no se hizo esperar, y en cuanto Marcos se marchó, se acercó a mí con los labios apretados y los ojos encendidos.

—Deberías decirle a tu amiguito que no es de buena educación interrumpir la clase. Tal vez podáis follar en otro momento.

—¡Eres un idiota! —grité—. Ni siquiera me has prestado atención durante toda la clase y ahora montas un drama porque pierdo cinco minutos.

—Tus amigas me necesitan más que tú.

—¿De verdad? Porque mi dinero vale tanto como el suyo, pero mientras con ellas eres paciente, motivador y hasta simpático, conmigo no tienes paciencia, me regañas constantemente y en cuanto me corriges un par de

veces me llamas tonta. Y yo me pregunto, ¿por qué? —Sentía que la rabia iba creciendo dentro de mí y que los ojos me ardían amenazando con lágrimas. ¡Lo que me faltaba!

Le di la espalda y comencé a alejarme de él para que no me viera en aquel estado. Ya me sentía bastante humillada por sus comentarios y no quería darle ningún arma más que pudiera utilizar en mi contra.

—¡Olivia! —me llamó.

—Vuelve con ellas —grité—, y déjame sola.

Me tumbé sobre la tabla y remé con los brazos adentrándome en el océano. Cuando estuve lo bastante lejos me quedé inmóvil, y lloré amargamente para librarme de la rabia y la frustración que se habían apoderado de mí.

Enzo se mantuvo alejado el resto de la clase, pero cuando me cambié de ropa y me disponía a marcharme me detuvo. Le miré a los ojos, había un atisbo de arrepentimiento, pero ya no confiaba en él y estaba cansada de que cada vez que estábamos juntos termináramos como en la película *La guerra de los Rose*.

—Olivia, espera —me pidió.

Su tono era suave y me sorprendió, porque nunca se había dirigido a mí en ese tono, así que me volví hacia él y crucé los brazos sobre mi pecho manteniendo la distancia.

—Porque tienes aptitudes para el surf —me dijo.

—¿Cómo dices? —Entorné los ojos intentando encontrar sentido a sus palabras, pero no lo conseguí.

—Antes me has preguntado por qué trato a tus amigas de forma diferente y ahí tienes la respuesta. Ellas no están realmente interesadas en las clases, solo son un pasatiempo, una historia más que contar cuando vuelvan al trabajo —me aclaró—. Tú, sin embargo, quieres aprender y tienes las aptitudes y la forma física necesarias para hacerlo. Al mirarte sé que puedes sentir esa

sensación de libertad que se respira en el océano cuando estás sobre la tabla.

—Creía que las princesas se limitaban a esperar la llegada del príncipe azul —ironicé.

—Supongo que merezco esa respuesta. —Enzo se apoyó en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Vendrás mañana a las siete?

—Sí, lo haré aunque solo sea para fastidiarte y hacerte madrugar. Ya sabes, caprichos principescos, supongo que no puedo remediarlo. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a casa a recoger mi corona.

Enzo esbozó una media sonrisa y sus ojos se iluminaron. Era tan guapo y tan deseable que no podía dejar de mirarle. Sacudí la cabeza para salir de mi aturdimiento y comencé a caminar hacia la puerta, pero su voz, como una caricia en mi oído, me lo impidió de nuevo.

—Me pregunto si a las princesas les gusta el sexo suave y pausado o prefieren las emociones fuertes.

Estaba justo detrás de mí, tan cerca que podía sentir su respiración junto al oído y su aliento cálido sobre mi cuello. Me tomé un momento para meditar una respuesta, pero no encontré ninguna que pudiera resultar ocurrente y pensé que era mejor no decir nada.

¿Acaso no era aquella una nueva provocación? Pues no caería en ella.

Reanudé la marcha hacia la salida, pero Enzo volvió a impedírmelo atrapándome por la cintura y pegándome contra su cuerpo. Cerré los ojos y busqué mi autocontrol por todas partes. Debía estar ahí, en algún lugar, solo tenía que dar con él. Pero no lo encontré. En cuanto me rozó el cuello con los labios dejé de ser Olivia, dejé de ser una persona racional y volví a convertirme en esclava de mis deseos. Suspiré ante aquel contacto y Enzo tiró de mí llevándome a la parte de atrás. Me empujó contra la pared y se apoderó de mis labios de forma salvaje. Durante una milésima de segundo la imagen de Marcos cruzó mi mente. Acabábamos de conocernos y, probablemente, en

unos días nos despediríamos para siempre, pero en aquel momento manteníamos una relación, y aunque no nos habíamos hecho ninguna promesa, era una relación monógama. ¿Acaso no era aquello lo que esperaba yo de él? Pero en cuanto Enzo me levantó el vestido y pasó los labios por el nacimiento de mis senos, me olvidé de Marcos, de mis dudas y, por supuesto, de mi autocontrol.

Enzo deslizó los tirantes de mi vestido por mis hombros y lo arrastró hacia abajo mientras su lengua dibujaba un camino hacia el ombligo. Le agarré del pelo, empujándole e invitándole a seguir explorando más abajo, y él aceptó la invitación arrancándome la parte inferior del bikini con brusquedad.

Su lengua se coló entre mis piernas lamiendo y acariciando mi clítoris con movimientos circulares. Me humedecí y abrí para él, quería sentirle en cada uno de los rincones de mi cuerpo, que siguiera explorando y adentrándose en mí. Pero también quería tocarle, descubrir su cuerpo, acariciarle y besarle de nuevo.

Le rodeé el cuello y tiré de él hacia arriba. Enzo comenzó el ascenso lentamente, deteniéndose de nuevo en besar cada curva de mi cuerpo hasta llegar a los labios.

—Sabes de maravilla, princesa —susurró sobre mis labios antes de volver a devorarlos.

Sentí la urgente necesidad de abrazarle y fundirme con su cuerpo. Le besé con avidez, recorriendo su boca con la lengua, mordisqueándole los labios y degustando lentamente su sabor. Sabía, como siempre, a mar, a sal y a sexo. Todo en él invitaba a la lujuria.

Me deshice de la parte superior del bikini y le ayudé a quitarse el neopreno. Debajo solo llevaba un apretado bañador de natación bajo el que se adivinaba una erección enorme y poderosa. Nos enredamos en un abrazo, su torso desnudo contra mi piel se sentía caliente y suave, y provocó una reacción en

cadena a lo largo y ancho de mi cuerpo. Era como si mis nervios estuviesen a flor de piel y con un simple roce se activaran, recorriéndome como un rayo de arriba abajo.

Enzo colocó las manos en mis glúteos y le atrapé entre mis piernas mientras él me apoyaba contra la pared. Estaba deseando sentirle dentro, lo necesitaba, todo mi cuerpo le reclamaba con urgencia, esperando aquel momento que tantas veces antes había soñado.

—¡No pares! —le ordené frotándome contra él.

Enzo me colocó sobre su pene erecto que aún estaba oculto bajo la tela del bañador y, justo cuando mis deseos iban a ser cumplidos, un ruido en el exterior nos interrumpió y una voz desconocida le llamó por su nombre.

Habría seguido adelante a pesar de todo y aún a riesgo de ser descubiertos. En aquel momento solo podía pensar en él, en nosotros, en lo que estaba a punto de suceder. Pero Enzo se detuvo y, aunque le animé a seguir, pude ver en sus ojos que el momento había pasado.

—Tengo que irme —dijo mientras me dejaba en el suelo.

—No puedes parar ahora —me quejé con voz jadeante.

—El deber me llama, princesa —me dijo sonriendo—. Tendremos que dejarlo para otra ocasión.

Volvió a vestirse como si nada hubiese sucedido y se marchó, dejándome sola, vacía y muy caliente.

¿Hay alguien ahí?

Mis amigas y yo visitamos Vejer de la Frontera y pasamos una tarde diferente, pero muy divertida. Nos encantó el pueblo, con sus empinadas calles, las casas encaladas y flanqueado por tres torres y cuatro puertas.

Recorrimos cada uno de sus rincones atendiendo a las explicaciones de Marisol, que ejercía de guía turística y nos contaba la historia de aquel lugar mientras subíamos y bajábamos aquellas empinadísimas y estrechas callejuelas hasta quedar sin aliento.

—El traje típico es el cobijado, y parece tener influencia árabe. Está formado por un manto que cubre la cabeza y que, sujeto por las mujeres con sus manos, cubre gran parte del rostro dejando a la vista un solo ojo. Pero he oído que esto ha cambiado y que ahora se colocan ese manto sobre los hombros —nos explicó Marisol.

—¿Dónde has aprendido todo eso? —le pregunté sorprendida por su detallada explicación.

—Me gusta la historia y he visitado varias veces este pueblo con un guía turístico.

—Siempre me han aburrido los guías turísticos, pero has estado genial, amiga —la felicitó Sofía.

—Gracias —dijo Marisol haciendo una exagerada reverencia.

—Sí, Marisol, has estado fantástica, pero me temo que si no bebo algo pronto voy a deshidratarme. Además, tengo las piernas como gelatina de tanto subir y bajar esas cuestas.

Buscamos un lugar para tomar algo y encontramos un bar con una estupenda terraza y mejores vistas. Lucy prácticamente se tiró en plancha sobre la silla, estaba agotada por la larga caminata y habíamos elegido una tarde muy calurosa para realizar aquella visita.

Pedimos unos refrescos y, solo cuando el camarero nos trajo las bebidas y saciamos la sed, fuimos capaces de pronunciar la primera frase.

—No nos has contado nada de los amigos de Marcos —dijo Sofía.

—Son encantadores —respondí—. Tenía mis reservas porque Marcos los había descrito como auténticos hombres de cromañón, pero en realidad son muy educados y simpáticos.

—Deberías presentarnos —opinó Sofía.

—¿Qué pasa con Pepe? Pensaba que os iba bastante bien.

—¡Pepe es un desastre! —exclamó mi amiga—. Es tan cutre que aún vive con sus padres y nos lo tuvimos que montar en el coche. Solo diré que la palanca de cambios me proporcionó más placer que cierta parte de su anatomía.

—¿La palanca de cambios? —preguntó Marisol—. Eso no nos lo habías contado.

—Y no merece ser contado. Un tío que habla más de su madre que de sexo debería haber encendido una alarma en mi cerebro. Mucho sobeteo y besuqueo, pero a la hora de la verdad la palanca de cambios resultó ser mucho más sexi. Al menos era más grande —bromeó.

—¡Eres tremenda! —le dije soltando una carcajada.

—Tú disfrutas de buen sexo con Marcos, se te nota en la cara, pero ya me gustaría verte dentro de un Mini buscando la Tierra Prometida y tanto tiempo ansiada, para encontrarte con una decepción del tamaño de un... de un palillo.

—Deberías haberte quedado con Roberto —dijo Lucy—. Él haría mejor

pareja contigo, no hay nadie que pueda saciarle, es imposible. Yo creo que tiene algún problema.

—Al menos vosotras tenéis algo que contar. Yo, sin embargo, soy virgen —dijo Marisol.

—¿Virgen? —pregunté bizqueando.

—Quiero decir que este verano no me he comido ni un rosco. Así que, Olivia, deberías presentarnos a los amigos de Marcos. No es justo que solo tú te lo pases bien.

—Hablaré con él —prometí.

—Hazlo inmediatamente —ordenó Sofía—. Me he cansado de Pepe y él no deja de venir detrás de mí babeando. Me manda unos mensajes al móvil que... ¡Puaj!

—Eres demasiado dura con él, Sofía —le dijo Lucy—. Es muy simpático y está loco por ti.

—Loco de atar, diría yo. Al principio tenía su gracia que se hiciese el duro, pero ahora que ha mostrado su verdadera personalidad ha dejado de gustarme.

Seguimos hablando de todo un poco, incluso me hicieron prometer que hablaría con Marcos y, en los días siguientes, organizaríamos un encuentro con sus amigos.

Estábamos tan cómodas que nos quedamos a cenar y regresamos a casa tarde y agotadas, aunque eso no disuadió a mis amigas de salir aquella noche. Nada más llegar se sumergieron en el mundo de la moda y el maquillaje, y volvieron a dejar ropa tirada por todos los rincones. No sabía de dónde sacaban toda aquella energía, a mí ni siquiera me apetecía salir, especialmente después de mi encuentro con Enzo.

Me encontré con Marcos en la playa, aunque aquella noche no hubo sexo. Hasta entonces, cuando estaba a su lado, Enzo se perdía en algún rincón de

mi mente, pero cada vez me costaba más trabajo dejar de pensar en él.

El sexo con Marcos había resultado ser una grata sorpresa, pero tras probar la miel que Enzo me había ofrecido me sentía demasiado confusa.

—¿Estás bien? —Marcos acababa de besarme, pero yo no había mostrado la avidez de otras veces y debió notarlo.

—Creo que me va a venir la regla —mentí, porque la había tenido durante la primera semana de vacaciones.

—No tenemos que hacer nada. Me gusta estar contigo y, aunque confieso que mantener las manos alejadas de ti resulta una tortura, puedo intentarlo — me tranquilizó.

—¿Te importa si nos quedamos aquí simplemente mirando el cielo?

Marcos me colocó entre sus piernas y apoyé la cabeza sobre su pecho. Me sentía bien entre sus brazos, era un hombre muy dulce que siempre estaba dispuesto a complacerme. Besó mi pelo, me abrazó y nos quedamos allí, contemplando las estrellas en silencio.

Enzo me esperaba en la playa a la mañana siguiente. Apenas me saludó y comenzamos la rutina, cada uno absorto en sus propios pensamientos, aunque estuvo más moderado que otros días, corrigiéndome con suavidad cuando me equivocaba y explicándome las cosas despacio y con paciencia.

El día anterior habíamos estado a punto de consumir aquello con lo que yo soñaba cada noche. Me había besado con ferocidad, lamiendo cada porción sensible de mi piel y dejándome con la miel en los labios. Sin embargo, nada en su comportamiento de aquella mañana delataba que lo recordara. Llegué a pensar que no había sido más que otro de aquellos sueños que me habían acompañado desde que nos conocimos.

¿Cómo era posible que el hombre apasionado del día anterior fuese el mismo que aquel que me miraba con indiferencia?

¿Cómo podía tocarme sin sentir aquella carga eléctrica que a mí me recorría

el cuerpo entero en cada roce?

Quizá solo era autocontrol y por dentro, al igual que yo, se estuviese consumiendo. Pero tras la clase siguió haciendo gala de su indiferencia.

—Tengo un poco de prisa —me dijo sin apenas mirarme—. Te veré más tarde.

Me despedí con un ademán y regresé a casa envuelta en una nube negra de desolación. Sabía que estaba echando a perder lo que tenía con Marcos persiguiendo una quimera que estaba muy lejos de mi alcance. Jamás conseguiría a Enzo.

Mis amigas ya se habían levantado y se probaban un bikini tras otro. Estaban muy animadas y hasta discutían sobre algo tan fascinante como la mejor forma de colocarse un pareo. Me serví una taza de café y salí al jardín. Aquellas vacaciones deberían haberme servido para descansar, divertirme y romper con las rutinas que, durante todo el año, hacían de mi vida un infierno. Pero llegada a aquel punto y haciendo balance, ¿había conseguido alguno de aquellos objetivos?

Apenas había logrado descansar. Cada noche los sueños venían hasta mi impidiéndome dormir, haciendo que me desvelara y tuviera que levantarme cada día más temprano. No podía decir que no me había divertido, aunque no del modo en que tenía planeado. Y respecto a las rutinas, había roto con todas y cada una de ellas, pero solo para crear otras que me producían más estrés todavía.

—¿Qué tal la clase? —me preguntó Sofía, que por fin había elegido un bikini amarillo para ponerse aquel día.

—Nada destacable —respondí con desgana, encogiéndome de hombros.

—Entonces, ¿por qué pareces tan abatida?

—No sé si la palabra “abatida” es la que mejor me define en este momento.

—Vamos, cuéntamelo todo, ¿es por Enzo? —Sofía se sentó frente a mí y

me miró largamente.

—Estaba pensando que deberían haber sido unas vacaciones para desconectar y pasar tiempo con vosotras, no para complicarme la vida.

—Siempre has sido de esas personas que piensan demasiado las cosas. ¿Por qué no te dejas llevar y disfrutas de lo que la vida te ofrece? —me aconsejó mi amiga.

—Porque eso es justo lo que he hecho y mira los resultados. ¡Ni siquiera puedo dormir! —me quejé con un largo suspiro.

—No me estás escuchando. Deberías fijarte en mí, me dejo llevar y me va bastante bien. Hago lo que quiero, cuando quiero y con quien quiero.

—He estado haciendo lo que quería y con quien quería —señalé.

—No, no lo has hecho. Te gusta Marcos, pero te sientes culpable porque sientes algo por Enzo. ¿Sabes lo que haría en tu lugar?

—Ilumíname —le pedí.

—Estar con quien me apeteciera en cada momento, algo que tú no haces porque crees que el hecho de haberte acostado con Marcos elimina la posibilidad de hacerlo también con Enzo —razonó Sofía.

—Te equivocas. Ayer Enzo y yo... nosotros...

—¡Cuéntamelo ahora mismo! —exclamó.

—No pasó nada, pero no fue porque yo no estuviera dispuesta. Alguien nos interrumpió cuando... cuando... Bueno, ya sabes.

—No, no lo sé. Tienes una suerte envidiable, aunque entiendo que quedarse a medias puede resultar muy frustrante.

—No lo entiendes, Sofía, no se trata de quedarse a medias, sino de lo que está pasando conmigo. Marcos es un tipo genial, confío en él y me gusta mucho. No me gustaría hacerle daño y tampoco desearía hacérmelo a mí misma. Enzo es poco apropiado para mí y sé que debería apartarme de él, pero por alguna inexplicable razón no puedo.

—Marcos y Enzo son dos tíos *buenorros* que has conocido este verano y con quienes te lo estás pasando de miedo. Disfrútalo, Olivia, después regresarás a casa y todo esto quedará atrás. A menos que seas tan tonta como para complicarte la vida, y Marcos y Enzo sean algo más que un mero pasatiempo. —Me miró de soslayo, estudiando la expresión de mi rostro.

—¡Claro que no! —negué—. Quiero decir, que si hubiese conocido a Marcos en otro momento tal vez...

—¿Y Enzo? —preguntó perspicaz.

—Enzo es... Él no es nada. Si se tratara de elegir me quedaría con Marcos.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. No puedo negar que me siento atraída por Enzo, ¿quién podría resistirse a un hombre como él? Pero estoy segura de que es algo puramente físico —aseguré.

—Espero que estés en lo cierto, no me gustaría verte sufrir.

—No voy a dejar que me haga daño y pienso disfrutar del resto de las vacaciones todo lo que pueda —le dije sonriendo—. Y, por supuesto, sin complicaciones.

—Así me gusta. Y cuando quieras hablar ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Sofía —le dije cogiéndole la mano.

El resto del día transcurrió tranquilo y sin novedades. Durante la clase de surf a la que acudí con mis amigas Enzo se mostró indiferente, igual que por la mañana. Decidí seguir el consejo de Sofía: vivir el presente y olvidarme de lo sucedido.

Aquella noche, mis amigas y yo teníamos una cita muy especial. Habíamos quedado con Marcos y sus amigos en un chiringuito junto a la playa y, una vez más, poseídas por el espíritu de Versace, entraron en crisis y vaciaron los armarios en busca del conjunto ideal.

La casa volvió a llenarse de colores, telas, zapatos y maquillaje, y aunque

aquel comportamiento seguía pareciéndome más propio de unas adolescentes, decidí participar del juego. No me vendría mal frivolizar un poco. Quizá la oportunidad de estar todas juntas durante otras vacaciones no volvería a repetirse. Marta había decidido quedarse con su novio, y probablemente cada una de nosotras iría conociendo a su media naranja y aquellos veranos compartidos se quedarían en el recuerdo.

Llegamos tarde a la cita porque Marisol se cambió cuatro veces de ropa antes de elegir el atuendo definitivo. Marcos y sus amigos ya nos estaban esperando y nos recibieron con los brazos abiertos. La noche comenzó bien, y unas cuantas copas hicieron el resto. Reíamos por cualquier cosa dispuestos a disfrutar de aquella velada que marcaba el ecuador del verano.

Habían sido dos semanas intensas, llenas de dudas, de nuevas sensaciones y de momentos inolvidables. Había llegado a aquel rincón del mundo con ganas de dejar atrás mi vida y mi fracasada relación con Fran y, aunque solo fuese eso, lo había logrado.

Juan, uno de los amigos de Marcos, estaba haciendo una divertidísima imitación de Mariló Montero. Durante toda la noche contó chistes e imitó a numerosos personajes, pero aquella, sin duda, fue la mejor parodia de todas. No podíamos parar de reír y Juan se iba creciendo ante nuestras risas y aplausos, haciéndonos pasar una noche memorable.

Estaba sentada sobre las piernas de Marcos, sus manos rodeaban mi cintura y mis brazos su cuello. De vez en cuando me obsequiaba con un pequeño beso o un leve roce que me erizaba la piel, recordándome que era el mejor amante que había tenido hasta el momento.

Estaba deseando dar por concluida la velada y regresar con él a su habitación del hotel donde, un par de noches atrás, habíamos compartido una experiencia sexual alucinante. Iba a proponerle que nos fuéramos y dejáramos allí a nuestros amigos cuando le vi.

Estaba en un rincón, sentado, con una chica morena entre los brazos que no aparentaba más de veinte años. No sabía cómo había podido pasar desapercibido a mi mirada hasta entonces, no solo porque su presencia fuese arrolladora, sino porque él y aquella chica estaban dando un espectáculo digno de una película de dos rombos.

Los miré fijamente, hipnotizada por aquellas manos que se perdían bajo el vestido de ella, imaginando aquellas caricias entre mis piernas. Mis pezones se irguieron contra la tela de mi vestido, provocándome un dolor agudo que solo podía calmarse de una manera. Seguí el recorrido de su lengua bajando por la garganta de su acompañante hasta perderse en su escote, donde desapareció de mi vista por un instante. La chica gimió. No pude oírlo, pero vi cómo echaba hacia atrás la cabeza y separaba los labios, e imaginé lo que estaba sintiendo.

Volví la atención hacia las manos de Enzo, que seguían perdidas en algún rincón de aquel cuerpo que deseé que fuera el mío. La chica abrió las piernas y la observé mientras se contoneaba contra aquella mano que debía estar proporcionándole un delicioso placer. Pasé la lengua sobre mis labios, humedeciéndolos y fantaseando con la idea de ser ella, y entonces vi cómo su cuerpo se arqueaba y se tensaba experimentando un glorioso orgasmo. Levanté la vista para fijarme en su cara y mis ojos se encontraron con los de Enzo. Él sonrió de aquella manera prepotente que tan bien conocía y supe que estaba adivinando mis pensamientos.

Me removí incómoda sobre Marcos y él lo interpretó como una invitación, porque acarició con suavidad una de mis piernas y susurró algo en mi oído que no entendí.

—Voy un momento al baño —me disculpé, levantándome de su regazo.

—No tardes —me pidió rozando mis labios con los suyos.

Huí hacia ninguna parte, lejos de la mirada de Enzo y de aquella mujer

cuyo cuerpo descansaba lánguidamente contra su pecho.

Salí al exterior, me quité los zapatos y caminé hasta la orilla del mar. Enseguida sentí el agua acariciando mis pies y deseé nuevamente que me ayudara a calmar el fuego que aquella escena había originado en mi interior. Respiré hondo, llenando mis pulmones de aire, y lo fui soltando poco a poco para calmarme.

Había muchas cosas que desconocía acerca de mí misma y me asusté. Jamás imaginé que la visión de una mujer llegando al clímax pudiese provocarme una desazón que me invadiera por completo, ni que mis noches estuviesen acompañadas por tórridos sueños en los que dos hombres me poseían a la vez. Algo había cambiado dentro de mí y ya ni siquiera sabía quién era en realidad.

—¿Has disfrutado del espectáculo? —La voz de Enzo me sorprendió justo a mi lado y me giré para mirarle.

—Yo y el resto de la gente que había en el bar —respondí encogiéndome de hombros, intentando restar importancia a lo que acababa de ver y a las emociones que había despertado en mí.

—Quizá te gustaría probar alguna vez —susurró con voz ronca—. Aunque tal vez no esté bien visto que las princesas se muestren en público mientras disfrutan del mejor orgasmo de su vida.

—¿El mejor orgasmo de mi vida? —pregunté, soltando una carcajada para liberar la tensión—. Creo que exageras.

—¿Lo crees? Te he estado observando y me ha parecido que estabas disfrutando mucho. —Su tono de voz era de burla y sentí cómo mis mejillas se encendían por la rabia y la impotencia.

—No he podido evitar miraros. Tú y tu amiga no os habéis cortado ni un pelo —le espeté—. Si pretendíais pasar desapercibidos deberíais haber elegido otro lugar.

—¿Un lugar como este? —preguntó colocándose detrás de mí y cogiéndome por las caderas para apretarme fuertemente contra su cuerpo.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar sentí sus labios junto a mi cuello y sus manos colándose por la parte superior de los pantalones. No le costó demasiado encontrar aquel punto que desde hacía un rato palpitaba ansiando las caricias de aquellas manos.

Me acarició, me pellizcó arrancándome un gemido a medio camino entre el dolor y el placer, y me dejé hacer abandonándome contra su cuerpo.

—¿Te gusta, Olivia? —me preguntó acelerando los movimientos de sus expertas manos—. ¿Te correrás para mí?

Lo habría hecho si en aquel momento la imagen de Enzo acariciando a otra mujer no hubiese cruzado como un relámpago mi mente. Fue solo un segundo durante el que recuperé la cordura y que aproveché para apartarle de mí y alejarme de él para regresar junto a Marcos.

Sentí una enorme vergüenza al reunirme con mis amigas. No sabía lo que me estaba pasando y no podía permitir que mis instintos más básicos se apoderaran de mi vida de aquella manera.

No me avergonzaba el hecho de poder disfrutar de mi cuerpo y sentir y experimentar cosas nuevas, pero todo tenía un límite. Había una delgada línea que separaba lo que estaba dispuesta a aceptar de lo que no aceptaría jamás, y lentamente la estaba traspasando. Aquello no me gustaba. Me hacía sentir sucia.

Respiré hondo haciendo acopio de valor para poder enfrentarme a Marcos y, dibujando una falsa sonrisa, me aproximé hasta él.

—Creo que deberíamos marcharnos —le susurré al oído.

—Es la mejor idea de toda la noche —aceptó encantado.

Caminamos de la mano hasta su hotel mientras pensaba si era buena idea quedarme a pasar la noche con él o debería regresar a casa. Estaba confusa,

pero su presencia me reconfortaba y sabía que podía confiar en él.

Apenas traspasamos la puerta de la habitación, Marcos me besó con avidez y yo le respondí con ardor; con esa llama que Enzo había prendido y de la que no sabía si sería capaz de desprenderme.

A trompicones, tropezando con nuestros pies y enredados los brazos y las piernas, caímos sobre la cama, y Marcos me arrancó la ropa hasta que estuve completamente desnuda.

—Eres preciosa —murmuró acariciándome con la mirada—. Una princesa llegada desde muy lejos para hacerme feliz.

La palabra “princesa” me golpeó como un mazo y cerré los ojos, dejándome arrastrar hacia otro lugar, hacia otras manos, hacia otros labios... La imagen de Enzo regresó poderosa, arrancándome el último vestigio de cordura y dirigiéndome hacia un viaje desconocido.

Recordé sus manos adentrándose en las profundidades de mi cuerpo un rato antes, proporcionándome un placer salvaje, doloroso y, al mismo tiempo, excitante y placentero. Miré sus ojos profundos y felinos acariciando cada uno de los rincones de mi piel y un orgasmo devastador sacudió mi cuerpo con tal intensidad que me dejó sin respiración.

Abrí los ojos para descubrir que él no estaba allí, pero su imagen era capaz de arrastrarme hacia aquel abismo que se abría bajo mis pies y que, una y otra vez, desaparecía antes de que me atreviera a dar el salto.

Sumo y resto

A las seis de la mañana, completamente desvelada, me encontraba en el jardín, debatiéndome entre asistir o no a la clase con Enzo. Sabía que lo mejor era alejarme de él, ya que mi autocontrol era algo de lo que carecía cuando estaba cerca, pero las clases extra habían sido idea mía y no podía negar que disfrutaba plenamente de ellas.

Apenas había dormido y me había marchado de la habitación de Marcos como una ladrona en mitad de la noche. Él ni siquiera se había enterado y dormía como un niño, ajeno a la tormenta que se había desatado en mi interior. Después, sola en mi propia cama, había dado vueltas durante horas en busca de un descanso que no llegaba.

Sabía que no iba a encontrar una respuesta quedándome allí sentada, así que me cambié de ropa, cogí la bolsa de la playa y me marché.

Enzo llegó puntual y, al igual que las mañanas anteriores, no se mostró muy comunicativo e incluso rehuyó mi mirada un millón de veces. Seguía jugando conmigo, y seguiría haciéndolo mientras yo no hiciera nada para impedirselo.

—¿Tienes un momento? —le pregunté al finalizar la clase.

—¿Qué puedo hacer por ti, princesa?

Aquella palabra que podría haber sido un halago en otros labios, adquiría un significado despectivo cuando él la pronunciaba, y me encendí de rabia al escucharla. Probablemente solo pretendía provocarme y me contuve, dispuesta a no seguirle el juego.

—Te agradezco el tiempo que me has dedicado estos días, pero creo que

será mejor que nos olvidemos de estas clases —le dije.

—¿Estás segura? —Su tono de voz parecía serio, pero no confiaba en él y decidí no darle demasiadas explicaciones.

—Sí, lo estoy —afirmé—. Después de todo, no creo que vayan a servirme de nada cuando regrese a Madrid.

—Está bien, si eso es lo que quieres no hay más que hablar.

Asentí con la cabeza dando por finalizada la conversación. El día estaba nublado, se había levantado un fuerte viento y comenzaba a sentir frío allí, de pie, completamente empapada. Busqué una toalla en mi bolsa, pero había salido tan deprisa de casa que había olvidado meterla en la bolsa y suspiré ruidosamente por mi torpeza.

—¿Problemas, princesa? —preguntó Enzo con tono divertido.

—A mi sirvienta se le ha olvidado meter una toalla en la bolsa. Cuando llegue a palacio no me quedará más remedio que darle un par de latigazos —ironicé—. Será mejor que vaya a cambiarme de ropa.

—¡Ven aquí! —me ordenó, tirando de mí para acogerme entre sus brazos—. Estás tiritando.

—Y tú tan mojado como yo, así que no me resultas de mucha utilidad —respondí intentando zafarme de él.

—Mojada y deliciosamente tentadora —dijo con voz ronca.

—Deja que me vaya. —Mis palabras volaron hacia él a medio camino entre la súplica y el imperativo.

—¿Quieres irte? —preguntó muy cerca de mis labios.

Entonces me besó en la punta de la nariz y siguió bajando hasta mi boca. Sabía que estaba perdida y que si le devolvía el beso no habría marcha atrás. Contuve la respiración buscando en mi mente algún pensamiento que me llevara lejos de allí y no tardé demasiado en encontrarlo. Marcos era el único hombre que merecía la pena, el único que merecía mi atención, mis besos y

cada uno de mis pensamientos. Él nunca me haría daño, ni jugaría conmigo, ni pretendería hacerme creer que me deseaba para después ignorarme y burlarse de mí.

—Esto no está bien —le dije deshaciéndome de sus brazos.

Enzo no me lo impidió, me dejó marchar y yo no volví la vista atrás para no tentar a la suerte.

Me cambié de ropa rápidamente para marcharme de allí cuanto antes. Estaba furiosa por permitir que me manipulara de aquella manera, y molesta porque ni siquiera había intentado disuadirme para que no abandonara las clases y, una vez más, me sentía completamente decepcionada.

Me marché sin decirle adiós, sin saber si volvería más tarde con mis amigas o renunciaría para siempre a volver a verle.

—¡Olivia! —Su voz me detuvo cuando salía por la puerta y me volví hacia él, hastiada, ignorando cuál sería su siguiente movimiento—. Me debes una cena.

—¿¡Qué!?! —pregunté, exclame y grité—. Pero si solo han sido unas pocas clases, ni siquiera hemos... tú y yo... —balbuceé—. ¡Está bien! Te pagaré. ¿Cuánto dinero quieres? —le dije buscando el monedero en la bolsa. Solo tenía un par de billetes de diez euros y algunas monedas—. Iré al cajero a sacar dinero.

—No quiero tu dinero.

—¿Qué quieres entonces? —le espeté—. ¿Quieres burlarte un poco más de mí? ¿Te resulta divertido humillarme? ¿Es tu forma de pasar el rato? Deberías buscarte algo mejor que hacer, porque dentro de unos días me iré y toda la diversión se habrá acabado cuando no tengas de quién reírte.

—Un trato es un trato —dijo él ignorando mis palabras—. Yo he cumplido con mi parte, y si cambias de opinión solo tienes que decírmelo y volveremos a retomar las clases. Creo que tú deberías cumplir con la tuya.

—Está claro que no nos soportamos y que no somos capaces de pasar ni dos minutos sin discutir, ¿quieres decirme por qué quieres que cenemos juntos? Si buscas una cena gratis yo podría pagarla en el restaurante que prefieras y con la persona que elijas —le ofrecí.

—El viernes por la noche en mi casa. Tú te encargas de hacer la cena.

—Ni siquiera sé freír un huevo —me quejé.

—Tienes cuatro días para aprender.

—¿Qué pasa si me niego? No puedes obligarme a hacer algo que no quiero.

—¿Quieres saberlo, princesa? —me preguntó entrecerrando los ojos y sonriendo.

—Está bien, quiero marcharme y está claro que no me dejarás en paz hasta que acepte, pero no esperes demasiado de mis dotes culinarias.

—Eso tendré que decidirlo yo —respondió—. A las doce en punto.

Tuve la tentación de decirle que me esperara sentado, pero lo que menos me apetecía era volver a iniciar una nueva discusión. Suspiré, cogí la bolsa del suelo y reemprendí el camino de vuelta a casa.

Volví a la clase a las doce en punto para enfrentarme de nuevo con Enzo. Había sopesado la posibilidad de quedarme en casa y echarme una larga siesta para recuperar el sueño perdido, pero mis amigas no me lo permitieron.

“¿Cómo que has dejado las clases?”. “¿De verdad vas a quedarte aquí?”. “¿No te das cuenta de que solo conseguirás seguirle el juego a Enzo?”.

Así que regresé a la playa y Enzo volvió a sorprenderme comportándose como un *gentleman*. Aquel hombre me tenía completamente alucinada y cada vez entendía menos qué pretendía conseguir con su actitud.

—Os invito a comer —dijo Sofía al acabar la clase.

—¿Te ha tocado la lotería? —le pregunté—. Pensaba que tus tarjetas de crédito solo servían de adorno después de haber comprado la mitad de la producción textil mundial.

—Me siento feliz y cuando soy feliz lo celebro, ¿qué puede haber mejor que hacerlo con mis mejores amigas? —sonrió—. Enzo, ¿quieres venir con nosotras? Tal vez puedas llevarnos a algún sitio donde se coma bien.

—Podemos ir al restaurante Sajorami, es un sitio muy agradable junto a la playa de Zahora.

—¡Hecho! —aceptó Sofía de inmediato.

—Tendremos que cambiarnos de ropa —dijo Lucy.

—¿Por qué? Aquí todo el mundo va en bañador, no creo que desentonemos —le indiqué a mi amiga.

Lucy refunfuñó durante un rato y sacó de su bolso un pequeño espejo que la acompañaba a todas partes. Se peinó, se puso *gloss* en los labios y se miró de frente, de perfil y en todas las posiciones que le permitió aquel minúsculo espejo que parecía una prolongación de sí misma.

Llegamos al restaurante después de dar varias vueltas para dejar el coche. Las vistas eran espectaculares, tal y como había dicho Enzo, y el restaurante era precioso, con un enorme porche de madera en el exterior desde el que se podía ver la playa.

—¡Me encanta este sitio! —exclamó Marisol entusiasmada—. Deberíamos venir alguna noche, seguro que es aún más bonito.

Marisol tenía razón, aquel lugar debía ganar mucho de noche, bajo la luz de la luna y el cielo estrellado.

Mis amigas trataron temas de lo más variopinto durante la comida, aunque finalmente terminaron desviando la conversación hacia los hombres y el sexo. Enzo escuchaba con atención y parecía divertirse con sus comentarios, que a mí tampoco dejaban de sorprenderme a pesar de conocerlas bien.

—¿Qué hay de ti, Enzo? ¿No hay nadie calentándote la cama por la noche? —le preguntó Sofía con un tono de voz sugerente y guiñándole un ojo—. Aquí tienes unas cuantas candidatas, si te interesa.

—Unas candidatas muy guapas —respondió él.

—Pero... —dijo Lucy, dejando en el aire la frase e invitando a Enzo a acabarla.

—Pero estoy bien solo. Me gusta mi libertad y no creo que fuera capaz de comprometerme.

—¿Quién ha dicho que nosotras estemos interesadas en algún tipo de compromiso? —se carcajeó Marisol con descaro.

—Lo tendré en cuenta —dijo él.

—Bueno, Enzo, y ya que estamos, ¿cómo es tu mujer ideal? —le preguntó Sofía.

—No creo que exista la mujer ideal ni tampoco el hombre ideal. No tengo un prototipo, si es a eso a lo que te refieres.

—Entonces aún tenemos alguna posibilidad —aplaudió Lucy.

—¿Con cuál de nosotras te quedarías? —siguió preguntando Sofía, a pesar de que llevaba un rato mirándola con expresión implorante.

Enzo paseó la vista por cada una de nosotras y cuando me tocó el turno sentí que mis mejillas se encendían por la vergüenza. Deseé haber sido más irresponsable y haber tomado una copa de vino a pesar de tener que conducir de vuelta a casa.

—Es una elección complicada —concluyó él.

—¡Oh, vamos! Dinos quién te gusta más. Somos jóvenes, divinas y aún tenemos el culito prieto —le animó Marisol.

¿De dónde había sacado aquella expresión? La miré ojiplatica, ella siempre había sido la menos atrevida y la más romántica, y aunque había tomado varias copas de sangría, el alcohol nunca le había hecho soltarse tanto.

—Está bien, si tuviese que elegir, Olivia sería mi elección, aunque nunca me han gustado demasiado las princesas.

—Ja ja ja —rio Sofía —. Olivia no es ninguna princesa, a menos que las

princesas hayan cambiado mucho desde el cuento de *La Cenicienta*.

—¿Por qué no pedimos la cuenta? —dije, cansada de la dirección que había tomado la conversación.

—¡Si lo estamos pasando genial! —se quejó Lucy.

—Quedémonos un poco más —pidió Marisol.

—Estoy de acuerdo con Olivia, será mejor que pidamos la cuenta —dijo Enzo con una sonrisa.

Al llegar a casa nos quedamos dormidas en el jardín, cada una en una hamaca. Mis amigas, debido la cantidad de sangría que habían ingerido durante la comida, y yo por la falta de sueño y el cansancio que arrastraba desde hacía días.

Al despertar tenía varios mensajes de Marcos en el teléfono móvil. Quería saber si me apetecía que fuéramos a cenar juntos, pero decliné la invitación porque aquella noche teníamos previsto hacer una barbacoa en el jardín.

—Invítale a venir —me dijo Sofía—. Hay comida de sobra.

—Sí, dile a Marcos que venga —me pidió Marisol.

—Y de paso, pídele que traiga a sus amigos. Será divertido —añadió Lucy.

—No sé, chicas, no creo que puedan venir avisándolos con tan poco tiempo.

—¡Qué excusa más tonta! —exclamó Sofía—. Los tíos siempre están dispuestos a una comida gratis.

—De acuerdo, voy a llamarle —me rendí.

Media hora después estábamos todos en el jardín celebrando una improvisada cena. Sofía estaba en lo cierto, los tíos siempre estaban dispuestos cuando se trataba de una comida gratis, y mucho más si en la ecuación había alcohol y mujeres.

—¿Has visto lo buena idea que ha sido invitarlos? —dijo Sofía señalando el lugar en el que estaba la barbacoa.

Marcos y sus amigos se habían instalado allí nada más llegar y vigilaban la comida mientras tomaban unas cervezas. Mientras tanto, nosotras nos encontrábamos cómodamente sentadas en las hamacas charlando y tomando una copa de vino. Decidí que aquel era buen momento para hablarles de la cena con Enzo. Sabía que harían bromas al respecto y que lo seguirían haciendo hasta que llegara la noche del viernes, pero no me quedaba más remedio que sincerarme con ellas. Tenía que pedirles que fuesen mi coartada frente a Marcos.

—Tengo que contaros algo —comencé.

—Tú dirás —dijo Sofía.

—Cuando os dije que Enzo no iba a cobrarme por las clases extra no fui del todo sincera.

—¿Que no fuiste del todo sincera? —repitió Marisol.

—Yo quería pagarle, pero Enzo no quiso aceptar dinero y me dijo que se lo cobraría con una cena.

—Eso quiere decir que pensaba cobrárselas en carne —afirmó Sofía.

—No he terminado. Me dijo que a cambio de las clases quería que cenáramos juntos en su casa, y que yo debería cocinar además de llevar los ingredientes.

—Enzo es un tío listo, supongo que lo que en realidad quiso decir es que tú serás la cena y los ingredientes algo de lencería sexi y tal vez una botella de champán —bromeó Sofía ante mi mirada de terror.

—Ese no es el tema —dijo Lucy—. No hay más clases extra, así que no tienes que ir a cenar con él.

—Yo también creía que al cancelar las clases estaba cancelando ese estúpido acuerdo, pero Enzo me ha dejado muy claro que no es así. Tendré que ir a su casa el viernes.

—No tienes que cenar con él si no quieres. No puede obligarte —dijo

Marisol.

—Tengo que ir. Cuando le pregunté qué pasaría si me negaba a cenar con él me dijo: “¿Quieres saberlo?” —dije poniendo la voz grave.

—No lo hagas, Olivia. —Lucy parecía estar preocupada y estiré la mano hacia ella para calmarla.

—Pues claro que no quiero, Lucy. Cuando estoy con ese hombre tengo menos autocontrol que un tiburón cuando huele la sangre. No puedo ir a su casa, lo sé. Pero ¿qué otra opción me queda? Si no lo hago, quién sabe de lo que será capaz, y deseo librarme de esto cuanto antes.

—Podríamos partirle las piernas —sugirió Sofía.

—Podríamos, pero no lo haremos. Y no puedo contárselo a Marcos, así que necesitaré vuestra ayuda.

—Deberías contárselo —opinó Marisol.

—Si se lo contara debería empezar por el principio, y no creo que eso me hiciera quedar en buen lugar —respondí.

—Eso es verdad, no creo que le guste saber que Enzo te pone muy caliente —dijo Sofía.

—¡Cállate! —le pedí a mi amiga—. Entonces, ¿me ayudareis?

—Sí, le diremos a Marcos que tenemos planes esa noche —concluyó Lucy.

—¿Haciendo planes? —nos sorprendió Marcos.

—Sí, planes solo para chicas. Ya sabes, alcohol y diversión para el viernes por la noche —respondió Sofía.

—¿Solo chicas? —Marcos parecía defraudado y la sonrisa desapareció de su rostro.

—A veces necesitamos desconectar de todo, también de los hombres —sonrió Lucy con expresión inocente.

Respiré aliviada. Mis amigas acababan de darme la excusa perfecta para que Marcos no sospechara de mis verdaderos planes. No, no podía

contárselo: “Esto, Marcos, que he quedado el viernes con Enzo para cenar. En su casa. Él y yo... solos”. No, no sonaba nada bien. No creía que él pudiera entenderlo cuando ni siquiera yo podía.

Igual que la noche anterior, pasamos una velada muy agradable. Los amigos de Marcos eran muy divertidos, tanto que nos pasamos las siguientes horas riendo y nos acostamos a las tantas de la madrugada.

Cuando llegó la hora de despedirnos no le pedí a Marcos que se quedara. Me sentía completamente agotada y sabía que con él a mi lado no habría podido dormir demasiado. El buen sexo podía resultar adictivo, y necesitaba descansar.

Soy un accidente

Faltaban dos días para mi cita con Enzo y no podía estar más nerviosa. Durante la clase de surf estuve torpe y despistada, y pagué muy cara mi negligencia.

Estaba tan ensimismada que no vi al surfista que se aproximaba hacia mí a gran velocidad, y cuando lo hice fue demasiado tarde. Su tabla chocó contra la mía y perdí el equilibrio cayendo al agua y golpeándome en la cabeza. Enzo había intentado avisarme, le oí gritar mi nombre un par de veces, pero para entonces no había nada que hacer.

Era la segunda vez que tenía un accidente en pocas semanas. La primera solo me había hecho un corte en la frente, pero esta vez mi cabeza impactó brutalmente contra una de las tablas y los resultados fueron una enorme brecha y la pérdida de consciencia durante unos segundos.

Cuando abrí los ojos me encontraba tumbada sobre la arena, con los rostros de Enzo y mis amigas muy cerca del mío y los gritos de Lucy de fondo. Sentía la cabeza muy dolorida y estaba un poco mareada.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con voz débil.

—¡Olivia! —gritó Lucy de nuevo—. ¿Estás bien? Nos has dado un susto de muerte.

Aún me sentía un poco aturdida, pero podía mover los brazos y las piernas, y pensé que aquello debía ser buena señal.

—Estoy bien —la tranquilicé intentando incorporarme, pero no pude porque todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor y me desplomé sobre la

arena.

—No te muevas —me pidió Enzo.

—¡Hay mucha sangre! —gritó Sofía con cara de terror.

—Deberíais tranquilizaros —volvió a intervenir Enzo—. Me encargaré de llevarla al hospital para que la echen un vistazo.

—No voy a ir al hospital —me negué—. Solo necesito unos minutos para recuperarme y después estaré perfectamente.

—Deja que le mire la cabeza. Quiero saber de dónde viene toda esa sangre. Soy enfermera —dijo Marisol manteniendo la calma.

Enzo se apartó hacia un lado y dejó que mi amiga ocupara su lugar. Ella hurgó en mi cabeza y apreté las manos, nerviosa. No podía ver su cara y, por lo tanto, no sabía lo que estaba sucediendo.

—Hay que llevarla al hospital —concluyó Marisol—. Necesita que le pongan puntos, la herida es bastante profunda. También deberían hacerle radiografías para asegurarse de que no hay daños internos.

—Quedaos aquí, yo la llevaré —dijo Enzo.

—Iremos con ella —replicó Sofía—. No podemos quedarnos esperando.

—Podéis, y eso es lo que vais a hacer. Os llamaré en cuanto sepamos algo. —El tono de voz de Enzo no admitía discusión, y así debieron entenderlo mis amigas, que no volvieron a decir nada—. Iré a por las llaves del coche.

Enzo se marchó y regresó unos minutos después. Se había quitado el traje de neopreno y llevaba unos bermudas y una camiseta negra donde había dibujada una tabla de surf. También se había encargado de coger la bolsa donde llevaba mi ropa. Le dio a Sofía las llaves de la caseta y después me cogió entre sus brazos.

No quería ir al hospital, pero no tenía fuerzas para discutir, así que le rodeé el cuello con los brazos y recosté la cabeza sobre su pecho.

El médico me diagnosticó un traumatismo craneal leve y me prescribió

reposo y vigilancia durante las siguientes veinticuatro horas. También tuvieron que ponerme siete puntos de sutura, que junto a los dos hematomas que tenía, uno en el hombro y otro en la cadera, me dejaban fuera de juego para volver a practicar surf el resto del verano.

Salí del hospital por mi propio pie y Enzo me llevó de vuelta casa, envuelto en un silencio que agradecí, ya que nuestras conversaciones solían acabar en pelea y en aquel momento me dolía demasiado la cabeza. Cerré los ojos y los volví a abrir cuando Enzo detuvo el coche delante de la puerta de la casa donde me alojaba.

—Gracias —le dije—. Supongo que he trastocado tus planes.

—Cuídate y recuerda lo que ha dicho el médico: debes reposar y vigilar posibles síntomas. Así que, ya sabes, nada de follar como loca con tu príncipe.

—¿Por qué siempre eres tan desagradable? —inquirí furiosa por sus últimas palabras.

—No he dicho nada que tú no me hayas contado antes —respondió con expresión inocente.

—Haces que mi relación con Marcos parezca algo sucio de lo que tenga que avergonzarme.

—No lo creo, princesa, eres tú quien tiene la mente sucia.

—Entre Marcos y yo hay algo más que sexo —le informé—. Con él puedo hablar, pasear y... y... muchas cosas más.

—Muy interesante —se burló él—. Tomaré nota para mis próximas citas, quizá descubra algo nuevo y excitante.

—Tal vez —respondí encogiéndome de hombros—. Y puesto que el médico me ha recomendado reposo, creo que será mejor que anulemos la cena del viernes.

—Me temo que no cuela, princesa. El médico ha dicho que reposes las

próximas veinticuatro horas y aún quedan más de cuarenta y ocho para nuestra... cita. —Pronunció la última palabra despacio, deleitándose en cada sílaba.

—¿Y qué se supone que haremos en esa... cita? ¿Discutir? ¿Lanzarnos la vajilla a la cabeza?

—Tú cocinaras, yo te miraré, cenaremos y ya se nos ocurrirá algo, ¿no crees? —sonrió.

—Está bien —me rendí—. Pásame la dirección por Whatsapp.

—Te veré antes del viernes.

—Ya no puedo practicar surf, nada de mojar la herida y nada de practicar deportes que puedan resultar peligrosos. Así que, no, no creo que nos veamos antes —le recordé.

—Te aseguro que sí —dijo él poniendo el coche en marcha y dando por concluida la conversación.

Mis amigas me mimaron hasta límites insospechados. Me prepararon algo para comer, me lo sirvieron en el jardín y no me dejaron moverme de la hamaca en la que me habían obligado a sentarme durante horas. Intenté escabullirme hacia mi habitación, pero se habían tomado muy en serio lo de la vigilancia durante las siguientes veinticuatro horas y no me dejaron ni un solo segundo hasta que llegó Marcos. Entonces les pedí que nos dejaran solos porque tantas atenciones empezaban a volverme loca.

—Deberías haberme llamado —me regañó Marcos nada más llegar, con el rostro serio.

—Te he llamado —le recordé.

—Lo has hecho, es verdad, siete horas después del accidente —dijo con enfado.

—Enzo me llevó al hospital y no tenía teléfono, nunca me lo llevo a la clase de surf. Después, cuando he llegado a casa, mis amigas no me han dejado

mover ni un solo dedo, ni siquiera he podido ir al baño —le expliqué.

—Podrían haberme llamado ellas.

—Tal vez, pero no te lo tomes a mal, estaban muy preocupadas. Ha sido un día muy intenso.

—Supongo que tienes razón —aceptó—. ¿Cómo estás?

—Bastante bien, aunque aún me duele la cabeza y no podré volver a las clases de surf —respondí apenada.

—Te gustan esas clases, ¿verdad?

—Sí. Nunca lo habría imaginado —suspiré—. Pero hay otras cosas que hacer, como, por ejemplo, tomar el sol y leer todos esos libros que aún están en la maleta. Esos eran mis planes para el verano y recuerdo que hace unas semanas me parecían perfectos.

—Y si todo eso te resulta aburrido, puedes llamarme —sugirió él.

—Te lo agradezco.

Marcos entrelazó sus dedos con los míos y durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada. Noté sus dedos acariciando la palma de mi mano con pequeños círculos y cerré los ojos, sintiéndome muy bien.

—Tengo algo que decirte —anunció él.

—¿Sí? —pregunté abriendo los ojos y mirándole.

—Pensaba decírtelo este fin de semana durante una cena romántica a la luz de las velas, con música de fondo y quizá una botella de champán —comenzó—, pero cuando me has llamado para contarme lo del accidente he pensado que no podía esperar.

No me gustaba el giro que estaba tomando la conversación y me removí incómoda en la hamaca. ¿Estaba pensando Marcos en declararse? No estaba preparada para algo así. Me gustaba su compañía y a su lado siempre me sentía bien, pero el verano acabaría y desde el principio había pensado que también lo haría nuestra relación.

—Me estás asustando —le dije.

—Olivia, cuando nos conocimos no imaginaba que algo así pudiera suceder. Te vi llegar a la playa y tumbarte en aquel rincón e inmediatamente sentí la necesidad de conocerte. No suelo asaltar a todas las mujeres que me parecen atractivas, pero contigo fue diferente. Había algo en ti que me impulsó a querer acercarme y querer conocerte. —Hizo una pausa durante la que me miró con intensidad y yo dejé de respirar—. Estos últimos días han sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Me gustas mucho y desearía no perderte de vista. Sé que ahora mismo no tengo mucho que ofrecer, he dejado el trabajo en Alemania y ni siquiera sé lo que voy a hacer cuando regrese a Valencia, pero quiero saber que, pase lo que pase, seguirás estando ahí.

—¿Qué... qué significa exactamente eso? —me atreví a preguntar.

—Significa que quiero que estemos juntos. Quiero conocerte, quiero saberlo todo de ti y contártelo todo sobre mí —respondió con intensidad—. Ni siquiera tengo un lugar donde vivir, así que no me importaría trasladarme a Madrid si lo prefieres. No me importa dónde, siempre que sea contigo.

Miré la mano de Marcos, que aún sujetaba la mía, y sentí una enorme ternura por lo que acababa de decirme. Eran las palabras más bonitas que un hombre me había dedicado jamás, pero no sentía lo que debería sentir en mi interior al escucharlas.

—No tienes que responder ahora, puedes pensarlo y tomar una decisión cuando lo hayas hecho. Yo te estaré esperando.

—Es que no sé qué decir. Me gustas mucho y me siento bien a tu lado, pero yo... yo...

—No digas nada más, solo prométeme que lo pensarás.

—Te lo prometo —respondí intentando sonreír.

Marcos bajó la cabeza a la altura de la mía y nuestros labios quedaron a

solo un par de centímetros. Besaba de maravilla, no podía negarlo, y sus manos sobre mi cuerpo eran capaces de despertar mis instintos más salvajes y primarios, eso tampoco podía negarlo. Pero ¿era así como debía sentirme después de oír su declaración?

A su lado podría llevar una existencia tranquila y sin sobresaltos, y quizá hasta podría ser feliz. Pero no me parecía suficiente. Deseaba algo más, aunque no sabía lo que era.

Mis pensamientos se diluyeron en algún lugar de mi cerebro cuando Marcos se arrodilló frente a mí y metió las manos por debajo de mi ropa. Me levantó la camiseta y, retirando la tela del bikini hacia un lado lamió uno de mis pezones haciéndome estremecer. Su lengua sobre mi cuerpo siempre conseguía hacerme olvidar todo lo demás.

Continuó hacia abajo, deslizando su lengua hasta la cintura de mi falda, bajo la que se perdieron sus manos para deshacerse de la parte inferior de mi bikini, introduciendo sus dedos en mi interior. Estaba mojada y el roce de sus dedos, entrando y saliendo, rápido, lento, rápido... me arrancaron un profundo gemido que brotó entre mis labios y nos envolvió.

Marcos levantó la cabeza y, mirándome a los ojos, se llevó los dedos hacia la boca y los lamió muy despacio para volver a introducirlos dentro de mí.

—Supongo que el médico solo te ha prohibido los deportes de riesgo —susurró.

—¡A la mierda el médico! —exclamé entre suspiros de placer.

Él soltó una carcajada que resonó en el jardín y cerré los ojos, tumbándome sobre la hamaca para disfrutar plenamente de cada una de las sensaciones que me invadían.

Me acarició los muslos suavemente separando un poco más mis piernas para colar la cabeza entre ellas y acariciarme con la lengua. Recorrió cada pliegue, deteniéndose en el clítoris, y moví las caderas instándole a seguir y a

acelerar el ritmo, algo que él aceptó de inmediato regalándome un momento sublime.

Estaba completamente concentrada en lo que ocurría entre mis piernas y, sin embargo, durante unos segundos, mi mente volvió a jugármela volando lejos. Sabía que si me quedaba con Marcos tendría un sexo estupendo cada uno de los días de mi existencia o, al menos, muchos de los días que compartiéramos. Sabía que él me amaría y respetaría. Sabía que se esforzaría en hacerme feliz. ¿Estaba dispuesta a dejar pasar aquel tren cargado de certezas por uno que ni siquiera sabía si llegaría alguna vez a la estación?

Volví la atención a Marcos y a lo que estaba haciendo con mi cuerpo. Decidí olvidar, abandonarme y disfrutar del momento. Sus movimientos eran cada vez más rápidos y un grito sordo nació en mi garganta cuando se acercaba el final. Unos segundos después, mi cuerpo se tensó y se contorsionó, experimentando un intenso orgasmo que me dejó sudorosa y jadeante.

Marcos había vuelto a regalarme un increíble orgasmo y me sentía satisfecha y agradecida.

No se movió de mi lado en toda la noche. Me vigiló cada hora, cada minuto y cada segundo, y de vez en cuando, medio dormida, notaba cómo comprobaba mi pulso, me besaba en la frente y me apretaba con fuerza contra su cuerpo.

Si había alguien que se mereciera una oportunidad, ese era él, aunque mi corazón no estuviese de acuerdo en absoluto.

Cuando Marcos se marchó me levanté para desayunar con mis amigas. Estaban a punto de marcharse a clase e insistieron en que las acompañara para no dejarme sola.

—Puedes tomar el sol y leer un rato —dijo Marisol.

—Quieres decir que puedo ver cómo os divertís mientras yo me achicharro

y me muero de envidia comprobando lo mucho que disfrutáis —señalé.

—Puedes bañarte con cuidado, mientras no metas la cabeza bajo el agua todo irá bien —dijo Lucy.

—Estaré perfectamente aquí. Saldré al jardín, leeré un rato y quizá haga la colada, apenas tengo bragas que ponerme.

—Sí, ese es un buen plan, quizá puedas lavar también mi ropa interior. Hace un par de días que no llevo bragas —ironizó Sofía.

—¡Marchaos! —exclamé señalando hacia la puerta. Intentaba ponerme seria, aunque fue imposible—. Estaré bien.

En cuanto salieron por la puerta solté una carcajada por los comentarios de Sofía y me preparé una taza de café. Después elegí un libro y salí al jardín. Hacía calor, y lo que más me apetecía era estar en la playa, coger la tabla de surf y seguir disfrutando de las clases, pero tendría que conformarme con algo más tranquilo.

Leí durante algo más de dos horas y, a las dos en punto, incapaz de concentrarme al 100%, preparé la comida. Cuando mis amigas llegaron la mesa estaba lista en el jardín y ellas me lo agradecieron con multitud de cumplidos y besos.

Durante la comida me contaron cómo les había ido en la clase y me dijeron que Enzo había preguntado por mí.

—¡Qué amable! —dije con ironía, pensando en que si quería saber cómo estaba podía haberme llamado por teléfono.

—Parecía preocupado —me aseguró Marisol—. Quería saber cómo has pasado la noche y si has tenido algún síntoma más aparte del dolor de cabeza, pero le hemos asegurado que estabas bien y que Marcos se había quedado a pasar la noche contigo.

—Supongo que preguntar era lo menos que podía hacer —respondí.

—Olivia, no sé lo que quieres, pero Enzo sabe que estás con Marcos y no

puedes pretender que se pase el día llamándote por teléfono y haciéndote visitas, algo que, como comprenderás, podría incomodar a tu novio.

—¿Has dicho novio? —pregunté sorprendida.

—N-O-V-I-O —deletreó Sofía—. Eso he dicho.

—No somos novios —repliqué—. Solo somos... amigos.

—¿Amigos? Debes estar de broma —rio Lucy—. Yo diría que estáis muy compenetrados.

—Compenetradísimos —bromeó Sofía.

Todas rieron el comentario de Sofía, excepto yo, que volví a recordar lo que la tarde anterior me había dicho Marcos y no le encontré la gracia por ninguna parte.

—¡Parad! —les ordené—. No tiene gracia.

—Sí la tiene —siguió riendo Marisol—. Compenetradísimos, jajaja, ¿lo pillas?

—Marcos me ha pedido que demos un paso más en la relación —les dije.

—¿Un paso más? —repitió Lucy.

—Sí, eso es lo que acabo de decir. Quiere que le demos una oportunidad a lo que tenemos, e incluso me ha dicho que estaría dispuesto a trasladarse a Madrid.

—¡Qué romántico! —exclamó Marisol—. Yo quiero un Marcos en mi vida, un hombre que me quiera y que me diga cosas bonitas.

—Le habrás dicho que no te interesa, ¿verdad? —preguntó Sofía muy seria.

—No le he dicho nada aún. No tengo claro lo que siento por él —respondí—. Me gusta y creo que podríamos estar bien juntos, pero...

—No te hace suspirar —acabó la frase Lucy.

—No lo sé, Lucy.

—Si estuvieras enamorada lo sabrías, Olivia —me aseguró Marisol—. Ahora mismo, después de la declaración de ayer, estaríais haciendo planes.

Cuando amas a alguien estar junto a esa persona es lo único que deseas.

—¡Puaj! Eso es... es asqueroso —se quejó Sofía.

—Supongo que lo que dices es cierto, Marisol. Quizá si estuviera enamorada de él lo sabría —le dije a mi amiga pensativa.

—¿Qué vas a decirle? —preguntó Lucy.

—Tendré que pensarlo, Marcos es un hombre muy especial y no me gustaría hacerle daño. Quizá me equivoque y, después de todo, estoy enamorada de él.

—¡No lo estás! —gritó Sofía—. Acabáis de conoceros y lo has dicho hace un momento.

—Solo he dicho que debería saber lo que siento, pero que no lo tengo claro. Me había planteado esta relación como algo pasajero y no había pensado en nada más.

—Creo que Marcos es estupendo y se merece que seas totalmente honesta con él, así que piénsalo bien antes de darle una respuesta definitiva —me pidió Lucy.

Asentí con la cabeza pensando en Marcos, en sus palabras, en lo que me hacía sentir y en cómo podría ser mi futuro junto a él. ¿Sería capaz de abandonarlo todo para marcharme con él? ¿Sería capaz de hacerle abandonarlo todo para que estuviera conmigo?

Cualquiera de las dos posibilidades merecía ser meditada con tranquilidad. Jamás podría perdonarme que lo dejara todo por mi causa y que después, lejos de la playa y de las apasionadas noches de verano, nuestra relación estuviera abocada al fracaso.

Mientras mis amigas volvían a la playa me sentí algo triste y desvalida. Necesitaba sentarme a pensar en la propuesta de Marcos y me tumbé en el sillón del salón, frente al televisor encendido. Ver la *tele* siempre me ayudaba a pensar, por raro que pudiera parecer. Cambié de canal varias veces, solo

había reposiciones y telenovelas que llevaban tantos capítulos emitidos, que los actores iban envejeciendo al ritmo del personaje que interpretaban sin necesidad de maquillaje. Apagué el televisor y salí al jardín a buscar el libro que había dejado allí, pero el timbre de la puerta me sorprendió a medio camino y fui a abrir.

Esperaba que fuese Marcos, me había llamado un millón de veces aquel día y me había dicho que pasaría a verme por la tarde, así que cuando vi a Enzo me quedé completamente muda, con la sonrisa congelada en los labios y hasta sentí un nudo en el estómago.

—He venido a traerte esto —me dijo entregándome un *Post-it* con algo escrito en él—. Es la dirección de mi casa.

—¿Dónde se supone que queda esto? —pregunté.

—Está cerca de aquí, pero tendrás que encontrarlo tu solita —respondió con tono burlón.

—¿No podrías recogerme? Suelo perderme con facilidad, incluso con GPS.

—Ya lo sé, princesa, pero mañana estaré muy ocupado.

—Pues para darme un papel con una dirección garabateada de mala manera podrías haberte ahorrado el viaje.

—Sí, tienes razón, pero pasaba por aquí, así que no he tenido que hacer ningún viaje —me aseguró sin borrar esa absurda sonrisa de su rostro.

—Muchas gracias, supongo, y hasta mañana. —Me despedí mientras cerraba la puerta, pero Enzo lo impidió colocando el pie entre la puerta y el marco de la misma.

—¿Qué quieres ahora? —pregunté exasperada.

—Solo preguntarte cómo estás.

—Bien, muy bien. Estaba preparando café, ¿quieres una taza?

—Sí, pero solo podré quedarme unos minutos —aceptó.

Enzo me siguió hasta la cocina, donde preparé la cafetera y la encendí

esperando que el café comenzara a salir e inundara con su olor la estancia. Eso era algo que siempre me relajaba y me hacía sentir bien, y cuando Enzo estaba cerca necesitaba más que nunca una dosis extra de calma.

—Pensaba que estabas preparando café —me dijo con esa media sonrisa que me ponía los nervios de punta.

—¿Eso he dicho? En realidad iba a prepararlo.

—¿Cómo has pasado la noche? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho y recostándose en la silla que acababa de ocupar.

—He dormido muy bien —respondí.

—Deberías haber tenido más cuidado, ¿en qué demonios estabas pensando? —me regañó.

—Estaba... no lo sé, me despisté un momento y no lo vi venir. Al menos el chico salió ileso. Y solo ha sido un pequeño susto.

—Has tenido que renunciar a las clases de surf —me recordó.

—Eso es verdad, pero no importa, así tendré más tiempo para descansar —sonreí—. ¿Cómo quieres el café?

—Solo.

Coloqué una taza delante de él y lo serví siguiendo sus indicaciones. Después le observé mientras echaba un par de cucharadas de azúcar y lo removía lentamente. Sus manos eran muy fuertes, de dedos largos y poderosos. Las imaginé sobre mis senos, pellizcando mis pezones y acariciándolos como sabía que solo él era capaz de hacerlo.

—¿Dónde están tus amigas? —preguntó, sacándome de mis tórridos pensamientos.

—Han ido a la playa. Habían quedado y, para serte sincera, agradezco quedarme sola un rato. Me duele la cabeza y lo que menos necesito es que estén todo el día pegadas a mí preguntándome si estoy bien.

—No deberían haberte dejado sola. El médico dijo que podían surgir

nuevos síntomas entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas después del accidente —me dijo con voz grave y rostro serio.

—Acaban de irse y Marcos no tardará en llegar —le indiqué.

—Si yo fuese tu novio no me habría separado de ti en ningún momento.

—Pero no lo eres, y tampoco lo es Marcos, así que supongo que tendré que cuidarme yo sola. Algo que siempre he hecho y no me ha ido nada mal.

—Me da igual si sois novios, amantes o amigos, tenéis una relación y debería estar aquí contigo —insistió.

—Yo le obligué a marcharse, ¿vale?

—A mí no podrías obligarme —me aseguró mirándome a los ojos.

—Claro que podría. Creo que me subestimas, siempre lo has hecho —respondí con enfado—. Para ti solo soy una princesa caprichosa que está acostumbrada a que se cumplan todos sus deseos.

—Ni siquiera sabes cuáles son tus deseos, princesa —se carcajeó Enzo—. O tal vez sí, pero no te atreves a reconocerlos.

—¿Qué se supone que significa eso? —Me encendí—. Pareces saber mucho mejor que yo lo que quiero.

—Tengo que irme —dijo apurando el café de su taza—. Te espero mañana a las ocho. No te retrases, me gusta cenar pronto.

Le vi marcharse encendida por la rabia. Enzo sabía cómo conseguir que me enfadara. Le resultaba muy sencillo, aunque la culpa no era solo suya, ya que yo solía caer en sus provocaciones con suma facilidad.

Volví a tumbarme en el sillón y encendí el televisor. Repasé otra vez todos y cada uno de los canales y lo dejé en un programa cualquiera. Aburrida, acabé durmiéndome pocos minutos después.

Marcos llegó a las siete, cargado con flores, bombones y pasteles. Llevaba puesto un pantalón vaquero, una camisa blanca y hasta se había echado gomina en el pelo.

—¿Qué es todo esto? —pregunté sorprendida—. ¿Vas a alguna parte?

—Todo esto es para ti. Cuando alguien está enfermo se le obsequian este tipo de cosas para desearle que mejore —respondió.

—Pero yo no estoy enferma; de hecho, me encuentro perfectamente —le dije.

—Me alegra saber que estás mejor —dijo besándome suavemente en los labios—. Respecto a mi aspecto, he tenido que ir un poco lejos para conseguir estas cosas, y además me apetecía invitarte a cenar.

—¿Me estás diciendo que voy a poder abandonar estas cuatro paredes? Porque empezaba a sentirme como un animal enjaulado.

—Cámbiate de ropa y nos vamos —me animó, aunque no era necesario porque estaba entusiasmada con la idea de salir.

—Tengo que ducharme y me tendré que lavar el pelo con cuidado, no puedo salir de aquí con estas pintas —le dije señalando mi cola de caballo.

—A mi me parece que estas preciosa. —Marcos se acercó y me tomó entre sus brazos—. Y hueles de maravilla.

—No huelo de maravilla, pero tú sí.

—¿Quieres que te ayude con el pelo? —se ofreció.

—¿Lo harías?

—Creo que puedo hacer un esfuerzo —bromeó.

—Quizá sea mejor que me duche sola —le dije notando el bulto que empezaba a crecer entre sus piernas.

—No puedo quedarme aquí mientras sé que estás desnuda a solo unos metros —se quejó, pasando la lengua por la curva de mi cuello.

—Pues claro que puedes hacerlo o no saldremos de aquí nunca, y te advierto que cuando estoy mucho tiempo encerrada me vuelvo un poco salvaje.

—Creo que anularé la reserva —me dijo apretándome contra él.

—¡De eso nada! —exclamé huyendo.

Marcos me siguió hasta el baño e intenté ignorarle, algo que me resultó muy complicado porque con solo mirarme conseguía que algo dentro de mí se encendiera al pensar en todas las cosas que debían estar pasando por su cabeza.

Me metí en la ducha, abrí el grifo y cerré las cortinas para apartarme de su mirada.

—¡Eso es trampa! —dijo abriendo las cortinas.

—¡Vete! —le pedí sonriendo sin poder evitarlo.

—Deja que te mire —me pidió con los ojos brillantes y la voz ahogada por el deseo—. Prometo que no te pondré un solo dedo encima.

Marcos se sentó sobre el inodoro y se quedó allí, cruzado de brazos y contemplándome mientras me enjabonaba. Intenté que mis movimientos fuesen naturales, pero saberme observada me excitaba, y más que frotarme con la esponja, me acaricié con ella.

—Si sigues haciendo eso tendré que meterme debajo de la ducha —me advirtió.

—Solo me estoy enjabonando —respondí aguantando la risa.

—¿Siempre lo haces así? Porque conseguirías aumentar varios grados la temperatura del planeta si es como te duchas habitualmente.

Consciente de que estaba totalmente pendiente de mí y sintiéndome muy excitada por aquel nuevo juego, comencé a acariciar mi sexo con la esponja con movimientos lentos y cadenciosos. Vi que Marcos estaba a punto de levantarse y alcé la mano para impedirselo.

—Solo puedes mirar —susurré.

Y eso es lo que hizo, me devoró con la mirada, absorbiendo cada uno de mis movimientos mientras yo contemplaba cómo sus pantalones se abultaban cada vez más entre sus piernas. Tiré la esponja a un lado y me metí bajo el

chorro de agua caliente. Me aclaré el pelo y, cuando acabé, me acaricié por todas partes haciendo especial hincapié en mis senos, que apreté uno contra otro, sabiendo que aquello solía enardecer a Marcos. Cuando volví la vista hacia él, se estaba desabrochando los pantalones, que parecían a punto de estallar bajo la presión de su pene.

—Me gusta este juego —me dijo con voz queda—. Creo que deberíamos repetirlo.

Marcos liberó su erección y comenzó a acariciarse bajo mi atenta mirada. Me encantaba observarle mientras se proporcionaba placer. Sus ojos entornados, sus labios rojos y entreabiertos, el sudor perlado su frente... Se deshizo de la camisa tirándola al suelo y siguió con las caricias lentas, rítmicas y supuse que, enormemente placenteras por la expresión de su rostro. Observé cómo los músculos de su cuerpo se tensaban y salí de la ducha deseando tocarle y pasar la lengua por encima de aquella piel húmeda y palpitante.

Me senté a horcajadas sobre él mientras sacaba un condón de su bolsillo trasero, colocándoselo con premura. Encajábamos perfectamente, y yo estaba tan húmeda que de un solo empujón logró colarse dentro de mí.

Cabalgué sobre él enardecida, aún recordándole mientras se acariciaba y sintiéndome muy cerca del clímax. Marcos me besó en los labios, los mordió, lamió y devoró mientras sus manos jugaban con mis senos, tan duros que parecían a punto de estallar en mil pedazos.

—Creo que no voy a aguantar, nena —me dijo con voz jadeante.

—Yo tampoco —respondí entre gemidos.

Colocó las manos sobre mis caderas, empujándome hacia abajo, y grité dejándome ir mientras él me seguía hacia la cima.

Caí sobre su pecho con la respiración agitada y el corazón latiéndome tan deprisa que parecía a punto de salirse de mi pecho. Marcos me abrazó y,

apartándome el pelo hacia un lado, me susurró en el oído:

—Te quiero.

Aquellas palabras me dejaron sin respiración, fue como si alguien me golpeara fuertemente en el pecho impidiéndome respirar con normalidad. ¿Era aquella una reacción normal ante una confesión de tal magnitud? ¿Estaba él esperando a que le dijera que yo también le quería?

—Será mejor que nos demos prisa —me dijo dándome un ligero beso en la nariz.

No supe qué me resultaba más desconcertante, si que me confesara que me quería después de haber compartido un orgasmo memorable o que me apremiara para marcharnos tras aquella confesión.

Marcos me llevó a un precioso restaurante en Vejer de la Frontera, El Jardín del Califa. Tenía un precioso jardín de aspecto árabe con una fuente bellamente iluminada, plantas aromáticas y palmeras, al que se accedía a través de unas escaleras excavadas en la roca que finalmente se abrían en unas enormes bóvedas de piedra tallada.

Pedimos ensalada tabulé, falafel, *cous cous* vegetal y, de postre, unos deliciosos pastelitos árabes. Todo estaba buenísimo, el ambiente era tranquilo y se respiraba mucha paz.

Cenamos entre pequeñas bromas y una agradable conversación en la que compartimos algunos de nuestros sueños. Pensé que así podría ser nuestra vida juntos: tranquila, agradable y llena de armonía. Tendría que sopesar muy bien mi decisión antes de hablar con él.

Nos despedimos en la puerta de mi casa. Marcos insistió en quedarse, pero le aseguré que estaría bien y que necesitaba descansar. Le vi marcharse con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada, y una punzada entre el dolor y la ternura atravesó mi pecho.

Me metí en la cama más confundida que nunca.

Piedra sobre piedra

Me levanté muy temprano, cogí el iPod y me fui a la playa. Descalza, caminé sobre la arena, junto a la orilla, disfrutando de las olas que chocaban contra mis pies produciéndome un agradable cosquilleo y de la voz de Usher en mis oídos. La canción *Without You* me ponía los pelos de punta porque describía cómo me sentía en aquel momento.

Iba a echar mucho de menos aquel lugar y aquel loco verano de intensas emociones. Recordé mi ruptura con Fran, su confesión de que estaba con otra, su frialdad mientras se despedía de mí y los días posteriores en los que me sentí como una completa fracasada.

Viéndolo con perspectiva, me resultaba bastante ridícula y hasta infantil. Fran no había conseguido, durante todo el tiempo que estuvimos juntos, que mi cuerpo se encendiera como lo conseguía Marcos con solo mirarme. O Enzo sin ni siquiera mirarme.

Fran era un hombre enormemente presuntuoso, que en ocasiones podía resultar incluso ridículo debido a su petulancia y altivez, pero del que me había llamado la atención su seguridad y desenvoltura. Falsa seguridad y desenvoltura, tal como había descubierto después. Pero Fran quedaba muy lejos, parecía que habían pasado siglos desde que estuviéramos juntos y agradecí nuestra ruptura. Gracias a ella había ido de vacaciones con mis amigas a aquel lugar y estaba pasando un verano, cuanto menos, excitante.

Regresé a casa para desayunar y apenas intercambié un par de frases con mis amigas, que se preparaban para su clase de surf. Tenía una larga y

complicada jornada por delante, aquella noche tenía una cita con Enzo y aún debía decidir qué prepararía para cenar e ir a comprar los ingredientes que iba a necesitar.

Mis dotes culinarias eran inexistentes, así que recurrí a mi madre y a sus sabios consejos, al menos en cuanto a cocinar se refería. Mi madre se extrañó de que su hija, la que nunca cocinaba y vivía a base de ensaladas, se interesara repentinamente por los secretos de la alta cocina.

—Primero deberías aprender a freír un huevo, Olivia —me dijo con tono de voz condescendiente.

—Sé freír un huevo —le aseguré.

—Tendría que verlo para creerlo, pero, en cualquier caso, no se puede empezar la casa por el tejado.

—No quiero empezar la casa por el tejado, mamá, solo te estoy pidiendo una receta sencilla, deliciosa y sorprendente —enumeré.

—No hay recetas así. Si quieres preparar algo que merezca la pena tienes que dedicarle tiempo y paciencia, algo que nunca ha sido tu punto fuerte.

—Aprendo rápido, y cuando me lo propongo puedo ser muy paciente —le dije con ansiedad—. Por favor, mamá.

—¿Tu repentino interés por la cocina tiene que ver con algún hombre? —me preguntó.

—No, claro que no —mentí—. Ya sabes que estoy de vacaciones con mis amigas y quería preparar algo especial para agradecerles estos días que estamos pasando juntas.

—Toma nota —dijo por fin.

La lista de ingredientes que tenía que comprar era enorme, a pesar de que los platos elegidos por mi madre parecían muy sencillos de preparar. Ensalada de arroz de primero (“cuidado con el arroz, Olivia, si se pasa, la ensalada no queda bien”), canelones rellenos de espinacas de segundo

(“espinacas frescas, Olivia, nada de congelados”) y tarta de chocolate para el postre (“chocolate puro, Olivia, nada de Cola Cao o guarradas de ese tipo”). ¿De verdad tenía que cocer todas aquellas cosas por separado para después juntarlas?

Habría sido más sencillo preparar una ensalada mediterránea y una pizza congelada o pedir la comida a algún restaurante, pero estaba decidida a cocinar para cumplir mi parte del trato.

Estuve tan ocupada buscando en internet consejos acerca de cuánto tiempo debía cocer el arroz y la pasta para que no se pasaran, que cuando me di cuenta era la hora de comer y mis amigas habían regresado de la playa.

—Te complicas demasiado la vida, Olivia —me dijo Sofía—. No eres cocinera, así que Enzo tendrá que conformarse con cualquier cosa. Como, por ejemplo, una tortilla francesa.

—Si preparo una tortilla francesa pensaré que soy un desastre.

—No importa lo que piense —me aseguró Lucy—. Ni siquiera deberías ir a esa cena, así que tu presencia será más que suficiente. Compra una lechuga y un par de tomates y ahí lo tienes, una ensalada, perfecta para esta época del año.

—Olivia tiene que cumplir su parte del trato —opinó Marisol—. Aunque, por otra parte, quizá deberías preparar algo más sencillo, como por ejemplo...

Esperé a que Marisol sugiriese algo, pero los minutos pasaban y mi amiga no parecía tenerlo claro.

—Somos patéticas. Tenemos veintinueve años y no somos capaces de hacer una tortilla de patatas —les dije a mis amigas.

—¡Eso es! —exclamó Marisol—. Una tortilla de patatas. Un plato sencillo, delicioso y muy español.

—La última vez que lo intenté me salió una masa amorfa que se deshacía al ir a cortarla —le recordé—. No sé vosotras, pero en cuanto volvamos a

Madrid pienso apuntarme a un curso de cocina.

—Me apuntaré contigo —dijo Lucy—. Este último año he engordado un par de kilos debido a la mala alimentación y la falta de ejercicio. Creo que me vendrá bien aprender a cocinar.

—Lo siento, chicas, pero el trabajo y el gimnasio no me dejan tiempo libre para nada más —se disculpó Sofía.

—Yo tampoco tengo mucho tiempo libre, pero si encontráis un curso para los fines de semana, contad conmigo —se apuntó Marisol.

—Esta tarde tendré que ir a comprar todo esto —dije mirando la lista con un nudo en la garganta.

—Te acompañaremos —se ofreció Sofía—. Nos vendrá bien un cambio de aires y, de paso, te echaremos una mano.

A las cinco partimos rumbo a Barbate, con el aire acondicionado del coche a tope porque era una tarde muy calurosa. Prácticamente nos arrastramos por las calles buscando una tienda donde poder comprar todas aquellas cosas que, según mi madre, necesitaba para preparar una cena decente. El problema era que no sabíamos adónde ir y no había nadie a quien poder preguntar debido a las altas temperaturas.

Finalmente encontramos a un hombre, el único valiente que andaba bajo el sol abrasador, que nos indicó cómo llegar al mercado. Nos perdimos al menos tres veces debido a nuestra pésima orientación y cuando lo conseguimos apenas había tres tiendas abiertas, y no encontramos ninguna de las cosas que necesitaba.

De vuelta a la calle y a la infructuosa búsqueda, vimos a lo lejos, como un oasis en medio del desierto, el cartel de un supermercado. Llegué a pensar que solo se trataba de un espejismo originado por el calor y la falta de agua.

—¿Lo ves? —le pregunté a Sofía.

—Sí, ¿lo ves tú, Marisol?

—Lo veo —respondió suspirando—. Y tú, Lucy, ¿también puedes verlo?

—Sí, sí, sí, lo veo —respondió emocionada.

A pesar de que hasta aquel momento habíamos ido arrastrando los pies de un lado a otro, la visión de aquel cartel a lo lejos hizo que camináramos con normalidad, e incluso que corriéramos tan deprisa que, cuando llegamos, apenas podíamos sentir las piernas.

—¿Por qué corremos? —pregunté jadeante y con la boca completamente seca.

Entramos en el supermercado entre suspiros de alivio por lo fresco que estaba el interior. Afortunadamente encontré todo lo que necesitaba, además de cuatro botellas de un litro y medio de agua que abrimos allí mismo y bebimos de un trago ante la sorprendida mirada de las personas que estaban haciendo sus compras.

—¿Por qué necesitas vainilla para la tarta de chocolate? —preguntó Marisol leyendo la lista.

—No lo sé, es lo que ha dicho mi madre —respondí encogiéndome de hombros.

—Yo pensaba que la tarta de chocolate llevaba harina, chocolate, azúcar... —Sofía no acabó de enumerar los ingredientes porque tampoco tenía ni la más remota idea de hacer una tarta de chocolate ni de ninguna otra cosa.

—Podrías comprarla en una pastelería —sugirió Lucy.

—¡Ni hablar! —exclamé—. La haré yo misma o, al menos, intentaré hacerla.

Cuando conseguimos todo lo que había en la lista pagué la cuenta y salimos de nuevo al calor infernal de aquella tarde. Volvimos a arrastrar nuestros pies hasta el coche, sudando y perdiéndonos varias veces, como cabía esperar.

—¡Ya son la siete! —exclamé mirando el reloj—. Tengo que llevaros a casa y después buscar la casa de Enzo, así que será mejor que nos demos

prisa.

—Deberías haberle dicho que te recogiera, el GPS y tú hacéis muy mala combinación —observó Lucy.

—¡Mira quién fue a hablar! —espeté—. Aún recuerdo cuando te perdiste en el Parque de Atracciones y tuvimos que llamarte por megafonía.

—Teníamos quince años y ni siquiera usábamos teléfono móvil —se quejó ella.

—¡Todas al coche! —ordené con tono severo mientras colocaba las bolsas en el maletero.

Ellas obedecieron y pocos minutos después nos pusimos en marcha.

—Creo que Lucy tiene razón, Enzo debería pasar a recogerte —insistió Marisol.

—Se lo pedí, pero me dijo que estaba muy ocupado y que tendría que apañármelas yo solita.

—No me lo creo. Enzo es siempre muy atento y...

—Atento con vosotras, pero no conmigo —interrumpí a Lucy—. Sé que os cuesta creerme, pero conmigo es insoportable.

—Los polos opuestos se atraen —dijo Sofía con tono burlón.

—No empecemos con eso —la regañé.

El coche parecía un horno a pesar del aire acondicionado y tardamos una eternidad en volver a casa. Al menos, así me lo pareció mientras conducía con la espalda empapada por el sudor y completamente pegada al asiento. Lo único que me apetecía era darme un baño en el mar o una ducha para refrescarme, pero no tenía tiempo para ninguna de aquellas cosas.

—Pon el GPS —me recordó Marisol cuando llegamos.

—Para lo que me sirve... —suspiré.

—Míralo por el lado positivo. Cuando encuentres la casa de Enzo, el arroz y la pasta ya estarán cocidos —se carcajeó Sofía.

—¡Bajaos del coche! —les pedí perdiendo los nervios.

—Pero tendrás que cambiarte de ropa —dijo Lucy, que iba en el asiento del copiloto, mirando mi camiseta totalmente pegada al cuerpo.

—No tengo tiempo. Además, no es una cita, por lo tanto no habrá besos, sexo ni nada que se le parezca.

Cuando conseguí que mis amigas se bajaran del coche, no sin que antes hicieran todo tipo de bromas acerca de la comida, mi relación con Enzo y mi capacidad para perderme en dos metros cuadrados, el GPS me indicó que mi destino estaba a tan solo cinco kilómetros.

Calculé que las posibilidades de que alguien se equivocara en cinco kilómetros eran mucho menores que si se hubiese tratado de veinte, pero en mi caso la probabilidad era el número.

Los primeros tres kilómetros fueron sencillos, pero cuando el GPS me indicó que girara hacia la derecha por un camino que resultó ser de arena, me lo pasé de largo y tuve que recorrer otro kilómetro por la carretera hasta encontrar un sitio donde poder dar la vuelta. La segunda vez logré girar donde me indicaba el GPS, pero no llevaba recorrido ni un kilómetro cuando el maldito aparato empezó a hacer de las suyas, justo cuando el camino se bifurcaba.

¿Qué camino debía elegir? ¿Qué probabilidad había de que volviera a equivocarme?

El 50% para cualquier persona, pero yo no era cualquier persona, así que sopesé cuidadosamente mis opciones. La intuición me decía que girara a la derecha, pero me había fallado demasiadas veces aquel verano, especialmente cuando Enzo entraba en la ecuación. Me equivoqué al juzgarle precipitadamente y fallé cada vez que esperaba una reacción por su parte, así que, sin pensarlo más, tomé el camino de la izquierda y poco después llegué hasta una casita encalada de tamaño más bien pequeño, pero muy coqueta.

—Llegas tarde —me dijo Enzo nada más abrir la puerta.

—Tendrás que conformarte —le dije sonriendo.

—No suelo conformarme con cualquier cosa —me dijo con mordacidad y, cómo no, la media sonrisa que tanto odiaba bailó en sus labios haciéndome sentir incómoda.

—Vale, pues no lo hagas, pero me temo que la máquina del tiempo aún no se ha inventado y no podemos dar marcha atrás.

—Es una pena.

—¿Vas a invitarme a entrar? —pregunté—. Las bolsas pesan, y si no bebo algo pronto acabaré deshidratándome.

—Pasa, princesa —respondió haciendo una reverencia.

Seguí a Enzo a lo largo del pasillo, que desembocaba en una amplia y moderna cocina a la que no le faltaba ningún detalle. Se abría hacia un comedor muy coqueto en el que había un sillón, una mesa y un aparador con un televisor encima. Me gustó la idea de combinar aquellos dos espacios, era algo muy americano que siempre había llamado mi atención. Por supuesto, en la pequeña caja de zapatos que habitaba en Madrid aquello no era posible.

—Deja eso sobre la encimera —me indicó señalando las bolsas—. Encontrarás todo lo que necesitas en los armarios.

—¿Eso es todo? —le pregunté dejando las bolsas.

—¿Qué esperabas, princesa? ¿Un mayordomo que hiciera las veces de pinche de cocina? —se burló—. ¿Qué quieres beber?

—Agua. Litros de agua fría, por favor.

Enzo sacó una botella de agua de la nevera y me dio un vaso para que yo misma me sirviera. Bebí con avidez un vaso tras otro hasta que acabé con todo el contenido, y solo entonces me sentí mejor.

—¿Tienes una esponja dentro? —se burló Enzo.

—Hace un calor espantoso y llevo más de una hora metida en el coche —le

expliqué—. Bien, ahora estoy lista para empezar.

Vací el contenido de las bolsas y busqué unas cacerolas para cocer el arroz, la pasta, las espinacas y poner al baño maría el chocolate sin perder de vista el papel en el que había escrito las indicaciones de mi madre y las que había encontrado por internet. Llené las cacerolas de agua, eché sal y las puse sobre la vitrocerámica. Enzo me observaba con atención desde la banqueta alta en la que estaba sentado mientras investigaba cómo encender aquel maldito electrodoméstico.

—¡No tiene gracia! —le espeté—. Al menos podrías explicarme cómo funciona.

Enzo se levantó y me dio unas breves instrucciones. No era tan complicado como me había parecido al principio y poco después el agua empezó a hervir y fui añadiendo los ingredientes en cada una de las cacerolas.

Mientras esperaba que todo estuviese listo comencé a preparar la tarta. Cogí un bol y fui añadiendo los ingredientes según mis notas. Después de todo, no estaba tan mal, y una vez que puse manos a la obra todo fue tomando forma. Hasta me resultó divertido y llegué a comprender a todas esas personas que decían que cocinar les resultaba relajante.

Retiré la pasta del fuego y la escurrí. La masa para la tarta también estaba lista y la volqué sobre un molde que había comprado. Las cosas marchaban bien, Enzo y yo no habíamos intercambiado ni una sola palabra y, por lo tanto, no habíamos discutido.

—¿Puedes encender el horno? —le pedí.

Él se levantó y lo encendió sin quejarse mientras yo enharinaba la encimera para colocar la pasta de los canelones. Retiré las espinacas del fuego y las escurrí; después busqué una sartén para rehogarlas con un poco de ajo. Empecé a cortar los ajos, o al menos es lo que intenté, pero terminé haciéndome un corte en un dedo y llenándolo todo de sangre. Las cosas

habían empezado a trastocarse.

—Eres un imán para los accidentes —me dijo Enzo cogiendo mi mano y echando un vistazo a mi dedo índice—. No parece un corte profundo.

Fui a retirar la mano porque su contacto me quemaba y ya hacía suficiente calor en aquella cocina, pero él la retuvo entre las suyas y me sorprendió llevándose el dedo hacia la boca y chupándolo de una manera que me erizó la piel.

Quería pedirle que parara, pero ver mi dedo dentro de su boca y sentir su lengua sobre él era una experiencia mucho más placentera de lo que jamás me atrevería a reconocer.

—Ven aquí —me dijo, colocándome delante de la tabla de madera donde estaba cortando los ajos.

Enzo se colocó detrás de mí, se pegó a mi cuerpo y cogió mis manos entre las suyas, obligándome a tomar el cuchillo y dirigiendo mis movimientos hábilmente.

—¿Dónde has aprendido a hacer esto? —pregunté.

—La cocina es uno de mis *hobbies* —respondió.

—Serás... —comencé a decir volviéndome hacia él con el cuchillo en la mano.

—No me fio de ti —dijo dando un paso hacia atrás con las manos en alto—. Eres una princesa un poco patosa.

—No soy patosa. Ni tampoco una princesa —grité—. Ya te dije que no sabía cocinar.

—El arroz, Olivia —me dijo señalando la cacerola que aún estaba sobre la vitrocerámica.

Pero ya era demasiado tarde. Se había quemado y despedía un olor espantoso.

—Bueno, pues tomaremos la ensalada sin arroz —le dije retirando la

cacerola del fuego.

—¿Ensalada de arroz sin arroz? —se burló él.

—Entonces la llamaremos “Ensalada Olivia” —respondí levantando la cabeza con altivez, dispuesta a no rendirme.

Metí la tarta en el horno y seleccioné la temperatura adecuada. Después me centré en las espinacas, la ensalada y en limpiar todo lo que había ensuciado. Había harina por todas partes y cada vez que intentaba enrollar un canelón se rompía o volvía a desenrollarse, acabando con mi paciencia.

Cocinar era una mierda. Se perdía demasiado tiempo y todas las horas empleadas terminaban siendo devoradas en unos cuantos minutos.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Enzo.

—Creía que nunca lo ibas a decir.

Enzo se levantó, se acercó a mí y pasó la mano por mi cara, sacudiéndome suavemente.

—Estás llena de harina —me explicó—. Pareces una niña pequeña jugando a las cocinitas.

—Sabía que solo pretendías burlarte de mí y aún así he venido para pagar esa deuda que tenía contigo, pero eres peor de lo que pensaba —le grité dándole un manotazo en la mano.

—Nadie te ha obligado a venir —dijo con tono tranquilo.

—Por supuesto que sí, me dijiste que o venía o tú... tú...

—¿Yo?

—En ese caso me voy —dije mientras me lavaba la cara bajo el agua del grifo.

—Pensaba que eras más perseverante y que no te rendías fácilmente.

—No me gusta cocinar, no me gustas tú y está claro que yo tampoco te gusto a ti, así que no sé qué estoy haciendo aquí. Además, claro que soy perseverante y que no suelo rendirme, pero solo cuando aquello por lo que

lucho merece la pena —le escupí.

—Yo nunca he dicho que no me gustaras —señaló él.

—No hace falta que lo digas, me lo has demostrado cada uno de los días que han pasado desde que nos conocimos.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. De lo contrario no lo diría.

Un intenso olor a quemado invadió mis fosas nasales y corrí hacia el horno. La tarta de chocolate estaba completamente quemada y del interior del horno salía un espeso humo que llenó mis pulmones y me hizo toser ruidosamente. Enzo me tendió un vaso de agua, cerró el horno y lo apagó mientras yo seguía tosiendo sin poder acercarme el vaso a los labios.

—Creo que será mejor que lo dejes —me dijo.

Habíamos vuelto a enzarzarnos en una absurda discusión y esta vez el resultado había sido un montón de comida echada a perder y una cocina completamente sucia.

—Recogeré todo esto y me iré. —Me sentía desolada y apenas me salió un hilo de voz de la garganta.

—Siéntate aquí —me pidió arrastrándome hacia una de las banquetas—. Te serviré una copa de vino.

—No quiero vino —negué.

Enzo no me escuchó y sirvió una copa que puso delante de mí.

—Bebe —me ordenó—. Te sentirás mejor.

—No quiero sentirme mejor, solo quiero marcharme —le dije con voz implorante.

—Tengo un par de pizzas congeladas para emergencias, y creo que esta es una de esas ocasiones. Además, quiero cenar contigo.

—¿Tienes pizzas congeladas? ¿Por qué no lo has dicho antes?

—El trato era que tú cocinaras —me recordó.

—No debería estar aquí —me lamenté—. Casi acabo con tu cocina y fijate en todo este desastre —le dije señalando a nuestro alrededor.

Había harina en la encimera y en el suelo, el arroz quemado estaba aún en la cacerola, la tarta echada a perder en el horno y un montón de comida por todas partes, además del fregadero lleno de cacharros.

—Me encargaré de todo eso más tarde —me tranquilizó—. Ahora sacaré las pizzas del congelador y las meteré en el horno.

—¿Crees que podrás volver a utilizarlo? —pregunté preocupada.

Enzo no respondió y le vi sacar la pizza del congelador y colocarla en una bandeja del horno mientras se deshacía de los restos de lo que debería haber sido una deliciosa tarta de chocolate.

—Salgamos al jardín —me indicó cogiendo las dos copas de vino.

Le seguí cabizbaja, pero cuando Enzo encendió las luces del exterior me sorprendí ante un frondoso y magnífico jardín de verde césped y buganvillas de diversos colores creciendo por todas partes. Era un lugar sencillo, sin demasiados ornamentos, pero precioso precisamente por ello. Había un porche de madera y, bajo él, una mesa y varias sillas también de madera. Una hamaca colgaba de una de sus vigas. De fondo se podía escuchar el sonido del mar e imaginé que debía estar muy cerca.

—Este lugar es increíble —le dije con sinceridad, volviéndome hacia él.

—¿Te gusta?

—Por supuesto —asentí.

—Era la casa de mis abuelos. Mis hermanos y yo la heredamos cuando murieron, compré su parte e hice algunas reformas.

—Así que este lugar te pertenece —afirmé.

—Sí —respondió indicando que me sentara y colocando una copa de vino delante de mí—. Cuéntame algo de ti.

—No hay mucho que contar. Soy profesora de Matemáticas y trabajaba de

interina en un instituto hasta que hace un par de años me despidieron debido a los recortes. Desde entonces, he ido dando tumbos de un trabajo a otro y ahora soy administrativa en una empresa, algo apasionante —ironicé—. ¿Qué hay de ti?

—Es curioso, pero yo también soy profesor de Matemáticas y Física y Química en un instituto. Aprobé unas oposiciones hace unos años y me gusta mucho mi trabajo. Además, me deja mucho tiempo libre para hacer otras cosas, como por ejemplo, practicar surf.

—¿Vives cerca del mar?

—Sí, vivo en un pueblo de Bilbao, en una casa que está muy cerca del mar. En verano vengo aquí y doy clases de surf.

—Siempre he querido vivir cerca del mar —suspiré.

—Eso es algo que podrías hacer.

—No lo creo, hay poco trabajo en todas partes y tengo pensado volver a presentarme a las oposiciones el año que viene —le expliqué.

—Podrías buscar trabajo en cualquier parte si quisieras.

—Mi familia y mis amigos están en Madrid. Me costaría mucho tener que separarme de ellos —le dije.

—Voy a buscar la pizza.

Enzo se levantó y fue hacia la cocina dejándome sola. Volví a mirar a mi alrededor y admiré de nuevo cada uno de los rincones de aquel lugar.

Comimos la pizza y yo cambié el vino por el agua, puesto que tenía que conducir para regresar a casa. Estuvimos horas hablando de cosas importantes y de otras que no lo eran, pero lo pasamos muy bien y me sorprendió que pudiéramos pasar tanto tiempo juntos sin discutir.

—Tengo que irme —le dije mirando el reloj y comprobando que eran las cuatro de la madrugada—. Probablemente volveré a perderme y me gustaría dormir un poco esta noche.

—Puedes dejar el coche aquí, yo te llevaré —me ofreció.

—No es necesario —le dije poniéndome en pie.

—¿Estás segura? —insistió.

—No —bromeé—. Me alegro de haber venido, lo he pasado muy bien.

—Yo también —reconoció él sonriendo—. Tú tenías razón, no eres una princesa tal y como yo pensaba.

—Aunque esa afirmación no suena bien, me la tomaré como un cumplido viniendo de ti.

—Es un cumplido —me confirmó.

—En ese caso te diré que eres mucho mejor de lo que pensaba y, puesto que dentro de unos días tendremos que despedirnos y tal vez no volvamos a vernos, prefiero recordarte como un hombre encantador a hacerlo como el hombre que me hacía la vida imposible —sonreí.

Caminé hacia la salida. Había sido una gran noche y casi me daba pena tener que marcharme, pero prefería no tentar a la suerte.

—Gracias por la cena y perdona el caos que he organizado en tu cocina —le dije junto a la puerta.

—¿Eso es todo?

—Supongo que sí —suspiré—. Acompañaré alguna mañana a mis amigas para despedirme de ti —prometí.

Enzo no me avisó y yo no lo vi venir hasta que sentí sus labios sobre los míos, suaves, ardientes y deseables. Aquel hombre no solo parecía un ángel, también besaba como los ángeles, y bajo sus labios me sentí flotar hacia el cielo.

Le pasé los brazos alrededor del cuello y me pegué contra su cuerpo porque necesitaba sentirle cerca de mí. Solo había bebido una copa de vino horas antes, así que no podía culpar al alcohol de aquella nube que eclipsaba al resto del mundo y nos dejaba a él y mí solos en medio de la nada.

Enzo me acarició por encima de la ropa, deslizando después sus manos para colarse bajo ella y acariciarme los senos que palpitaban deseosos de su contacto. Todo mi cuerpo temblaba junto a sus labios y a las caricias de aquellas manos, que conseguían despertar en mí una pasión desconocida.

¿Conseguiría aquella noche lo que durante tanto tiempo había soñado?

Su apretado bulto bajo los pantalones me indicaba que era posible, al igual que la reacción de mi cuerpo al sentirle tan cerca. Estaba dispuesta y expectante. Le acaricié la nuca mientras nuestras lenguas, entrelazadas, bailaban una danza rítmica y sinuosa, e intenté luchar contra aquella alarma que se encendía dentro de mi cabeza.

—No puedo —dije de pronto, sorprendiéndome a mí misma.

—Déjate llevar —me pidió susurrando.

Volvió a posar sus labios sobre los míos, colocó sus manos sobre mis glúteos cogiéndome en sus brazos y mis piernas se enrollaron en torno a su cintura. Todo en él desprendía aroma a sexo. Su piel, sus besos, sus caricias... Me sentía hechizada y tenía tantas ganas de él que hasta dolía. Solo debía dejarme llevar, algo que allí, entre sus brazos, parecía tremendamente sencillo.

—No puedo —repetí.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—No —murmuré—. No es lo que quiero, pero es lo correcto.

—Ya veo —dijo dejándome en el suelo.

—Marcos quiere que él y yo... Tengo que hablar con él, mientras tanto no puedo... no debo...

—Lo entiendo, princesa.

—No creo que lo entiendas, yo misma no soy capaz de entenderlo, pero tengo que irme.

Abrí la puerta y salí al calor de la noche. Me metí en el coche sintiendo

cómo mi cuerpo palpitaba por el deseo y sin poder apartar a Enzo de mi cabeza, pero la respuesta a la pregunta de Marcos había llegado hasta mí con una claridad asombrosa. Tenía que hablar con él de inmediato, ese sería mi siguiente paso.

Mientras tanto, la oportunidad de estar entre los brazos de Enzo y disfrutar de una noche que prometía ser inolvidable, quizá había pasado para siempre. Pero lo correcto no siempre era lo más deseable. Y viceversa.

Ya no danzo al son de los tambores

Salí a correr muy temprano. Necesitaba quemar toda aquella energía que sentía desde que había estado con Enzo unas horas antes. Pero no estaba cansada; al contrario, notaba cómo corría por mis venas una nueva energía que me hacía sentir bien. Sobre todo, me encontraba fuerte y decidida.

Después de correr varios kilómetros me senté sobre la arena, frente al mar, y observé las agitadas aguas del océano. Absorbí el aroma del mar y enterré los pies en la arena. Me sentía parte de aquel escenario, y regresar a casa iba a significar dejar allí un pedacito de mí que, tal vez, jamás podría recuperar.

Durante las últimas semanas había conocido a una nueva Olivia que se dejaba arrastrar por sus pasiones, anteponiéndolas a la razón. Me había desinhibido y disfrutado como nunca antes lo había hecho de mi cuerpo, quizá debido a que sabía que el verano terminaría y tendría que volver a mi vida de siempre. Pero algo había cambiado.

Aquella sensación de libertad que había sentido sobre la tabla de surf, la cadencia de unos días que invitaban a alejarse de todo, Marcos, Enzo, esa parte desconocida de mí... Tal vez me había vuelto loca, pero no me arrepentía de ninguna de las decisiones que había tomado, incluida la de rechazar a Enzo. Perdida entre sus besos y con las emociones a flor de piel, había encontrado la respuesta a las preguntas que habían estado torturándome durante días.

Regresé a casa contenta por aquella claridad arrolladora que había conseguido disipar las nubes grises que asolaban mi existencia, a pesar de

que las decisiones que iba a tomar iban a dejar atrás muchas cosas importantes.

—¿Has ido a correr? —preguntó Marisol.

—Sí, hace un día perfecto —respondí sonriendo.

—Pareces muy contenta, ¿tiene algo que ver con tu cena de anoche con Enzo? —preguntó Sofía.

—Llegáis tarde a clase y yo tengo muchas cosas que hacer. Después responderé a todas vuestras preguntas —aseguré mientras me servía un zumo de naranja.

—No vamos a marcharnos hasta que nos lo cuentes todo con pelos y señales —amenazó Lucy.

—Pues terminareis aburriándoos muchísimo, porque no pienso contaros nada por ahora.

—¿A qué se debe tanto misterio? —inquirió Sofía.

—Enzo y yo cenamos juntos. Eso es todo. No paso nada más. ¿Os quedáis tranquilas? —dije mirándolas una a una.

—¿Nada más? —preguntó Lucy con cierta expresión de decepción.

—Cenamos, charlamos, bebimos vino... —enumeré encogiéndome de hombros—. Seguiremos hablando luego, ahora necesito que me dejéis sola.

—¿A qué viene tanta prisa? —dijo Lucy cogiendo su bolsa.

—Tengo muchas cosas que hacer y mucho en lo que pensar, y con vosotras aquí es imposible.

—Está bien, lo pillamos, pero luego...

—Luego hablaremos de todo, ¿de acuerdo? —dije interrumpiendo a Sofía.

Nada más marcharse me puse manos a la obra. Me duché, me puse ropa limpia y me serví un café bien cargado. Iba a necesitarlo.

A continuación llamé a la empresa en la que llevaba trabajando poco más de seis meses y pedí que me pasaran con el departamento de Recursos

Humanos. Fue una conversación breve y bastante fría. Yo les comuniqué mi deseo de causar baja en la empresa y ellos me pidieron que enviara un *email* renunciando al puesto. Pocos minutos después estaba pulsando el botón de enviar de mi correo electrónico. Me sentí tan liberada y feliz que hasta me marqué un bailecito a lo *Lady Gaga* a lo largo y ancho del salón.

Después llamé a mi casero para decirle que iba a dejar el piso a finales de septiembre, de ese modo dispondría de un mes completo para recoger mis cosas y trazar un plan de acción. Él me ofreció bajarme el alquiler y hasta me prometió cambiar la caldera que llevaba dando problemas desde hacía más de seis meses, pero rechacé todas y cada una de sus ofertas tachando de la lista una nueva tarea. Volví a bailar enloquecida, esta vez en el jardín, al ritmo de Beyoncé y su *Single Ladies*.

Sudorosa, pero feliz, envié un mensaje a Marcos citándole en la playa aquella noche y él respondió de inmediato diciéndome que estaría allí puntualmente. Añadió que tenía muchas ganas de verme.

Llegaba la peor parte: hablar con mi madre y contarle mis planes. Aquello sería lo más difícil, porque no se lo tomaría nada bien y montaría uno de sus numeritos haciéndome sentir culpable y quedándose con el papel de víctima. Temblaba con solo pensarlo, por eso decidí que lo mejor sería hablar primero con mi hermano.

Rafa era cinco años mayor que yo, estaba casado y tenía dos niños de dos y cuatro años: Rafa Junior y Nacho. Mis únicos sobrinos y a los que veía muy poco. Él siempre había sido el responsable, el estudioso, el que nunca se equivocaba y acertaba en cada uno de los pasos que iba dando a lo largo de su vida; mientras que yo, según mi madre, era la inmadura, la alocada, la que tomaba las peores decisiones y era incapaz de sentar la cabeza. A pesar de nuestras diferencias siempre habíamos tenido buena relación, y mi hermano solía apoyarme en todas las decisiones que tomaba, aunque muchas veces le

costara enfrentarse a nuestra madre. Era el hermano mayor y ejercía muy bien su papel.

Le conté a Rafa todos mis planes mientras él me escuchaba en silencio. Le imaginé sentado en su despacho del bufete de abogados en el que trabajaba, dibujando barquitos en un trozo de papel como era su costumbre, mientras asimilaba todo lo que le estaba diciendo. Cuando terminé me sentí más ligera y esperé su respuesta con el corazón encogido. Mi hermano se mostró muy comprensivo, me dijo que me entendía y que tenía su apoyo, e incluso se ofreció a hablar con mi madre. Se lo agradecí, pero decliné su ofrecimiento. Era yo quien debía hablar con ella o jamás me lo habría perdonado.

Cuando llegó el momento de enfrentarme a mi madre dudé, temblé, sentí ganas de vomitar y un sudor frío comenzó a brotar de mi frente. Cuando finalmente logré pulsar el botón de llamada pensé que ya no había marcha atrás. Había llegado hasta allí y no me quedaba otra opción que mostrarme firme y decidida.

Mi madre, como ya suponía, no se sintió entusiasmada al escuchar mis planes. Lloró, gritó, amenazó con desheredarme e intentó disuadirme de todas las maneras posibles. Pero había tomado una decisión y nada ni nadie podría hacerme cambiar de idea.

Me dolía que mi madre se comportara de aquel modo y que se sintiera mal por mi culpa, pero se trataba de mi vida, de la vida que quería llevar a partir de aquel momento, y no estaba dispuesta a renunciar a ella. Era yo quien tenía que trabajar más de diez horas al día haciendo algo que no me gustaba para ganar un ridículo sueldo que apenas me permitía sobrevivir. Era yo quien malvivía en una caja de zapatos que me costaba una pequeña fortuna y en la que apenas podía moverme sin chocar contra algo. Era yo quien nunca tenía tiempo para estar con mis amigas o con mi familia porque siempre estaba demasiado cansada para hacer cualquier cosa. Era yo quien se sentía

sola y quien sobrevivía en lugar de vivir.

Mi madre tendría que conformarse y aceptar mis decisiones porque era la persona que debía querer mi felicidad por encima de todo. ¿No es eso lo que se espera de una madre?

En cuanto a mis amigas, pensaba esperar a que aquellas vacaciones acabaran para hablar con ellas. Sabía que no iban a tomarse bien lo que iba a decirles y no quería que aquellos últimos días juntas se vieran empañados por nada.

—¿Hay alguien en casa? —La voz de Sofía me llegó alegre y risueña, y sonreí.

—¿A qué vienen esos gritos? —pregunté cuando entraron en el salón.

—Estoy contenta —respondió ella—. Los amigos de Marcos han alquilado un velero y nos han invitado a acompañarlos. Mañana a las ocho, apúntalo.

—¿Mañana?

—Sí, por supuesto también estará Marcos, supongo que te lo contará después —dijo Lucy.

La idea de navegar parecía divertida y no quería arruinar los planes de mis amigas, pero no quería ir. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y necesitaba pensar en todos los cambios que se avecinaban.

—No voy a ir —les comuniqué.

—¿Por qué no vas a venir? A ti te encanta navegar y nos lo pasaremos bien, será un día diferente —dijo Lucy.

—Sí, creo que será muy divertido y por supuesto debéis ir, pero yo...

—Deja de decir tonterías, vendrás quieras o no —dijo Sofía.

—Está bien —me rendí—, iré si no queda más remedio. Pero en ese caso esta noche nos acostaremos temprano, nada de juerga.

—Sí, mamá —bromeó Marisol sacándome la lengua.

Llamé a Marcos y cancelé nuestra cita de aquella noche. Él insistió en que

nos viéramos por la tarde o en que cenáramos juntos, pero le dije que tenía planes y que nos veríamos en el barco por la mañana.

Durante la comida, Marisol volvió a preguntar por mi cena con Enzo y no me quedó más remedio que contarles todo con detalle. Bueno, me reservé la parte final, cuando nos besamos y estuve a punto de caer en la tentación. Mis amigas habrían entendido que Enzo y yo tuviésemos sexo salvaje, pero jamás habrían entendido mi negativa.

—Pues, tal y como os he contado antes, estuvimos cenando y hablando. Teníais razón, Enzo puede ser encantador cuando se lo propone.

—¿Qué tal te salió la cena? ¿Te quedó bien el pastel de chocolate? —preguntó Lucy.

—Ese es otro tema —suspiré—. Todo empezó bastante bien, incluso llegué a pensar que cocinar podía resultar divertido... Hasta que se quemó el arroz y me corté un dedo al intentar picar los ajos. Después se calcinó la tarta y lo puse todo perdido de harina al intentar hacer los canelones.

—¿En serio? —rio Marisol.

—En serio, menos mal que Enzo tenía un par de pizzas en el congelador.

—¡Qué desastre! —exclamó Sofía—. Deberíamos haber avisado a Enzo en dónde se metía. Quizá se lo hubiese pensado mejor antes de pedirte que cocinaras.

—¿No hubo sexo? No me puedo creer que cenaras a solas con un hombre como Enzo y te marcharas sin más —dijo Lucy.

—No habría estado bien acostarme con Enzo cuando mi relación con Marcos está aún en el aire —le dije a mi amiga.

—¿Por qué no? Te lo he dicho un millón de veces. El verano acabará, te despedirás de Marcos y de Enzo y algún día te arrepentirás de lo que pudo ser y no fue —dijo Sofía.

—Ese no es el modo en que yo lo veo —respondí molesta—. El verano

acabará, es cierto, pero mi integridad está en juego y eso es algo de lo que no quiero prescindir nunca.

—Eres una aburrida —murmuró Sofía saliendo del salón.

Marcos y sus amigos nos esperaban en el Puerto de Sancti Petri. Me tranquilizó la idea de que el velero que habían contratado para aquel día lo fuese a pilotar un profesional y no alguno de ellos. Unos años atrás había tenido una mala experiencia con una persona que acababa de sacarse el título de patrón de barco y cuya inexperiencia estuvo a punto de acabar en tragedia.

Marcos me recibió con un apasionado beso en los labios y le respondí con desgana. Mi cabeza bullía llena de planes e ideas y tenía una conversación pendiente con él. Pero aquel no era el momento ni el lugar adecuado para ello.

Hacía mucho calor, el cielo estaba despejado y el mar en calma. Habría sido un día fantástico si mi cabeza no hubiese estado tan lejos de allí y hubiera podido disfrutar plenamente del mar y de la compañía.

Partimos de Sancti Petri hacia la bahía de Cádiz. Paramos para darnos un baño y hacer *snorkel*. Evidentemente, yo no pude participar en la actividad, así que me senté en un rincón a observar cómo todos se bañaban y se divertían. Tenía que evitar que los puntos se infectasen.

Los miré con envidia. Hacía calor y nada me apetecía más que darme un baño y refrescarme.

—Puedo ayudarte a bajar para que no te mojes la cabeza —me ofreció Marcos desde el agua.

—Estoy bien, pero gracias —le dije sonriendo—. Prefiero no tentar a la suerte.

—Te he echado de menos. Estas últimas dos noches sin ti han sido... diferentes —me dijo. Yo me sentí culpable y desvié la vista hacia el horizonte—. ¿Qué tal el viernes? ¿Os divertisteis?

—¿El... el viernes? Sí, lo pasamos genial —balbuceé—. Hicimos... cosas de chicas, ya sabes.

—¿Cosas de chicas? —me miró él confuso.

—Quiero decir que bailamos, bebimos y... y... Bueno, mis amigas ligaron, como siempre.

—Ya veo —dijo él sonriendo—. ¿Nos vemos esta noche?

—Sí, claro, nos vemos en la playa —respondí.

Marcos se sumergió bajo el agua y suspiré aliviada al quedarme de nuevo sola. Tenía que hablar con él aquella misma noche. Las cosas se estaban poniendo muy incómodas y no podía seguir fingiendo normalidad cuando ya había tomado una decisión que nos afectaba a los dos.

Marcos y sus amigos habían llevado un montón de comida y muchísima bebida. Agradecí que ninguno de ellos tuviese que pilotar el velero de vuelta, porque en ese caso jamás habríamos llegado a nuestro destino. Ellos, al igual que mis amigas, bebieron una gran cantidad de alcohol, y cuando regresamos los únicos que no estábamos borrachos éramos Marcos y yo.

Afortunadamente era yo quien conducía el coche de vuelta a casa. Sofia, Marisol y Lucy estaban completamente beodas y veían curvas las líneas rectas, y rectas las curvas.

—No muevas tanto el coche, Olivia —me pidió Sofia arrastrando las palabras—. Parece un tiovivo.

—¿Por qué no te saltas las curvas? —sugirió Marisol entre risas.

—Creo que estáis mucho peor de lo que pensaba —respondí.

—Estamos divinamente —dijo Lucy. De nuevo, volvieron a reír a carcajadas.

Una hora después se tumbaron en las hamacas del jardín y se quedaron completamente dormidas.

Me di una ducha y me vestí para acudir a mi cita con Marcos. Estaba

nerviosa por lo que iba a decirle y por cómo reaccionaría él ante mis palabras, así que salí de casa pronto y caminé lentamente mientras pensaba en el discurso que había preparado y repasado mentalmente un millón de veces en los últimos dos días.

Llegué antes que él y me senté a unos metros de la orilla del mar. Estaba muy oscuro porque solo podía verse una pequeña fracción de la cara iluminada de la luna, pero el cielo estaba precioso y parecía un manto bordado de luces.

Oí unos pasos detrás de mí, pero no me volví y esperé mientras Marcos se aproximaba. Casi podía escuchar el latido de mi corazón según avanzaban sus pasos. Cerré los ojos un momento intentando serenarme.

—Has llegado muy pronto —me dijo sentándose junto a mí.

—No tenía nada que hacer, las chicas se han quedado dormidas nada más llegar a casa y he pensado que estaría mejor aquí —le expliqué—. Tenemos que hablar.

Volví el rostro hacia él dispuesta a comenzar aquella conversación que teníamos pendiente. Sentía la necesidad de comenzar a hablar, de soltar todo lo que tenía dentro y acabar con aquello.

—Nunca me ha gustado esa frase —dijo él.

—Lo sé, pero es inútil seguir aplazando esta conversación.

—Eso quiere decir que has estado pensando en lo que te dije y tu respuesta es no.

—Marcos, este verano has sido... increíble, mucho mejor de lo que esperaba. Y todo ello te lo debo a ti, pero no estoy... no estoy... —Las palabras se atascaron en mi garganta y se negaron a salir.

—Enamorada de mí —terminó la frase—. Pensaba que teníamos algo, que tú y yo podríamos darnos una oportunidad y ver lo que sucede.

—Y teníamos algo, te lo aseguro. Estos días que hemos pasado juntos han

sido maravillosos y pienso que eres un hombre increíble —le dije con sinceridad.

—Entonces, ¿por qué? ¿No crees que nos merecemos intentarlo?

—Estoy a punto de dar un giro importante a mi vida, quiero hacerlo sola y comprobar hasta dónde soy capaz de llegar por mí misma —le confesé.

—¿No crees que sería más fácil si alguien te acompañara en ese camino? —preguntó con los ojos brillantes.

—No, no lo creo —respondí—. El verano acaba y siento que es necesario que acabe también todo lo demás. Estoy segura de que encontrarás a alguien que te quiera como mereces, pero esa mujer no soy yo. Y lo lamento.

—¿Hay alguien más?

—¿Alguien más? —pregunté sorprendida—. Si te refieres a si hay algún otro hombre, la respuesta es no, y no sé por qué me haces esa pregunta.

—Vi cómo Enzo te miraba el otro día en la playa y pensé que quizá...

—Enzo no tiene nada que ver con mi decisión —le aseguré.

—Lo siento, no debería haberlo preguntado —se disculpó, agachando la cabeza.

—Entiendo cómo te sientes. Unas semanas antes de venir aquí, la persona con la que mantenía una relación me dejó y me pregunté un millón de veces qué había pasado. Cuando algo acaba es normal hacerse preguntas y buscar respuestas —le tranquilicé.

—Supongo que ese hombre era un capullo.

—Lo es, pero eso ya no importa. Lo que quiero decir es que las respuestas suelen ser mucho más sencillas de lo que pensamos.

—Supongo que es difícil afrontar la verdad —suspiró—. Y la verdad es que tú no sientes lo mismo que yo.

—Sé que soy una estúpida al rechazarte y quizá algún día deba arrepentirme por haber tomado esta decisión, pero ahora mismo estoy

convencida de que es lo mejor.

—Yo lo lamento mucho más que tú.

Marcos se lo estaba tomando muy bien. Había imaginado que se enfadaría y se marcharía de mi lado como un amante despechado. Pero no lo había hecho, y eso me sorprendía.

—No quiero hacerte daño —le dije sintiendo una enorme tristeza.

Aquella era una despedida, lo tenía claro, y me dolía decir adiós a alguien a quien conocía desde hacía muy poco tiempo, pero con el que había vivido momentos inolvidables y muy intensos.

—No tienes la culpa, yo tampoco sabía que iba a conocer a una mujer como tú y que acabaría enamorándome de ella. Solo pretendía pasar un rato divertido, sin complicaciones de ningún tipo. Sabía a lo que me estaba exponiendo y decidí arriesgarme —me tranquilizó.

—Estoy loca al dejar pasar esta oportunidad, pero creo que es lo que debo hacer.

—Haz lo que tengas que hacer, Olivia —me dijo mirándome con intensidad—. Quizá tú y yo podríamos seguir como hasta ahora, sin compromisos, sin ataduras...

—Esa es una mala idea, Marcos, lo sabes tan bien como yo. Llegados a este punto lo mejor es que cada uno sigamos nuestro camino.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy, y creo que será mejor que me marche —le dije poniéndome en pie.

—Hasta la vista, Olivia. —Se despidió rozando mi mano.

Me alejé con el corazón encogido y con un enorme nudo en la garganta. Dejaba allí a uno de los buenos, un hombre amable, tierno, respetuoso, un amante increíble y un amigo maravilloso.

Era una locura, lo sabía, pero no estaba enamorada de él. Desgraciadamente

no siempre se ama a la persona adecuada.

Mi patria en mis zapatos

Los sueños me abandonaron aquella noche y por fin me desperté tranquila y descansada, con ganas de hacer cosas y de disfrutar de aquellos últimos días de verano.

Salí a correr de nuevo. Había retomado aquella actividad que abandoné meses atrás cuando el cansancio y la desidia se habían instalado en mi vida como inquilinos permanentes, pero no pensaba caer en los mismos errores. Correr me hacía sentir bien y no estaba dispuesta a volver a dejar una actividad tan beneficiosa, tanto para mi salud mental como física, y tampoco me iba a dejar arrastrar hacia una vida que me hacía infeliz.

Cogí mi iPod y seleccioné un disco de U2. Su música iba bien para marcar el ritmo de mi carrera y me hacía sentir fuerte, enérgica y capaz de todo. Y lo necesitaba. Había tomado una serie de decisiones que iban a cambiar mi vida por completo y que significaban, entre otras cosas, dejar atrás todo lo conocido para empezar de nuevo.

Lo que menos me costó fue despedirme de un trabajo que me hacía sentir como una esclava a tiempo completo y era, en gran medida, el mayor de mis problemas. Dejar el piso en el que vivía tampoco había resultado demasiado difícil. Era un lugar minúsculo y triste que representaba la vida que había llevado durante los últimos dos años; sin duda, el peor periodo de toda mi existencia. Pero también tendría que dejar atrás a mi familia y amigos, y eso iba a resultar bastante complicado. Sin embargo, quería perseguir mis sueños costara lo que costase, y eso siempre tenía un precio. A veces, elevado.

Mi primer recuerdo feliz se remontaba a muchos años atrás. Tenía de fondo un infinito océano y una inmensa sensación de paz. No debía tener más de cuatro o cinco años y estaba en la playa junto a mis padres y mi hermano. Rafa y yo construíamos castillos de arena y después los destruíamos para volver a empezar de cero.

A veces había que destruirlo todo para empezar de nuevo y recuperar la ilusión. Ese era mi objetivo.

Abandonaría mi hogar, esa ciudad que despertaba en mí sentimientos tan encontrados como el amor y el odio, y me marcharía lejos, a algún lugar cercano al mar, para iniciar una nueva vida cuya hoja estaba aún en blanco. No sabía hacia qué lugar dirigiría mis pasos, pero me sentía feliz y estaba completamente convencida de que había tomado la decisión correcta. La esperanza y la ilusión llegaban de nuevo a mi vida. Hacía demasiado tiempo que no experimentaba una sensación de plenitud como la que sentía en aquel momento.

Corría junto a la orilla del mar a buen ritmo y me sorprendí pasando por delante de la caseta donde Enzo guardaba el material para las clases de surf. Paré, respiré hondo y me quedé mirando aquel lugar en el que le había visto por primera vez. Recordé sus ojos felinos de color verde, su media sonrisa dibujándose en la comisura de sus labios, el pelo rubio cayendo sobre su rostro y aquel cuerpo fuerte y musculoso que parecía sacado de una revista. Sin duda, no había sido ajena a todos aquellos atributos físicos que lo hacían tan deseable e inalcanzable al mismo tiempo, pero estaba claro que no él no era para mí.

Retomé la marcha en dirección contraria mientras divagaba sobre aquella primera vez que había visto a Enzo y choqué frontalmente con alguien, cayendo al suelo.

—Deberías tener más cuidado, princesa —me dijo Enzo tendiéndome la

mano.

—Y tu deberías haberme avisado o haberte apartado de mi camino —respondí rechazando la mano que me tendía.

—Lo he hecho, pero no me has oído porque probablemente llevas la música demasiado alta. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar cuando chocas frontalmente contra un muro de granito.

—Es un poco pronto para andar con ironías, ¿no crees?

—Llevo horas levantadas, así que puedo permitírmelo —respondí.

—En ese caso, supongo que puedo invitarte a una taza de café —me ofreció antes de sonreír y mostrarme aquella dentadura perfecta que le hacía parecer un ángel.

—Creo que es lo menos que puedes hacer —le dije intentando que mi tono de voz sonase duro, pero la sonrisa me delató.

Seguí a Enzo hasta la caseta. Una vez más, había llevado un termo con café caliente y algunas galletas y frutas que depositó sobre la mesa. Pero aquella mañana no tenía hambre y acepté solo el café.

—¿Qué tal te lo pasaste ayer? ¿Te gustó el paseo en velero? —me preguntó.

—¿Cómo sabes que ayer estuve navegando en un velero? ¿Acaso tienes espías en todas partes?

—Este es un lugar pequeño donde las noticias vuelan a velocidad del rayo. Pero no, fueron tus amigas: me llamaron para decirme que iban a perderse la clase.

—Fue divertido —respondí finalmente.

—No pareces muy convencida.

—Digamos que mis amigas se cogieron una trompa de cuidado y me costó mucho sacarlas del velero y llevarlas de vuelta a casa. Eran tres contra una.

—Habría sido más divertido si tú también te hubieses emborrachado —me

dijo Enzo con tono burlón.

—Es posible, pero alguien tenía que conducir —suspiré.

—Y por lo que veo, siempre te toca a ti.

—A mí no me gusta beber y sé dónde están mis límites. No más de dos copas o me transformo en alguien que no soy. Además, no soporto el dolor de cabeza que me produce la resaca —le expliqué.

—¿Qué tal con tu príncipe? ¿Has perdido ya el zapato? —bromeó.

Dejé de sonreír y le miré a los ojos. No parecía haber malicia en ellos ni tampoco en su voz, así que aparqué mi mordacidad y le respondí con sinceridad.

—Me temo que nuestra historia ha llegado al final y nos hemos saltado aquella parte donde los protagonistas comen perdicés.

—Lo siento.

—Yo también, Marcos es un hombre excepcional, y lamento que no vaya a formar parte de mi vida, pero así son las cosas.

—¿Decepcionada? —preguntó con curiosidad.

—No, creo que ha sido la decisión correcta, aunque quizá algún día tenga que lamentarme por ella —le dije mientras depositaba la taza vacía sobre la mesa—. Tengo que irme y comprobar cómo están mis amigas. Ayer se quedaron dormidas en el jardín y aún seguían allí cuando me he marchado.

—¿Quieres que te acerque? Estás un poco lejos de casa.

—Volveré corriendo, pero gracias.

Enzo asintió con la cabeza y me marché de su lado con el corazón encogido. Ahora que nuestras peleas parecían formar parte del pasado y habíamos comenzado una nueva etapa, las vacaciones llegaban a su fin y nunca sabría lo que habría podido suceder entre nosotros de haber comenzado nuestra relación con buen pie.

Las “Bellas Durmientes” habían despertado de su larga siesta y tenían una

pinta horrible. Pelo enredado y encrespado debido al agua del mar del día anterior, ojos de mapache porque no se habían desmaquillado antes de irse a dormir y pocas ganas de hablar por la resaca.

Las miré fijamente y sonreí con ternura. Me encantaba tenerlas en mi vida y las iba a echar mucho de menos cuando comenzase esa nueva etapa lejos de ellas.

—Hace un día espléndido y tenéis por delante una clase de surf. Así que, desayunad y a la ducha si no queréis que os confundan con tres fregonas Vileda —bromeé.

—¡Qué graciosa! —exclamó Sofía, frunciendo los labios, molesta por mi comentario.

—¿Clase de surf? Yo no pienso ir, estoy molida —se quejó Marisol.

—Yo tampoco —se apuntó Lucy.

—¿Vais a desaprovechar una clase por una resaca? Pensaba que erais más fuertes —dije para provocarlas.

—Esto no es una resaca, sino algo mucho peor —respondió Sofía—. Tengo agujetas en todo el cuerpo después de haber pasado la noche en esa maldita hamaca.

—Intenté despertaros, pero fue imposible.

—Deberías haberlo intentado un poco más, nena, porque dormir sobre ese instrumento de tortura es una de las peores cosas que he probado en mi vida —me regañó Marisol.

—Entonces soy la culpable de que bebierais hasta perder el sentido y os quedarais dormidas como marmotas —repliqué—. Os quiero recordar que si no hubiese sido por mí aún estaríais en ese velero.

—No, no tienes la culpa, Olivia, pero bebimos más de la cuenta y nos hemos levantado de un pésimo humor, como puedes ver —dijo Lucy.

—Deberíais llamar a Enzo para decírselo —observé.

—Llámale tú y dile que no nos encontramos bien —me pidió Marisol.

—¡De eso nada! Si sois lo suficientemente mayores para beber también deberías acatar las consecuencias.

—Solo te estamos pidiendo que hagas una llamada. ¿Tanto te cuesta? —preguntó Sofía.

—¿Por qué iba a hacerlo? —inquirí mirándolas.

—Porque te lo estamos pidiendo por favor —respondió Lucy poniendo carita de niña buena, o intentándolo, porque parecía que acababa de resucitar de entre los muertos.

—De acuerdo, salvaré vuestros traseros, pero solo por esta vez —les dije cogiendo el teléfono.

Abrí el Whatsapp y busqué entre mis contactos a Enzo. Aquel sería el primer mensaje que iba a enviarle y no tenía nada que ver con lo que en realidad me gustaría decirle.

“Las chicas no irán esta mañana a la clase de surf, lamento avisarte con tan poco tiempo”.

Le di a enviar y cerré la aplicación, dejando el teléfono sobre la encimera de la cocina.

—Asunto arreglado —sonreí.

—¿No vas a llamarle? —preguntó Sofía.

—No, ¿para qué está Whatsapp? Pues para este tipo de cosas. —Me encogí de hombros.

Sofía cogió el teléfono y buscó el mensaje que acababa enviarle a Enzo. Después lo leyó en voz alta para que Marisol y Lucy pudieran oírlo y su reacción no se hizo esperar.

—¿Qué tipo de mensaje es ese? ¿Estás de broma? —me espetó Sofía.

—¿Qué querías que dijera? ¿Qué sois unas irresponsables y que bebisteis por encima de vuestras posibilidades?

—Podrías haberle dicho que no nos encontrábamos bien —apuntó Marisol—. Un mensaje siempre es algo frío e impersonal.

—Un mensaje es más que suficiente —concluí.

—Eres una aguafiestas y te comportas como si no hubieses roto un plato en tu vida —afirmó Sofía.

—Dejemos de discutir —les pedí—. El mensaje ya está enviado. Y puesto que lo hago todo tan mal, la próxima vez no deberíais pedirme ayuda.

Preparé café y durante un rato tuve que conformarme con las caras largas, los suspiros exagerados y las miradas de reojo, pero en cuanto la cafeína empezó a hacer efecto en mis amigas, olvidamos la discusión que habíamos tenido unos minutos antes y volvimos a ser las de siempre.

—¿Cómo te fue con Marcos? —preguntó Sofía.

—Es verdad, ni siquiera me he acordado de que habías quedado con él en la playa —dijo Marisol.

—Hablamos, le confesé que no estaba enamorada de él y nos despedimos —respondí abatida—. Marcos propuso que siguiéramos como hasta ahora, pero no me pareció justo porque no siento por él lo mismo que él por mí.

—Entonces, ¿Marcos es historia? —pregunto Lucy.

—Sí.

—¿Cómo se lo tomó? —se interesó Marisol, a quien siempre le preocupaban los sentimientos de todos aquellos que la rodeaban.

—Bastante bien teniendo en cuenta que fui yo quien decidió dar finalizada la relación. Fue muy maduro y me dio una pena tremenda despedirme de él de esa manera. Creo que es el mejor hombre que he conocido en toda mi vida y voy a echarle de menos, pero no creo que sea justo seguir como si nada unos días más y darle unas esperanzas que no existen —expliqué con los ojos húmedos.

—¿Estás segura de la decisión que has tomado? —preguntó Sofía.

—Lo estoy —respondí asintiendo con la cabeza para dar énfasis a mis palabras—. No siempre amamos a quien más lo merece.

—Pero amamos a quien no lo merece —dijo Marisol—. Yo creo que Enzo sí lo merece.

—No, no hablo de Enzo. Creo que sería más sencillo si pudiéramos elegir de quién enamorarnos.

—Enamorarse está sobrevalorado. Hay demasiados peces en el mar y no sabría con cuál quedarme —bromeó Sofía.

—Algún día te enamorarás —afirmó Marisol.

—Mis relaciones son demasiado cortas y superficiales. No quiero enredarme con nadie ni complicarme la vida con malentendidos, celos, dudas y ese tipo de cosas —enumeró Sofía sacudiendo la cabeza.

—Menudo concepto tienes del amor, Sofía: celos, malos entendidos, dudas... Todo eso parece un culebrón y no es así —negó Lucy—. Tampoco las historias acaban como en los cuentos, pero creo que si encuentras a la persona adecuada puede ser fantástico. Odio llegar a una casa vacía y solitaria cada día.

—¿Preferirías una casa llena de calcetines sucios? Además, siempre puedes compartir piso si te sientes sola —aseguró Sofía.

—Creo que nosotras no somos un buen ejemplo en cuanto a relaciones se refiere. Y por lo que sé, tampoco Marta. Si hubieseis leído los mensajes sabríais que lo ha dejado con Óscar —informé a mis amigas.

—¿Cuándo ha pasado eso? —pregunto Lucy llevándose la mano al corazón.

—Ayer por la noche. Y parecía muy afectada, así que la he invitado a venir, pero no ha respondido aún.

—Voy a llamarla —dijo Lucy cogiendo el teléfono y saliendo al jardín.

Siempre había existido un lazo muy estrecho entre Lucy y Marta. Ellas eran

como hermanas y pasaban mucho tiempo juntas, aunque yo personalmente no sentía demasiada simpatía por ella.

—Pues ahora que estamos todas solteras y sin compromiso de nuevo, deberíamos divertirnos un poco —dijo Sofía.

—¿No crees que nos hemos divertido bastante? —opiné.

—Sobre todo tú, pero ahora será diferente. Nada de hombres, nada de alcohol y nada de malos rollos —enumeró Sofía.

—¿Qué nos queda entonces? —se quejó Marisol.

—Ya encontraremos algo —la animó Sofía, encogiéndose de hombros.

Cuando Marta confirmó que llegaría aquella misma noche, decidimos darle una fiesta de bienvenida y, aunque no habría hombres y Sofía había prometido que tampoco alcohol, a juzgar por la cantidad de cerveza que estaba metiendo en la cesta había cambiado de opinión.

—Has dicho que nada de alcohol —la regañé.

—Es para Marta —replicó ella—. Es su fiesta, y ¿qué es una fiesta sin alcohol?

—No creo que Marta sea capaz de beberse dos cajas de cerveza y dos botellas de tequila.

—Entonces habrá que ayudarla —respondió ella sonriendo.

Estaba nerviosa por la llegada de Marta. Nunca me había gustado el trato que le daba a Lucy, aunque esta no parecía ser consciente de ello y lo cierto era que Marta siempre trataba igual a todo el mundo. Era muy guapa, ella lo sabía y no dudaba en alardear delante de cualquiera que le prestara atención. La idea de invitarla había sido mía. Cuando leí que se había peleado con Óscar y que se sentía mal, me dio tanta pena que en un impulso le pedí que se uniera a nosotras. Pero empezaba a estar arrepentida. Y eso que aún no había llegado.

Volvimos a casa cargadas con las bolsas de la compra, las dos cajas de

cerveza y las dos botellas de tequila, y lo dejamos todo preparado a la espera de que llegara nuestra amiga. Mientras tanto, nos servimos unos refrescos en el jardín y cotilleamos las revistas que Marisol había comprado. En todas había gente famosa en la playa y me pregunté qué le encontraría la gente a aquel tipo de publicaciones y qué interés podía tener enterarse de los secretos de las personas que salían en ellas.

Marta llegó poco después de las nueve de la noche y, a pesar de que su piel estaba muy blanca debido a la falta de sol, estaba tan guapa como siempre con su larguísima y lisa melena negra recogida en una coleta que contrastaba con sus azulísimos ojos. Era delgada y menuda, pero con un bonito y sinuoso cuerpo que volvía locos a los hombres y al que ella sabía cómo sacar partido.

La recibimos con los brazos abiertos, especialmente Lucy, y la arrastramos hacia el jardín, donde todo estaba listo para comenzar nuestra pequeña fiesta.

—Os he echado mucho de menos —dijo Marta abrazada a Lucy—. Ha sido un verano horrible y mortalmente aburrido.

—Tendrías que haber venido con nosotras desde el principio —murmuró Lucy—. ¿Qué ha pasado con Óscar?

—Como sabéis, me pidió que me quedara en Madrid porque no tenía vacaciones. Me prometió que pasaríamos juntos cada segundo de su tiempo libre y que haríamos una escapada a la playa un fin de semana. Pero el tiempo pasaba y apenas nos veíamos, según él porque tenía mucho trabajo, pero después me enteré de que todo ese tiempo que no estaba conmigo estaba de juerga con sus amigos —explicó Marta.

—Los tíos son un asco. Nos tratan como esclavas y nosotras se lo permitimos. Bueno, yo no —sonrió Sofía.

—No todos son iguales —se quejó Marisol.

—No, no todos son como Óscar —afirmó Marta—. Cuando le dije que sabía lo de las juerguecitas que se corría con sus amigotes no solo no lo negó,

sino que se rio en mi cara. ¿Os lo podéis creer?

—Yo sí —dijo Sofía.

—He sido una estúpida, pero prefiero olvidarlo. Además, ahora que por fin estoy aquí, pienso recuperar cada uno de los segundos perdidos —dijo Marta—. ¿Cómo os ha ido a vosotras? Apenas hemos hablado durante estas semanas.

—Nos hemos divertido mucho, ¿verdad, chicas? —dijo Lucy.

—Desde luego, han sido unas vacaciones fabulosas y aunque están a punto de acabar haremos todo lo posible para que te olvides de ese imbécil —animó Marisol.

—Eso es justo lo que necesitaba oír —dijo una sonriente Marta—. ¿No habéis conocido a nadie interesante?

—Por supuesto que sí, si es que estamos hablando de hombres, claro. Aunque la mejor parte se la ha llevado Olivia —dijo Sofía señalándome con el dedo índice.

—Exageras —respondí moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Quiero que me lo contéis todo —nos pidió Marta.

—Necesitaríamos un mes extra para contarte los detalles, pero creo que Sofía podría hacerte un resumen. —Lucy miró a Sofía instándola a hablar y esta se encogió de hombros.

—¿Por qué yo?

—Porque tú sueles simplificarlo todo —bromeó Lucy.

—Si queréis que empiece a hablar necesitaré una cerveza bien fría y algo para picar —dijo Sofía recostándose en la silla.

Marisol y Lucy fueron a buscar las bebidas mientras esperábamos a que Sofía comenzara a hablar, pero ella no lo hizo hasta que tuvo una cerveza bien fría en su mano y le dio el primer trago.

—Esto está mucho mejor —aseguró mientras dejaba el vaso sobre la mesa

—. ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio, ¿por dónde si no? —dijo Marisol.

—Empezaré mi resumen desde el día que nos apuntamos a las clases de surf. Allí conocimos a Enzo, el profesor, un tipo guapísimo y encantador que además nos presentó a sus amigos. Yo le puse ojitos a Pepe, Lucy a Roberto, y Marisol se decidió por Enzo, pero él parecía estar más interesado en Olivia. Ella, sin embargo, conoció a Marcos en la playa, un morenazo impresionante con el que ha tenido el mejor sexo de su vida. —Sofía hizo una pausa para dar un trago a su cerveza y después continuó—: Todo fue bien durante unos días, pero después Pepe resultó ser un fiasco, con esa cosa tan pequeña y... —Sofía puso cara de asco provocando nuestra risa—. En cuanto a Roberto, era demasiado para Lucy, más que manos tenía tentáculos, y más que un hombre era una lapa insaciable. El único que dio la talla fue Marcos, que además resultó tener unos amigos mucho más civilizados que Enzo. Pero Olivia decidió acabar con su relación ayer mismo, así que nuestras posibilidades con sus amigos también se han evaporado.

—No habéis perdido el tiempo —dijo Marta—. Me he perdido un verano alucinante. Pero decidme, ¿qué pasa con Enzo?

—Nada —respondió Sofía—. Y no será porque no lo hemos intentado.

No me gustó nada la pregunta de Marta. Acababa de romper con Óscar, pero ella era de esas mujeres que solo se sienten bien cuando hay un hombre a su lado. Aunque Enzo y yo no teníamos ningún presente ni futuro juntos, la idea de que pudiese haber algo entre ellos me puso de los nervios.

Afortunadamente el timbre de la puerta sonó, dándome la oportunidad de alejarme de Marta y de mis pensamientos.

Abrí la puerta y me encontré con Enzo. Estaba guapísimo, con una camiseta de algodón de color negro y unos pantalones vaqueros gastados. Suspiré recorriéndole de arriba abajo con la mirada.

—Esta mañana has olvidado esto —dijo mostrándome unas gafas de sol.

—Gracias, pensaba que las había perdido.

—Te las dejaste sobre la mesa cuando tomamos café, te marchaste con tanta prisa esta mañana.

—No deberías haberte molestado en traerlas, podrías habérselas dado a cualquiera de mis amigas.

—He pensado que podías necesitarlas —sonrió él.

—¿Quieres pasar? Ha venido Marta, una amiga que va a quedarse con nosotras estos últimos días —le expliqué.

—No puedo, he quedado y ya llego tarde —se disculpó.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, siempre que aceptes pagar mis tarifas, y ya sabes que son un poco elevadas —bromeó.

—Marta acaba de llegar y me preguntaba si no te importaría que ocupara mi lugar en la clase de surf. Creo que podría resultarle divertido.

—Por mí no hay ningún problema —aceptó él.

—Gracias. Por traer las gafas y por lo de mi amiga.

—No hay de qué, princesa. Como te dije una vez, tus deseos son órdenes para mí —añadió guiñándome un ojo antes de marcharse y dejarme con cara de tonta y litros de baba cayendo por mi barbilla.

Regresé al jardín, donde mis amigas seguían charlando. No tardaron en preguntarme quién había llamado a la puerta y por qué había tardado tanto en volver.

—Era Enzo. Esta mañana nos encontramos en la playa, olvidé mis gafas de sol y ha venido a traerlas —expliqué desviando la mirada.

—¿Por qué no le has invitado a tomar algo? Me muero por conocer a ese hombre —dijo Marta.

—Le he invitado, pero tenía un poco de prisa, ya había quedado.

—O tal vez le hayas espantado —dijo Lucy mirándome a mí primero y después a Marta—. Olivia y él llevan discutiendo desde que se conocieron. Cuando están juntos saltan chispas por todas partes.

—Eso no es cierto. Bueno, lo era, pero desde que cenamos juntos somos mucho más civilizados —aseguré.

—¿Enzo y tu habéis cenado juntos? Eso no me lo habíais contado —dijo Marta centrando su mirada en Sofía.

—No me mires así, se me habrá olvidado mencionarlo —se disculpó Sofía—. Verás, Enzo y Olivia hicieron un trato: él le daría clases extra si ella cenaba con él en su casa. Y aunque después Olivia decidió cancelar esas clases, Enzo quiso que ella cumpliera su parte del trato. ¡Y eso es todo amigas! —exclamó Sofía imitando a Bugs Bunny—. Bueno, también se me ha pasado comentar que Olivia tuvo un accidente y ha tenido que dejar las clases de surf.

—¿Un accidente? —Marta me miró preocupada y yo asentí con la cabeza.

—Choqué frontalmente con otro surfista y sufrí un traumatismo craneal, así que me dieron varios puntos y he tenido que dejar las clases.

—Lo siento, Olivia, pero aún así habéis pasado un verano envidiable y me muero por conocer a Enzo —dijo Marta frotándose las manos.

—Pues vas a poder conocerle muy pronto. De hecho, le conocerás mañana a las doce en la playa —le dije a Marta—. Le he preguntado si no le importaba que ocuparas mi lugar en la clase y ha dicho que le parecía bien.

—¿De verdad has hecho eso?

—He pensado que te gustaría.

Mientras pronunciaba aquellas palabras sentía un nudo en la garganta. Lo que hacía unos minutos me había parecido una idea fabulosa empezó a parecerme algo horrible, pero ya no había vuelta atrás.

—Hace un par de años hice un curso de surf y lo cierto es que se me dio

maravilla —presumió Marta—. Estoy deseando que llegue mañana. Además, podré conocer a ese hombretón del que tanto he oído hablar.

—No te hagas demasiadas ilusiones con Enzo. Excepto Olivia, ninguna de nosotras tiene la más mínima posibilidad con él —advirtió Sofía.

—Tal vez vosotras no tengáis nada que hacer con él, pero a mí aún no me conoce —volvió a presumir Marta.

—Marta tiene razón —dijo Lucy apoyando a su amiga, como llevaba haciendo un millón de años.

—Enzo no es el típico tío bueno que se va a la cama con la primera que se le insinúa, te lo aseguro —intervino Marisol.

—Eso es lo que tú crees, Marisol. Ya veremos hasta dónde es capaz de llegar. —Marta sonrió, produciéndome unas horribles ganas de vomitar.

—Iré a por las cosas para la barbacoa —me disculpé poniéndome en pie y alejándome hacia la cocina.

Saqué la comida de la nevera llena de rabia. Marta siempre había sido una egocéntrica que nunca dudaba en alardear delante de nosotras de sus múltiples cualidades y sus numerosas conquistas. Entre nosotras existía un código no escrito por el cual, cuando alguna estaba interesada en un determinado hombre, las demás debían apartarse de inmediato, pero Marta nunca lo había cumplido, y puesto que entre Enzo y yo no había nada, ni siquiera podría echárselo en cara.

Marta no era una buena amiga. Se había portado fatal con Lucy enrollándose con su ex apenas una semana después de su ruptura, y no había dudado en meterse en la cama con un compañero de Lucy por el que esta estaba interesada. No podía esperar que no lo intentara con Enzo, y no había nada que yo pudiese hacer para evitarlo.

—No te preocupes, no tiene nada que hacer con él —me aseguró Sofía sorprendiéndome. No la había oído entrar en la cocina.

—Supongo que tiene derecho a intentarlo.

—No, no lo tiene, aunque no haya nada entre vosotros. Sigo ignorando tus motivos, pero debería respetar nuestro código de amistad. Marta no es una de nosotras.

—¿No lo es? —pregunté sorprendida.

—No te hagas la tonta, lo sabes tan bien como yo. Solo la aceptamos por Lucy, pero es insoportable.

—Sí, y tremendamente egoísta —afirmé sonriendo—. Y, en cuanto a Lucy, no sé por qué permite que la trate de ese modo. ¿Has visto lo relajada que ha estado estas semanas lejos de Marta? Hasta parecía otra persona.

—Yo también lo he notado, y Lucy terminará dándose cuenta de que está mejor sin ella.

—Espero que tengas razón.

—Tengo razón, y también en cuanto a Enzo. Créeme, él no es tonto y sabe distinguir lo auténtico de una vulgar imitación —me tranquilizó—. Y ahora, vamos, disfrutemos y no permitamos que Marta nos estropee estos últimos días.

Sofía cogió la bandeja con la comida que íbamos a preparar en la barbacoa y yo llevé los platos y los cubiertos hasta el jardín. Deseé que mi amiga estuviese en lo cierto con respecto a Enzo y que él se diera cuenta de que Marta era una persona tremendamente superficial que solo buscaba un revolcón para poder alardear el resto de su vida delante de nosotras.

Yo solo podía esperar y ver lo que sucedía.

Son cuatro días

Aquella mañana la casa amaneció llena de actividad, de ruidos y voces que se mezclaban con la música y la voz de Taylor Swift, que sonaba a toda potencia en el interior del salón. Y cuando pensaba que lo había visto todo y que aquello no podría resultar más caótico, Marta, que había traído dos maletas para los cuatro días que iba a quedarse, sacó una docena de bikinis y los tiró de cualquier manera sobre el sofá para que las demás se los probaran.

Siempre había necesitado cierto orden en mi vida, y ver toda aquella ropa tirada de cualquier manera por todas partes no dejaba de producirme escalofríos. Así que, cuando por fin decidieron qué iban a ponerse y las vi salir a la calle, me alegré de quedarme sola para poder arreglar aquel caos.

—¿Vendrás a la playa más tarde? —me preguntó Sofía mientras buscaba algo en el amasijo de ropa que había en el suelo.

—No creo que sea buena idea ir a ver cómo Marta se pavonea delante de Enzo —respondí.

—Vamos, nena, ni siquiera se conocen. Ya sabes cómo es Marta, es capaz de decir que Enzo es horroroso solo para llevarnos la contraria. No adelantes acontecimientos. Además, deberías salir un poco más.

—Ya he salido esta mañana y he corrido veinte kilómetros —le recordé.

—Me refiero a salir con nosotras. Bueno, piénsalo, nos iremos en el coche de Marta por si te apetece acercarte.

Ordené mi habitación e hice un poco de limpieza. Después comencé a recoger el salón, pero no tenía ni idea de a quién pertenecía cada una de las

prendas que había por allí tiradas y terminé apilándolas encima de una silla. ¿Cómo podían mis amigas vivir de aquella manera? En mis escasos treinta metros cuadrados de vivienda apenas podía moverme, y no me imaginaba cómo sería hacerlo entre montañas de ropa, maquillaje y zapatos.

Pensé quedarme en casa, pero sentía demasiada curiosidad por ver cómo se comportaba Marta con Enzo y por ver la reacción de él ante sus coqueteos. Me puse un bikini, rehíce mi maltrecha coleta y preparé una bolsa con todo lo necesario, incluido el iPod y un libro.

Cuando llegué a la playa me coloqué estratégicamente detrás de una pareja que tomaba el sol para poder observar sin ser vista. Ellos me echaron varias miradas incómodas, instándome a marcharme, pero no les hice caso y permanecí escondida tras ellos. Debieron pensar que era una loca peligrosa cuando la playa era tan grande y había sitio suficiente para dejarles un poco de espacio, pero por educación, o por miedo, no me dijeron nada.

Desde aquel lugar tenía unas vistas privilegiadas. Observé a Marta intentando ponerse en pie sobre la tabla varias veces sin ningún éxito. Sonreí perversamente, alegrándome de que no fuese tan buena como nos había dicho. En realidad, Marta odiaba el deporte, no practicaba ninguno y cada vez que íbamos a ver un partido de El Estudiantes ella se negaba a acompañarnos porque decía que le resultaba mortalmente aburrido. Por lo que pude ver, Marta nos había engañado, y probablemente lo más cerca que había estado de una tabla de surf debía haber sido en Rip Curl mientras compraba bikinis. Parecía un pato mareado y yo lo estaba disfrutando muchísimo. Incluso solté alguna carcajada mientras la pareja que tenía delante no paraba de mirarme; hasta pude ver una nota de terror en sus ojos.

La culpa de que Marta estuviera allí aquella mañana no era suya, sino mía. Fui yo quien le preguntó a Enzo si no le importaba incorporarla a las clases, así que tendría que conformarme con mirarla de lejos y suspirar mientras ella

estaba en el agua y yo muriéndome de envidia, medio escondida y tomada por loca.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué, sabiendo cómo era Marta, la había metido en aquella clase?

Marta volvió a intentar ponerse de pie sobre la tabla y nuevamente fracasó. Sin embargo, aquella vez cayó al agua y no salió inmediatamente. Unos segundos después la vi sacar la cabeza y agitar los brazos para volver a sumergirse. Busqué a Enzo hasta que lo encontré nadando hacia ella a gran velocidad. Era buen nadador y en unas pocas brazadas llegó a su lado, la tomó entre sus brazos y la arrastró hacia la orilla.

Cogí mi bolsa, me levanté y caminé hacia ellos. Marta estaba tendida en la arena con los ojos cerrados y no parecía reaccionar ante los primeros auxilios que Enzo le estaba aplicando. Entonces, cuando Enzo estaba a punto de hacerle el boca a boca, apresuré el paso y, al llegar a su altura, le empujé hacia un lado ocupando su lugar.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió él con voz grave.

No respondí, me incliné sobre Marta, le tapé la nariz y comencé a aproximar mis labios a los suyos, pero justo en el instante que iba a rozarlos ella abrió los ojos y me empujó.

“Con que esas tenemos...”, pensé entornando los ojos.

—Creo que después de todo no será necesario hacerle el boca a boca —le dije a Enzo.

Él sonrió con aquella sonrisa que resbalaba hacia la comisura de sus labios, esa que tanto amaba y odiaba al mismo tiempo, pero esta vez fui yo quien le guiñó un ojo.

Me aparté hacia un lado y dejé que Enzo ocupara mi lugar junto a Marta, pero no me marché muy lejos. No pensaba hacerlo después de ver cómo se las gastaba Marta. La vigilaría muy de cerca y no volvería a perderla de vista.

—¿Estás bien? —le preguntó Enzo.

—Me he llevado un susto de muerte, he estado a punto de ahogarme —respondió ella comenzando a toser, aunque ya era un poco tarde para aquello.

—No lo creo, podías hacer pie en el lugar en el que te encontrabas. Si lo hubieses intentado te habrías dado cuenta —le dijo Enzo.

—¿En serio? —Marta se llevó la mano a la boca y aleteó las pestañas, que parecían mucho más largas de lo que en realidad eran debido a las cinco capas de mascara de ojos *waterproof* que se había puesto antes de salir de casa—. Pensarás que soy muy tonta.

—Tengo que volver al agua. Quédate aquí un rato mientras te recuperas del... susto —se burló él.

Le vi alejarse y nadar hasta donde estaban mis amigas y después volví la atención hacia Marta, que seguía tumbada sobre la arena sonriendo como una tonta.

—¿Por qué has tenido que intervenir? —me espetó—. Le tenía en el bote y casi consigo que me bese.

—¿Besarte? Por favor, ese truco es demasiado viejo y no iba a permitir que le engañaras de esa manera tan ruin. No me gustan esas artimañas.

—¿Y a ti qué te importan mis artimañas? A menos que estés interesada en él... —Marta me miró de reojo y tuve que hacer un enorme esfuerzo para no hundir su cara en la arena.

—Simplemente no me gustan los trucos infantiles.

Marta no dijo nada más. Se levantó, volvió al agua y yo me quedé allí para no perderla de vista.

Cuando la clase terminó acompañé a mis amigas a la caseta para que se cambiaran de ropa. Me quedé esperándolas sentada en el escalón de fuera. Pensé en lo que había sucedido y, una vez más, en lo tonta que había sido al invitar a Marta. No había vuelta de hoja y lo sabía, pero aquel pensamiento

no me hacía sentir mejor y estaba deseando que aquellos últimos días pasaran lo más rápido posible.

—Has intervenido con una increíble rapidez —me dijo Enzo sentándose a mi lado.

—Conozco a Marta y sabía que solo estaba fingiendo. Nunca había visto a nadie ahogarse con tanto glamur, y me ha resultado sospechoso —bromeé.

—¿Estás celosa, princesa?

—¡No! —negué apresuradamente—. No me gustan esos trucos tan manidos más propios de una quinceañera hormonada que de una mujer de casi treinta años.

—Sabía que era un truco —sonrió él.

—Entonces, ¿por qué has estado a punto de hacerle el boca a boca? —le pregunté sorprendida—. Eso era lo que ella pretendía.

—No pensaba llegar hasta el final, pero tú te has adelantado.

—Me alegra saberlo y no me importa que tú y ella... Bueno, ya sabes a lo que me refiero, pero te advierto que es una mujer manipuladora y complicada.

—Sabré manejarla, princesa.

—Creía que habíamos quedado en que no soy una princesa —le recordé perdiéndome en su mirada.

—Lo eres, mi princesa.

Enzo y yo nos miramos de esa manera en que solo pueden hacerlo dos personas que se desean. Podía sentir el calor que emanaba su cuerpo e imaginar sus manos recorriendo el mío, pero en aquel momento Marta apareció entre nosotros, diluyendo la magia que existía unos segundos antes.

—Gracias por salvarme la vida, Enzo —ronroneó ella.

—Ha sido un placer —respondió él guiñándole un ojo—. Pero la próxima vez, antes de entrar en pánico, te recomiendo que compruebes si puedes hacer

pie.

Estuve a punto de soltar una carcajada ante el comentario, pero me contuve. Enzo le había dado un de cal y otra de arena, y había dejado bastante claro que sabía a qué estaba jugando.

Marta sonrió como una tonta, pero no volvió a abrir la boca hasta que Sofía, Marisol y Lucy se unieron a nosotras.

La convivencia era un asunto complicado, pero durante casi un mes mis amigas y yo habíamos logrado encontrar el equilibrio pasando por alto muchas cosas hasta lograr una convivencia feliz. Marta había llegado para acabar con todo aquello que habíamos construido y, en tan solo un día, había conseguido remover los cimientos y enfrentarnos.

Estábamos en la playa planeando lo que haríamos aquella noche, pero no llegábamos a ningún acuerdo. Marta quería cenar fuera y visitar un montón de chiringuitos de los que nos había oído hablar la noche anterior, mientras que Sofía quería ir a Chss Conil, un bar de copas, y debía ser el único que aún no conocía. Lucy apoyaba la propuesta de Marta, y Marisol y yo no queríamos tomar partido, así que escuchábamos la conversación sin demasiado interés.

—¡Votemos! —propuso Marta.

—No hay nada que votar. Tu idea es absurda, no podemos visitar en una noche todos los sitios que hemos conocido a lo largo de un mes —le espetó Sofía.

—Pues iremos solo a algunos.

—Venga, sí, vamos a votar —intervino Lucy.

—Está bien, yo propongo ir a Conil. ¿Quién está de acuerdo? —preguntó Sofía levantando la mano derecha.

—Yo —respondí imitándola.

—Yo también —me secundó Marisol.

—Bien, ya está. Gana mi propuesta, somos tres contra dos —sonrió Sofía triunfal.

—En ese caso, Lucy y yo haremos nuestros propios planes —dijo Marta.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? —le preguntó Lucy borrando la sonrisa de su cara.

—¿Con quién estás? ¿Con ellas o conmigo? —Marta miraba a Lucy con los ojos entrecerrados, pero podía notar en ellos la rabia y la ira que sentía por haber perdido frente a Sofía.

Lucy paseó la vista por cada una de nosotras y se encogió de hombros. No me gustaba ver a mi amiga en aquella situación, con aquella tristeza que, de pronto, había apagado su mirada. No soportaba que la causante de aquello fuese la que se consideraba su mejor amiga.

—¿Por qué le haces esto? —inquirí mirando a Marta con rabia—. No hemos tenido ningún problema en todo el tiempo que llevamos aquí. Siempre tomamos juntas cada decisión y existe algo llamado democracia que nosotras respetamos.

—También existe algo llamado “hago lo que me da la gana”. Yo lo practico bastante y Lucy prefiere estar conmigo, ¿verdad? —le preguntó Marta.

—Prefiero no tener que elegir —respondió ella con la voz apagada.

Deseé abofetear a Marta y acabar con aquello.

—Muy bien, si eso es lo que queréis llamaré a Enzo. Quizá él sea más amable que vosotras.

Marta se levantó con el teléfono en la mano y se alejó de nosotras. La vi caminar con la cabeza alta y actitud resuelta, y mi furia fue en aumento. Quería dar marcha atrás, rebobinar unas horas y volver al momento en que la invitaba para poder rectificar.

—No debes permitir que te trate de ese modo —dijo Marisol a Lucy.

—Es buena persona, aunque a veces puede resultar un poco pedante —

opinó Lucy.

—No es buena persona ni tampoco buena amiga —le aseguré a Lucy—. Esta mañana ha fingido que se ahogaba solo para que Enzo le hiciese el boca a boca. En una quinceañera podría resultar gracioso, pero en una mujer de casi treinta es patético y deleznable.

—¿Cómo sabes que estaba fingiendo? —me preguntó Lucy.

Me dolió que dudara de mi palabra.

—Porque ni siquiera cubría. Hasta Enzo se lo ha dicho en su propia cara —le expliqué a Lucy—. Sé que es tu amiga, pero no deberías permitirle ciertos comportamientos.

—Ella es una arpía y tú una tonta, Lucy —le espetó Sofía—. Has estado con nosotras casi un mes y nunca te había visto tan feliz. No te estoy diciendo que la dejes a un lado, pero deberías mantener una conversación con ella y dejar claro que hay ciertas actitudes que no vas a volver a tolerar.

—Tenéis razón —aceptó Lucy con el rostro serio.

—¡Hecho! —exclamó Marta acercándose hacia nosotras y dando saltitos de alegría—. Enzo me recogerá a las nueve.

Me mordí la lengua llena de rabia. Había vuelto a equivocarme con Enzo. Al final era como todos y para pasar un buen rato le daba igual el número de neuronas que tuviese su acompañante. ¿Y qué era aquello de que pasaría a recogerla? Yo misma se lo había pedido unos días antes y él se había negado. Me sentía muy decepcionada. Enzo había logrado engañarme haciéndome pensar que era un hombre que merecía la pena y yo había sido una estúpida por haberle creído.

Apenas hablamos durante la cena. Cada una manteníamos la vista fija en nuestro plato mientras Marta sonreía y se jactaba de haber conseguido lo que las demás no habíamos logrado a lo largo de casi un mes. Fue un alivio recoger la mesa y que cada una nos fuéramos a nuestra habitación a

cambiarnos de ropa.

Me tocó a mí abrirle la puerta a Enzo, puesto que era la que más cerca estaba. Marta aún seguía en el baño, probablemente aplicándose diez capas de maquillaje y dieciocho de mascara de ojos.

—¿Quieres pasar? —le invité con desgana.

—No, esperaré aquí —respondió sonriendo.

Estaba tan guapo que apenas podía parpadear al mirarle. No sabía lo que tenía aquel hombre pero, fuera lo que fuese, me volvía loca y no podía dejar de mirar aquellos ojos, verdes y profundos, ni aquel cuerpazo que parecía tallado en granito, y mucho menos aquel *sex-appeal* que destilaba por cada poro de su piel...

—Espero que sepas lo que haces —le advertí.

—¿Por qué lo dices?

—No te hagas el tonto, sabes a lo que me refiero.

—Espero que no estés celosa, Olivia. Ya sabes que tú eres la única princesa de mi reino.

—No quiero ser la princesa de ningún reino —le dije con rabia—, pero que salgas con alguien como Marta dice muy poco de ti. Aunque tal vez me haya equivocado contigo y sois tal para cual.

—Para ser amiga tuya, no hablas demasiado bien de ella —me dijo sonriendo.

—Prefiero que no me lo recuerdes.

—Hola, Enzo —saludó Marta con voz sensual.

—Hola, Marta —respondió él en el mismo tono.

Noté cómo una náusea nacía en mi estómago.

Vi cómo Enzo la recorría con la mirada y soltaba un silbido de admiración. Estaba espectacular, no podía negarlo, con aquel vestido rojo semitransparente, cortísimo y superescotado y unos taconazos del mismo

color que estilizaban sus piernas y las hacían parecer muy largas.

—¿Te gusta? —preguntó ella coqueta.

No quise escuchar la respuesta de Enzo y cerré la puerta, dejándolos fuera de mi vista. No podía soportar verlos juntos y no podía aguantar que Enzo hubiese elegido a la más superficial, egoísta y engreída de todas nosotras.

Nos fuimos a Conil poco después. Yo conducía en silencio mientras mis amigas charlaban animadas tras una cena en la que apenas habíamos intercambiado un par de frases. Volvíamos a ser nosotras, relajadas, alegres y con ganas de jugar. Bueno, excepto yo, que no podía olvidar la imagen de Enzo recorriendo el cuerpo de Marta con su mirada ni dejar de pensar en lo que estarían haciendo en aquel momento. ¿Se habrían besado ya? ¿La habría llevado a su casa y estarían teniendo una noche de sexo alucinante? No quería pensar en aquello pero no podía evitarlo. En cuanto me descuidaba, cientos de imágenes de Enzo y Marta juntos se colaban en mi cabeza, haciéndome sentir fatal.

Chss Conil era un local con un gran patio andaluz, buena música y mejor ambiente. Pedimos unos mojitos y enseguida nos pusimos a bailar y a reírnos. Tenía intención de divertirme y olvidarme de todo, así que cerré los ojos dejándome llevar por la música e intentando que mi mente se quedara completamente en blanco.

No llevábamos ni media hora bailando cuando un tío se acercó hacia mí con una sonrisa lasciva que me heló la sangre y me provocó una mueca de asco que no intenté disimular. Movía la pelvis con movimientos circulares alternándolos con otros hacia adelante y hacia atrás, de una forma totalmente ridícula que quizá, en otro momento, me habrían producido una carcajada. Miré a mis amigas en busca de ayuda. Ellas no tardaron en ponerse a mi lado y, entre empujones, pisotones y codazos malintencionados, conseguimos librarnos de él en menos de un minuto.

Aquel verano ya había tenido suficiente dosis de testosterona y pretendía pasar los últimos días de vacaciones tranquila y sin sobresaltos. La llegada de Marta había dado un nuevo rumbo a mis planes, pero no había nada que yo pudiera hacer y no merecía la pena dedicar ni un solo pensamiento más a castigarme. Volví a cerrar los ojos y giré sobre mis pies, sentía la música correr por mis venas y llenar mis oídos. Me encantaba aquella sensación de libertad.

—¡No puede ser! —gritó Sofía tan alto que pude oírla a pesar de la música.

Seguí su mirada en busca de aquello que había llamado su atención, pero no encontré a nadie conocido. Pensé que tal vez había creído ver a Pepe, que seguía enviándole lánguidos mensajes rogándola una nueva oportunidad. Pero no había rastro de él. Entonces, cuando estaba a punto de preguntar qué le pasaba, los vi. Bailaban muy juntos, frotándose el uno contra el otro de forma casi impúdica.

—¡Yo la mato! —exclamó Sofía con los ojos encendidos antes de caminar en su dirección.

—¡Quieta! —ordené, sujetándola del brazo.

—¿Qué está pasando? ¿Acaso has visto un fantasma? —preguntó Lucy.

—A la fantasma de tu amiga dando el espectáculo del siglo —respondió Sofía tirando del brazo para que la soltara.

—¿No son aquellos Marta y Enzo? —preguntó Marisol señalándolos.

—¿Por qué ha venido? Sabía que íbamos a estar aquí y la muy puta ha venido a restregarnos su victoria —dijo Sofía cada vez más alterada.

—Creo que deberíamos marcharnos —propuso Lucy.

—No tenemos que irnos. Nos quedaremos aquí y fingiremos que no los hemos visto. Marcharnos sería rendirnos y dejar que ella ganara —les dije a mis amigas.

Sofía no parecía estar muy convencida de mis palabras, pero asintió con la

cabeza y comenzamos a bailar de nuevo.

Retiré los ojos de Enzo y le di la espalda para no caer en la tentación. Había algo en él que me atraía como un imán y se me hacía muy difícil apartar la vista de él cuando todo lo que deseaba era mirarle hasta desgastarle. Pero no iba a permitir que se diese cuenta ni tampoco que ninguna de nosotras perdiera los papeles por culpa de Marta. Además, eran adultos, estaban solteros y podían hacer lo que quisieran. Por mucho que me doliese esa era la verdad y prefería que estuviesen allí a visualizarlos en casa de Enzo, en su cama, haciendo todas aquellas cosas que tantas veces había imaginado que hacía conmigo.

—Voy un momento al baño —le dije a Marisol cuando mi vejiga estaba a punto de estallar—. Vigílala —le pedí, señalando a Sofía.

En aquel momento mi amiga era una bomba a punto de estallar y una pequeña provocación por parte de Marta sería suficiente para que Sofía iniciara una cruenta batalla. La había visto enfadada muchas veces a lo largo de mi vida, y por propia experiencia sabía que era mejor apartarse de su camino cuando estaba tan alterada.

Fui al baño evitando pasar por el lugar donde Enzo y Marta seguían bailando. Había una larguísima cola en el baño de mujeres mientras que el de hombres estaba vacío. No lo pensé dos veces: eché un vistazo al interior para comprobar que no hubiese nadie y me colé dentro. Vacíé mi vejiga que estaba a punto de explotar y me tomé unos minutos para mirarme en el espejo y pintarme los labios.

Estaba muy morena fruto de todos aquellos días disfrutando del sol y la playa, y mi piel dorada contrastaba visiblemente con el vestido blanco que había elegido aquella noche. Tenía el pelo largo, brillante y salpicado de reflejos de un rubio muy claro que la exposición al sol me había proporcionado. Me sentía atractiva, y aunque sabía que era una actitud de lo

más infantil, me comparé mentalmente con Marta.

A diferencia de ella, que era muy delgada y menuda, yo era alta y llena de curvas, generosos pechos, potentes caderas y piernas muy largas y bien torneadas. Mi cuerpo era pura fibra debido al ejercicio que había practicado durante la mayor parte de mi vida.

Marta era muy guapa. Su larguísimo pelo color azabache contrastaba con sus ojos de un azul pálido que le daban un aspecto exótico y sensual. Yo, en cambio, era rubia, lo que siempre me había dado un aspecto aniñado, haciéndome parecer más joven de lo que realmente era.

Desvié la vista del espejo. Hacer comparaciones sin sentido no iba a llevarme a ninguna parte. Estaba claro que Enzo las prefería morenas, como Marta o aquella veinteañera con la que le había visto en aquel bar días atrás.

A punto de salir por la puerta me encontré frente a frente con Enzo. Durante unos segundos pensé en pasar de largo y fingir que no nos conocíamos. Pero él no me dejó la menor opción.

—¿La princesa no podía esperar? —me preguntó con una sonrisa traviesa, impidiéndome el paso.

—Las princesas tenemos muy poca paciencia como ya deberías saber. Además, este baño, a diferencia del de mujeres, está completamente vacío.

—¿Completamente vacío? —preguntó empujándome hacia el interior.

Retrocedí lentamente sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío hasta chocar contra los lavabos, donde me aprisionó impidiendo que me moviera.

—¿Te he dicho ya que hoy estás para comerte? —preguntó pasándose la lengua por los labios y colando su mirada en mi escote.

—¿Te he dicho ya que odio a los babosos? —le dije colocando mi mano en su barbilla y empujándola hacia arriba para desviar su mirada de mis tetas.

—Tienes un par de...

—¡Oh, calla! —le pedí con una mueca de asco; aunque asco no era

precisamente lo que él me hacía sentir.

—Jajaja —se carcajeó él—. Si no quieres que nadie te mire deberías llevar algo un poco más discreto.

—Ese ha sido un comentario totalmente machista. Y ahora, si me disculpas... —Le empujé hacia atrás, pero su cuerpo era como una roca y no conseguí moverlo ni un milímetro—. Apártate —le pedí.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Completamente —respondí—. Y supongo que a Marta no le gustaría saber que estás aquí mirando mis tetas en lugar de estar mirando las suyas. Estoy segura de que ella te dejará darle un buen magreo —le escupí sin dejar de sonreír.

—Al final voy a pensar que estás celosa.

—Supongo que eso es lo que te gustaría creer, pero no son celos sino decepción —le aclaré—. Pensaba que eras más selectivo y que no te dejabas embaucar por un par de tetas, pero me he vuelto a equivocar contigo.

—¿Estás segura? Yo nunca he dicho que no me gustaran un par de tetas bien puestas —dijo bajando su mirada hacia mi escote—. En el caso de Marta, sin embargo, he sido un caballero y tan solo le he ofrecido mi hombro a esa supuesta amiga tuya a la que habéis invitado a venir y a la que, por lo visto, le estáis haciendo la vida imposible.

—¿Es eso lo que ella te ha contado? —le pregunté sorprendida—. Pues bien, puedes creer su versión si eso te hace feliz y, ya de paso, ofrecerle un hueco en tu cama para pasar la noche. Me temo que acaba de quedarse sin un lugar donde dormir.

—Me gusta dormir solo, princesa, pero se me ocurren otras actividades muy placenteras para pasar la noche —me dijo con voz susurrante.

Mi piel se erizó al imaginar aquellas actividades.

Volví a empujarle, pero esta vez tuve más suerte. Enzo no se lo esperaba y

conseguí hacerle retroceder un par de pasos. Me alejé de él antes de que pudiera volver a retenerme y cuando llegué a la puerta me giré para mirarle.

—Espero que sepas dónde te metes —le advertí—. No sé hasta dónde estás dispuesto a llegar para pasar un buen rato, pero Marta es como un parásito: una vez que logra invadir tu espacio es muy difícil deshacerse de ella.

No esperé respuesta y fui a buscar a mis amigas, sintiéndome desolada. Todo lo que deseaba era marcharme y estar sola, pero sabía que con aquella actitud solo le estaría dando la razón a Enzo. Estaba celosa, sí, pero no permitiría que ni él ni Marta lo supieran.

Mis amigas no estaban donde las había dejado unos minutos antes. Las busqué por todas partes y comencé a caminar entre la gente, abriéndome paso entre la multitud de personas que abarrotaban aquel lugar y que parecían haberse multiplicado en muy poco tiempo. Debí haber imaginado que la ausencia de Enzo era la excusa perfecta para que Sofía fuera en busca de Marta. Y allí estaban, enzarzadas en una discusión que, aunque no podía escuchar debido al volumen de la música, podía imaginar al interpretar el lenguaje de sus cuerpos y la expresión de sus caras.

Apresuré el paso intentando llegar lo antes posible hasta ellas para evitar que las cosas llegaran más lejos, pero cada vez que conseguía avanzar un paso retrocedía dos arrastrada por toda aquella gente que me rodeaba.

Marisol y Lucy intentaban calmarlas, pero Sofía era una persona apasionada e impulsiva que se dejaba arrastrar por sus instintos más primarios, y una vez que estaba metida en una acalorada discusión podía llegar a perder los papeles con facilidad.

Cuando por fin logré llegar me coloqué en medio de ambas. Sofía intentó apartarme y Marta aprovechó mi presencia para esconderse detrás de Lucy.

—¡Dejadlo ya! —grité mirando a las dos.

—¡Apártate! —me ordenó Sofía, empujándome hacia un lado.

—No voy a ir a ninguna parte a menos que vengas conmigo —le dije a mi amiga con rostro serio.

—Está loca —dijo Marta, aún escondida detrás de Lucy.

—Será mejor que salgamos de aquí —dije cogiendo a Sofía del brazo y obligándola a seguirme.

Ella se resistió e intentó soltarse, pero yo era más alta y más fuerte que ella, así que todos sus esfuerzos fueron en vano. Salimos a la calle seguidas de Lucy y Marisol. El sonido de la música podía oírse como un eco lejano, pero mis oídos aún retumbaban por el volumen del interior, y mi cuerpo estaba tan tenso que incluso me dolía.

—Enfrentarte a Marta ha sido muy mala idea —le dije a Sofía—. No sé lo que pretendes, pero lo único que vas a conseguir es que ella parezca una pobre víctima y nosotras unas brujas locas.

—¡Me da exactamente igual! —exclamó desasiéndose de mi mano, que aún la sujetaba del brazo.

—Piensa un poco, por favor. Me he encontrado a Enzo cuando salía del baño y él me ha dicho que Marta le ha contado que le estamos haciendo la vida imposible.

—¡Eso no es verdad! —dijo Marisol.

—No me lo creo, sé que Marta es un poco... Un poco cría cuando no logra salirse con la suya, pero lo que estás diciendo es mezquino y no creo que ella se haya atrevido a tanto —se lamentó Lucy.

—Después de ver cómo fingía que se ahogaba puedo creerme cualquier cosa —suspiré—. Supongo que algunas personas no dudan en emplear cualquier arma a su alcance para conseguir sus objetivos, aunque para ello tengan que mentir y hablar mal de sus amigas.

—No voy a permitirselo —aseguró Sofía—. Voy a volver allí dentro y...

—No, no vas a hacer nada —la interrumpí—. Creo que lo mejor es actuar

como si nada de esto nos importara y dejar que sea ella misma quien acabe descubriéndose.

—¿Quieres que me cruce de brazos mientras esa... esa... zorra se sale con la suya? —inquirió Sofía.

—Sí, eso es lo que vamos a hacer. Pero no se saldrá con la suya y terminará poniéndose en evidencia delante de Enzo —le dije—. Creo que deberíamos regresar y darle una llave de casa.

—¡De eso nada! —se negó Sofía.

—Olivia tiene razón —dijo Lucy—. Fijaos en lo que nos está haciendo. Estábamos bien hasta que ella ha llegado y no voy a dejar que me amargue estos últimos días de vacaciones.

—Quiero que le des la llave a Marta y que te asegures de que Enzo lo ve —le pedí a Sofía.

—Estás loca si piensas que voy a acercarme a ella como si nada hubiese ocurrido —me espetó.

—Si lo prefieres, yo le llevaré la llave —se ofreció Marisol.

—¿Estáis todas locas? —Sofía nos miraba llena de rabia e impotencia. Sabía cómo se sentía, pero si queríamos ganar a Marta debíamos ser mas listas que ella—. Con ella aquí nuestras vacaciones están totalmente jodidas y, por si os interesa saberlo, me da exactamente igual lo que Enzo piense de nosotras.

Todas miramos a Sofía sin decir nada más. La conocíamos bien y sabíamos que cuando estaba en aquel estado era mejor no insistir. Ella sola acabaría dándose cuenta de que estaba equivocada y de que su actitud no era la más acertada. Entendía su rabia, yo también podía sentirla en mi interior, pero dejándome llevar por ella no llegaría a ninguna parte.

—Está bien. Iré a llevarle la maldita llave, pero no voy a darle la mía —dijo Sofía colocando la palma de su mano delante de mí.

Busqué la llave en el bolso y la puse en la palma de su mano. Lo que realmente deseaba era montarme en el coche y escapar de allí. Suponía que Lucy y Marisol querían lo mismo que yo, pero ya no teníamos quince años y debíamos comportarnos como las adultas que éramos.

—No quiero que lo hagas por mí, Sofía —le dije a mi amiga.

—Si fuera por mí ya le habría partido la cara hace unas horas, así que, sí: lo haré por ti, por todas vosotras —dijo mirándonos una a una.

—Calla y ve —le pidió Lucy.

Enseguida los encontramos. Era imposible no ver a Enzo y sentir su impresionante magnetismo, que hacía que todas las mujeres se giraran a su paso.

Marisol, Lucy y yo nos quedamos en un rincón esperando a Sofía, y la observamos mientras le daba a Marta la llave e intercambiaba con ella algunas palabras. Lo hizo todo con una sonrisa de oreja a oreja, asegurándose de que Enzo interviniera en la conversación.

Bailamos el resto de la noche y conseguimos relajarnos lo suficiente como para volver a bromear y a reírnos. Quizá el alcohol tuvo la culpa, aunque yo solo tome un par de copas porque tenía que conducir de vuelta a casa.

Cuando el efecto del alcohol desapareció por completo les anuncié a mis amigas que era la hora de regresar.

—Un poquito más —rogó Marisol.

—Empiezo a tener sueño y tengo que conducir —le recordé.

—¿Puedo volver con vosotras? —la voz de Marta nos sorprendió. Su rostro estaba serio y no había ni rastro de la sonrisa de suficiencia que había lucido durante toda la noche.

—¿Qué pasa, es que te ha abandonado el desodorante? —se burló Sofía.

—Puedes venir con nosotras —intervine.

—¿Dónde está Enzo? —le preguntó Lucy mirando alrededor.

—Está con unos amigos. Le he pedido hace un rato que me lleve a casa porque me estoy aburriendo mortalmente, pero no me ha hecho caso — lloriqueó Marta.

Sofía soltó una carcajada y yo le di un codazo instándole a que cerrara la boca, aunque no sirvió de nada.

—¡No puede ser! —Sofía se escondió detrás de mí y me susurró al oído—. ¿Ese que viene por allí es Pepe?

—Me temo que sí —grité para que me oyera.

Sofía no lo dudó y se lanzó a la carrera. La vi abrirse paso a codazos entre la gente. En pocos segundos la había perdido de vista.

—¡Vámonos! —exclamé dando una palmada.

—Tengo que despedirme de Enzo —dijo Marta.

Ninguna le hicimos el menor caso y nos marchamos, dando esquinazo a Pepe, en busca de Sofía. En la calle no había ni rastro de ella. Miramos calle arriba y calle abajo, pero la tierra parecía habérsela tragado sin dejar rastro alguno.

—Ya aparecerá —dijo Marisol.

—¿Dónde está Marta? —pregunto Lucy.

Caminamos hacia la calle en la que habíamos dejado el coche. Sofía no podía estar muy lejos.

—Chsssss, chsssss. —Oímos que alguien nos chistaba y miramos alrededor —. ¡Aquí! —gritó Sofía asomando la cabeza por encima de uno de los coches que había allí aparcados.

—¡Sal de ahí! —exclamé—. Creo que deberías dejar de beber o acabarás muy mal.

—No quiero que Pepe me encuentre.

—Pepe está allí dentro y tú aquí fuera, Sofía —le dijo Marisol.

A pesar de que no había rastro de Pepe por ninguna parte y de que le

habíamos asegurado que se había quedado dentro, Sofía fue hasta el coche escondiéndose detrás de cada uno de los vehículos que había hasta llegar a él. Entonces se subió y se tiró al suelo como si estuviese rodando una película de espías. La situación era desternillante, pero hacía un buen rato que había perdido mi capacidad de sonreír.

Arranqué el coche para salir de allí cuanto antes. No veía el momento de llegar a casa y meterme en la cama, y justo cuando nos poníamos en marcha, Marta apareció de la nada y se colocó delante del coche obligándome a dar un frenazo. Menos mal que no había bebido, de lo contrario quizá no hubiese tenido tantos reflejos.

No me acostumbro

—No volveré a beber en tooooooda mi vida —prometió Sofía delante de una taza de café y con las gafas de sol puestas, a pesar de que estábamos en la cocina.

—Creo que has dicho eso cada mañana durante las últimas semanas —le recordó Marisol.

—Tal vez deberías escribirlo, ya sabes, como los niños en el colegio cuando los castigan a escribir las cosas cien veces —le sugirió Lucy.

—Buena idea. Quizá así te lo pienses antes de ponerte a beber como una cosaca —dije yo.

—Todas nos emborrachamos alguna vez —dijo Marta, pero ninguna la miramos ni hicimos caso de su comentario—. ¿Os pasa algo conmigo? Creía que ayer por la noche habíamos hecho las paces.

—Me ha parecido oír algo. —Sofía miró hacia el suelo y todas seguimos su mirada—. Ha sido una especie de vocecilla chillona, como una... rata.

Me tapé la boca para que Marta no me viera sonreír y carraspeé para disimular.

—Yo no he oído nada —dijo Marta—. Espero que no sea una rata, me dan pánico.

—¿Lo habéis oído ahora? —repitió Sofía.

—¿Te estás riendo de mí, Sofía? —inquirió Marta consciente de la burla.

—¿Reírme de ti? No, no creo que merezca la pena.

—Creo que deberíamos aclarar algunas cosas —comenzó a decir Marta—.

En primer lugar, me gustaría saber qué os pasa conmigo. ¿He hecho algo que os haya molestado?

—Yo diría que “algo” se queda corto —respondió Sofía, haciendo énfasis en la palabra “algo”.

—Bien, pues si eso es lo que piensas aclarémoslo de una vez.

—Son tantas cosas que no sé por dónde empezar, pero te diré que desde que has llegado esto apesta —afirmó Sofía.

—La verdad es que no entiendo nada —negó Marta.

Contuve la respiración. Cuando Sofía empezaba a hablar no había quien la parara y tenía claro que, ahora que se había decidido a hacerlo, iba a decirle a Marta todo lo que pensaba de ella. Pero, para mi sorpresa, fue Lucy quien tomó la palabra, plantándose delante de Marta con los brazos cruzados.

—Para empezar te diré que aquí las decisiones se toman por unanimidad, y si no estás de acuerdo ya sabes dónde está la puerta. En segundo lugar, quiero dejar claro que no soy tu esclava y tampoco tu marioneta. Es posible que me hayas manipulado durante años y que yo lo haya consentido, pero a partir de hoy eso se acabó y te recomiendo que, si quieres que sigamos siendo amigas, aprendas a respetarme. Por último, y esto es algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo, queda totalmente prohibido enrollarse con el novio o exnovio de una amiga —le explicó Lucy con calma.

—Enzo no es novio ni exnovio de ninguna de vosotras —observó Marta—. A menos que os hayáis olvidado de contarme algo.

—Olivia y él mantienen una relación... especial —dijo Marisol.

—Me dijisteis que Olivia salía con alguien llamado Marcos.

—También —asintió Marisol.

—Tú decidiste quedarte con Óscar, alguien a quien habías conocido quince días antes de las vacaciones, así que no tienes que saberlo todo. Si tanto te interesa nuestra vida deberías haber venido con nosotras, tal y como

habíamos planeado, en lugar de quedarte con alguien a quien apenas conocías —le dijo Lucy—. Además, no tuviste el menor reparo en acostarte con mi ex ni con mi compañero de trabajo, a pesar de haberte dicho que estaba interesada en él. Cuando quieres algo vas a por ello sin importarte nada ni nadie.

—Yo no tengo la culpa de ligar más que vosotras —dijo Marta—. ¿Ese es mi pecado?

Volví a morderme la lengua porque si dejaba que se desatara no habría vuelta atrás, y solo conseguiría que Sofía, que estaba haciendo grandes esfuerzos para contenerse, se dejara llevar y terminara perdiendo los papeles.

—La cuestión, Marta, es que eso es lo que tú crees —le dijo Marisol—. Está claro que tu presencia aquí ha interferido de forma negativa en nuestra convivencia, por no hablar del truco que utilizaste con Enzo en la playa.

—Hasta Enzo se dio cuenta de que fingías —se rio Sofía.

—¿Qué tiene de malo usar algunos trucos para que un hombre se acerque a ti? —preguntó Marta.

—Deberías actualizar tus trucos al siglo XXI si no quieres parecer patética —le aconsejó Lucy.

—No entiendo vuestro enfado, no entiendo nada de lo que me habéis dicho. ¿Cuál se supone que es mi pecado? —volvió a preguntar Marta.

—Le dijiste a Enzo que te tratábamos mal, y no lo niegues porque él mismo se lo dijo a Olivia —dijo Lucy.

—No fue más que otro... truco. Solo estaré aquí unos días y pensé que debía acelerar un poco las cosas entre nosotros.

—¿Mintiendo? —inquirí.

—No creo que sea tan grave, dentro de unos días todas nos iremos y Enzo será historia —nos recordó Marta.

Estaba claro que no entendía nada. Las cuatro habíamos intentado

explicarle que su actitud y su comportamiento no eran los propios de una amiga ni de una mujer de su edad, y que aquellos sucios trucos no solo estaban desfasados y eran infantiles, sino que eran completamente ridículos. Sin embargo, Marta seguía pensando que era ella quien llevaba razón.

—No tienes ningún derecho a venir aquí y acabar con todo lo que hemos construido durante un mes —le dije elevando el tono de voz.

—Está bien, lo siento. ¿Eso es lo que queréis oír? —sonrió—. Prometo que a partir de ahora seré buena.

Marta no nos tomaba en serio, quizá nunca lo había hecho. Durante años había callado y la había soportado por Lucy, pero a partir de entonces no iba a pasarle ni una.

Ninguna de nosotras nos creímos sus palabras. Debimos cortar entonces por lo sano y hacerla volver a casa para poder disfrutar de aquellos últimos días con tranquilidad.

Pero no lo hicimos, y estuvo a punto de costarnos muy caro. No pensaba perder de vista a Marta, por eso las acompañé a la playa y no me alejé demasiado mientras todas disfrutaban de la clase de surf. Me oculté bajo las gafas de sol mientras fingía leer un libro, aunque en realidad tenía los ojos puestos en ella y en cada uno de sus movimientos. Tal vez parecía una loca con complejo de detective, pero llegados a aquel punto me daba exactamente igual lo que los demás pudieran pensar de mí.

La clase se desarrollaba con normalidad. Mis amigas habían mejorado mucho desde aquel primer día en que, juntas, iniciamos las clases. Marta, la experta, parecía una niña pequeña aprendiendo a montar en patinete; perdón, en *skate*, que lo otro suena demasiado antiguo.

Marta comenzó a alejarse, adentrándose cada vez más en el mar mientras Enzo hablaba con Marisol. Aunque al principio no me preocupé y hasta deseé que se perdiera, empecé a alarmarme cuando empezó a ser poco más que un

punto en el horizonte. No era buena nadadora y tampoco estaba en buena forma física, por lo que su comportamiento, en un día en el que el mar estaba bastante picado, podía ser el de un kamikaze.

Me incorporé y me quité las gafas. La vi remar hacia una ola e intentar ponerse de pie sobre la tabla, pero otra ola gigante se cernió sobre ella y, de pronto, la perdí de vista. Corrí hacia la orilla y grité el nombre de Enzo, pero él ya estaba nadando en la dirección en que segundos antes había estado Marta. El corazón me palpitaba tan deprisa que pensé que iba a darme una taquicardia. Miraba en todas las direcciones, pero no veía a Marta por ninguna parte y un montón de pensamientos cruzaron por mi mente dejándome sin respiración.

Si algo le pasaba sería por mi culpa. Yo la había invitado a pasar aquellos días con nosotras y a participar en las clases de surf, y aunque fuese una descerebrada que se había adentrado en el mar sin tener ni puñetera idea de lo que hacía, jamás podría perdonarme que le sucediera algo.

Me adentré en el mar y me lancé al agua. Nadé tan deprisa como pude hacia Enzo. Aún no se veía a Marta por ninguna parte a pesar de que él no había dejado de buscarla bajo el agua.

Fueron los minutos más angustiosos de mi vida. Sentía que los pulmones estaban a punto de estallar dentro de mi pecho y los metros que me separaban de Enzo parecían haberse convertido en kilómetros.

Cuando Enzo emergió del agua con Marta entre sus brazos y comenzó a nadar hacia la orilla, miles de preguntas se amontonaron en mi mente. ¿Estaría bien? ¿Habría llegado Enzo a tiempo de salvarle la vida?

No fue necesario esperar demasiado para obtener respuestas. Marta, que durante unos segundos pareció haber perdido la consciencia, se puso a patallar y a dar manotazos repentinamente, aferrándose a Enzo y hundiéndole bajo el agua una y otra vez.

Sabía por experiencia lo complicado que resultaba manejar a una persona en el agua cuando entraba en pánico y salvé los últimos metros que nos separaban como si me fuera la vida en ello. Pero, nuevamente, justo cuando estaba a punto de darles alcance, una ola de enormes dimensiones nos sorprendió. Me puse de espaldas, pero la masa de agua consiguió arrastrarme mar adentro, sumergiéndome en las frías y revueltas aguas. Pasé unos segundos angustiosos hasta que conseguí emerger. Había perdido la pista de Enzo y Marta. Me zambullí en el agua, buceé, pataleé y nadé hasta volver a encontrarlos.

Marta seguía histérica. Recordé la escena de una película en la que alguien le propinaba una bofetada a una persona que estaba siendo rescatada para calmarla. No teníamos demasiado tiempo, así que decidí probar. Saqué la mano derecha del agua y le propiné una sonora bofetada que la dejó tan sorprendida que cejó en su pataleo.

Sofía, Marisol y Lucy nos esperaban en la orilla y nos ayudaron a colocar a Marta sobre la arena. En cuanto comprobamos que respiraba con normalidad, me desplomé a su lado. Me temblaban las manos y mis piernas parecían estar hechas de gelatina. Ni siquiera sabía cómo había conseguido llegar hasta Enzo y Marta para después regresar.

Afortunadamente todo había quedado en un susto y no hubo que lamentar pérdidas, pero odié a Marta por poner en peligro su vida y la de Enzo. Y entonces lo supe. Supe que Enzo era el hombre que ocupaba por completo mi corazón, y esa certeza me sacudió con fuerza, atravesándome como un rayo y dejándome sin aliento. Había necesitado estar a punto de perderle para saber cuánto significaba para mí.

—¿Estás bien? —La voz de Enzo me sacó de mis pensamientos.

Estaba tan cerca que podría haberle acariciado con solo estirar un poco la mano. Lo habría hecho si en aquel momento no me hubiese sentido tan

abrumada por todos aquellos sentimientos que me ahogaban.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Perfectamente —sonrió—. ¿Dónde has aprendido a dar esos rechazos?

—Supongo que veo demasiadas películas —respondí con tono burlón, aunque no se trataba de ninguna broma.

Marta comenzó a llorar y volví la vista hacia ella. Seguía tumbada sobre la arena junto a Lucy, que intentaba consolarla. Me alegraba que estuviese a salvo, pero al oír sus lamentos y recordar lo sucedido volví a sentir deseos de estrangularla. Su estupidez había estado a punto de costarle muy caro a Enzo y a ella misma. No sabía si con el paso del tiempo sería capaz de perdonarla o dejar de mirarla con desprecio. Pero también sentía lastima por ella; esa pena que mi abuela siempre decía que “es por donde entra la peste”, y no cabía la menor duda de que Marta, era la peste en persona.

No moví ni un solo dedo para consolarla y tampoco lo hizo Enzo, que se quedó a mi lado mirándome fijamente a los ojos mientras yo me sumergía en los suyos, intentando descubrir sus pensamientos.

—Será mejor que intente recuperar la tabla —dijo él poniéndose en pie.

No respondí y le vi alejarse hasta que su silueta se desdibujó por completo y le perdí de vista.

Mientras tanto, Lucy seguía intentando consolar a Marta y la sostenía en su regazo, atrayendo la mirada de todas las personas que había cerca o pasaban por allí.

—¡La mataría! —susurró Sofía sentándose a mi lado—. ¿Qué demonios pretendía demostrar alejándose tanto?

—Supongo que quería llamar la atención —respondí incorporándome para quedarme sentada junto a Sofía.

—Lo único bueno de todo esto es que se ha llevado una buena bofetada —se rio mi amiga—. Me habría encantado habérsela propinado yo.

—Pues, si te soy sincera, no he pensado en cuánto se lo merecía. Solo pretendía que se calmara.

—Lo sé, y creo que ha sido una buena idea. Probablemente le hayas salvado la vida. Y también a Enzo.

Aquel pensamiento volvió a sacudirme, esta vez en forma de escalofrío. A pesar del calor, sentí cómo la piel de todo mi cuerpo se erizaba y comencé a temblar.

Volvimos a casa envueltas en los sollozos de Marta, los suspiros de Lucy y el mal humor de Sofía. Marisol y yo éramos las únicas que parecíamos estar tranquilas, aunque solo lo aparentábamos. La llegada de Marta lo había puesto todo patas arriba, y era demasiado tarde para dar marcha atrás y recuperar lo que teníamos antes de su visita.

Había sido una experiencia traumática para Marta y podía entender que temblara y sollozara desconsoladamente durante un rato, pero aquello parecía no tener fin. En cuanto llegamos a casa le preparamos una tila y la metimos en la cama para librarnos de ella. Sí, nos estábamos comportando como unas egoístas, pero así se había comportado ella con nosotras desde que la conocíamos.

Comimos en el jardín. Estábamos un poco tensas por lo sucedido. En realidad lo estábamos desde que Marta había llegado y no dejaríamos de estarlo hasta que la perdiéramos de vista. Algo que estaba cada vez más cerca.

—Espero que duerma hasta mañana —dijo Sofía—. No puedo soportar ni uno más de sus llantos y gemidos. Solo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

—Me siento exactamente igual que tú y al mismo tiempo me da pena —se lamentó Lucy.

—¿Estás loca? —inquirió Sofía—. No se merece nuestra lástima sino un

par de bofetadas por ser tan estúpida. Ha estado a punto de ahogarse y casi arrastra a Enzo con ella.

—Ni siquiera sabe nadar bien —añadió Marisol.

—Bueno, creo que deberíamos olvidar lo sucedido y no comentar nada más delante de ella —opiné.

—Ella intentará sacarle todo el partido que pueda a este suceso. Ya lo veréis. Espero que no se pase los próximos días llorando o terminaré ahogándola con mis propias manos —dijo Sofía.

—No seamos tan duras, Sofía, se ha llevado un buen susto —le recordó Lucy.

—Se lo ha buscado ella solita. Si se tratara de un accidente fortuito hasta yo sentiría pena por ella, pero no ha sido así. Su enorme ego la ha llevado a provocarlo, y las consecuencias podrían haber sido mucho peores. —Sofía no era de las que olvidaba fácilmente ni dejaba pasar las cosas sin tomar medidas, así que suponía que en cualquier momento volvería a enfrentarse a Marta.

—Sí, tiene un ego gigantesco, pero ha sido un accidente. Te aseguro que no es lo que buscaba —le dijo Lucy.

—No, claro que no buscaba ahogarse, pero eso es lo que ha estado a punto de suceder por querer demostrar que es mejor que nadie. Y para que Enzo se fijara en ella. Si yo fuera él ya la habría tachado de mi lista por muy buena que esté. ¡Dios, es patética! —escupió Sofía.

—Olvidémonos de todo esto. Estoy cansada de peleas y de la tensión que se respira en el ambiente —dijo Marisol.

—¿Acaso crees que ella va a permitir que lo olvidemos?

Sofía tenía razón. Marta no iba a dejar que aquella situación pasara sin más. Cuando se despertó salió al jardín envuelta en una manta, a pesar del calor, y se pasó toda la tarde suspirando y dando pequeños sorbos a las tazas de tila

que tomaba una tras otra.

Animé a mis amigas a salir aquella noche. Sofía parecía estar a punto de estallar y Lucy estaba demasiado dolida por el comportamiento de la que, hasta entonces, había sido su mejor amiga. A mí no me apetecía salir. El descubrimiento de mis sentimientos por Enzo aún me tenía desconcertada y necesitaba pensar en ello, aunque no podría hacerlo hasta que Marta volviera a la cama.

—Agradezco que te hayas quedado conmigo y que esta mañana te hayas lanzado al agua cuando has visto que estaba en peligro —dijo Marta con una voz muy alejada de su tono de suficiencia habitual.

—Lo habría hecho por cualquiera —respondí con tono duro.

—Sé que estáis enfadadas por mi comportamiento de estos tres últimos días. Supongo que quería demostraros que soy mejor que vosotras y que no os necesito, aunque en realidad no es lo que pienso ni tampoco lo que siento. Creía que si lograba que Enzo se fijara en mí no os quedaría más remedio que reconocer que había ganado.

—¿Qué se supone que habrías ganado?

—Vuestro reconocimiento, y también vuestro respeto. No sé por qué, pero no me siento respetada por vosotras.

—El respeto se gana día a día, aunque antes creo que deberías aprender a respetarte a ti misma. Fingir que te ahogabas fue un completo error, pero arriesgarte como lo has hecho hoy ha sido algo muy peligroso que podría haberte costado muy caro.

—Lo sé. Es que estoy acostumbrada a ganar y...

—Sigo sin entenderlo —la interrumpí—. No entiendo qué ganas acostándote con el ex de tu mejor amiga o con Enzo por el mero hecho de llevarte el trofeo. Creo que tienes una actitud muy inmadura que esconde una gran inseguridad.

—Sí, esa es la verdad, y al final estas cosas no me hacen sentir bien. Al menos no durante demasiado tiempo —confesó.

—Lucy es la mejor amiga que nadie pueda tener, pero creo que si te interesa mantener su amistad vas a tener que disculparte y cambiar de actitud.

—¿Crees que podrá perdonarme? —Su pregunta parecía totalmente sincera y sentí una punzada de ternura en el pecho.

—Tiene un corazón enorme y te diría que sí, pero tendrás que volver a ganarte su confianza.

Acompañé a Marta hasta la habitación que compartía con Lucy porque aún le temblaban las piernas. Después pude marcharme a mi habitación para estar un rato sola.

Habían sido unos días un poco raros. Echaba de menos los paseos nocturnos con Marcos por la orilla de la playa, la sensación de libertad que experimentaba durante las clases de surf y hasta las peleas con Enzo. Parecía que todo aquello había sucedido mucho tiempo atrás, aunque solo hacía unos días de mi accidente, de mi despedida de Marcos o de la cena con Enzo. Además, estaba aquella certeza que desde aquella mañana se había instalado en mi mente y de la que era incapaz de deshacerme. Amaba a Enzo. Verle en peligro me había hecho despertar y darme cuenta de lo que aquel hombre significaba para mí. Enamorada. Estaba enamorada. No sabía cómo había sucedido, cómo había pasado de odiarle a amarle, de no querer volver a verle a querer estar junto a él todos y cada uno de los días que me restaban de vida.

Sabía que él no sentía lo mismo por mí. Ni siquiera disponía del tiempo suficiente para poder descubrirlo y empezar de cero.

Cerré los ojos intentando apartar a Enzo de mi mente. Quería olvidarme de él y hacer todo lo posible para que nuestros caminos no volvieran a cruzarse nunca más.

Cosas que pasan

Corría junto a la orilla del mar con el iPod a todo volumen intentando que la música me distrajesse de mis pensamientos, pero me resultó imposible, porque cada una de las canciones que escuchaba me recordaban a Enzo y tenía que parar constantemente para elegir un tema nuevo. El problema era que hasta las canciones de Iron Maiden me recordaban a él, por más extraño que esto pudiese parecer. *Sixty hundred sixty six de number of de beast* era un buen ejemplo.

Apagué el iPod desanimada y reanudé la marcha dispuesta a no dejarme vencer por unas cuantas canciones. Me concentré en la carrera, en el sol, el mar, mis zapatillas chocando contra la arena mojada y el sonido de las gaviotas. Todo ello era lo suficientemente estimulante como para continuar.

Reparé en una solitaria figura que había a pocos metros de distancia. Estaba sentado junto a la orilla con las piernas replegadas contra su pecho, sus brazos rodeándolas y la cabeza apoyada en las rodillas. Le reconocí inmediatamente. Había pasado muchas horas junto a él aquel verano y no iba a ser fácil que le olvidara.

Me acerque a él y me paré a su lado sin decir nada, tan solo esperé a que reparara en mí y tomara la iniciativa.

—¿Olivia? —preguntó Marcos levantando la cabeza y entornando los ojos.

—¡Hola! —le saludé con una enorme sonrisa—. ¿Estás... bien?

—Pensaba en ti —me confesó, haciendo que mi sonrisa se quedara congelada en mis labios—. Últimamente las cosas no han ido demasiado

bien.

—Lo siento. No pretendía... no...

—Lo sé, sé que lo sientes —me interrumpió poniéndose en pie—. Sigues corriendo.

—Me relaja y me hace sentir bien, tal vez deberías probarlo.

—Quizá lo haga —dijo desviando la mirada hacia el suelo—. ¿Qué tal tu cabeza?

—Bien, gracias. Dentro de poco me quitarán los puntos y estaré como nueva —respondí sintiéndome cada vez más incómoda—. Tengo... tengo que irme.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, por supuesto.

—¿Crees que podrías haber llegado a quererme? Quizá con el tiempo tú...

Era una pregunta muy directa y Marcos se merecía una respuesta directa y sincera. Pero la sinceridad, en algunas ocasiones, puede resultar más dolorosa que una pequeña mentira. La cuestión era que Marcos me gustaba, y que si aquel verano Enzo no se hubiese cruzado en mi camino las cosas entre nosotros podrían haber sido diferentes. Aunque eso no lo sabría nunca y, evidentemente, no podía decírselo a él.

—Creo que se puede querer a alguien y no por ello estar enamorado de esa persona.

—Pero estábamos bien juntos, ¿no crees? —insistió.

—Sí, lo pasamos bien, Marcos, pero no es eso lo único que busco en una relación. Y tú tampoco deberías conformarte.

—Supongo que para mí ha sido diferente —dijo mirándome a los ojos. La tristeza que vi en ellos me dejó desolada.

—¿Estarás bien? —pregunté estirando la mano y colocándola sobre su brazo.

—Sí, vuelvo a Alemania. Estos últimos días he hablado mucho con una compañera de mi antiguo trabajo. Es española y mientras estuve allí salimos algunas veces —me contó.

—A veces tenemos al lado a esa persona capaz de cambiar nuestra vida y no nos damos cuenta hasta que es demasiado tarde. Me alegra saber que estás a tiempo —le dije pensando en Enzo—. Espero que no te precipites.

—No lo haré.

Retiré la mano de su brazo dispuesta a marcharme, pero Marcos la agarró y tiró de mí hasta que nuestros cuerpos estuvieron pegados. Apenas tuve tiempo de reaccionar, sus labios se posaron sobre los míos y durante unos segundos me dejé llevar. Besaba bien, eso era algo que tenía claro desde el día en que nos besamos por primera vez, pero no sentí nada y me aparté de él con suavidad, pero con firmeza.

—Esto no ha sido una buena idea —le dije.

—Lo siento.

Me volví dispuesta a marcharme y a lo lejos vi a Enzo mirándonos desde la distancia. Parpadeé varias veces para cerciorarme de que era real y no lo estaba imaginando, y entonces me miró fijamente y dio media vuelta, alejándose.

—¡Mierda! —exclamé.

—¿Ese es Enzo? —preguntó Marcos.

—Sí, es él —suspiré—. Tengo que irme.

Mi primera reacción fue ir en busca de Enzo y explicarle que aquello que acababa de ver no significaba nada, pero no lo hice. No le debía ninguna explicación. Él y yo no estábamos juntos, nunca lo habíamos estado y nunca lo estaríamos. Así que volví a colocarme los auriculares y elegí una canción de Guns N'Roses: *Don't Cry*. Algo que en aquel momento me resultó bastante difícil.

En casa reinaba la paz, y aunque no sabía lo que había sucedido en mi ausencia, acepté con agrado aquel repentino cambio. En aquel momento no necesitaba más peleas y desencuentros.

—Llegáis tarde —anuncié mirando el reloj.

—Yo me quedo, no volveré a practicar surf en toda mi vida y tampoco me acercaré al mar a menos de cien metros —dijo Marta.

—Nosotras ya nos vamos. —Marisol cogió su bolsa y se volvió hacia mí—. ¿De dónde vienes tan tarde?

—He ido a correr y me he encontrado con Marcos.

—¿Qué tal está? —se interesó Lucy.

—Le he visto bien —respondí disfrazando un poco la verdad. Tal vez porque eso era lo que yo necesitaba creer—. Me ha dicho que regresa a Alemania. Por lo visto tiene allí una buena amiga que con el tiempo tal vez se convierta en algo más.

—¿Una amiga? —se extrañó Sofía—. ¡Qué efímero es el amor! Y eso que Marcos parecía estar loco por ti.

—*The show must go on* —respondí guiñándole un ojo.

—Ese en mi lema, nena —bromeó Sofía—. ¿Por qué no venís a la playa? No os podéis quedar aquí encerradas como las monjitas de la caridad.

—Voy a cambiarme de ropa y bajaré a la playa dentro de un rato. Pero prefiero quedarme cerca. ¿Qué vas a hacer tú, Marta?

—Iré contigo si no te importa, aunque me mantendré alejada del agua. No quiero exponerme a más peligros.

—Tú también deberías mantenerte alejada del agua, Olivia. Ayer te diste un buen baño y a este paso los puntos terminarán infectándose —me recordó Sofía.

—Lo sé, tengo más ganas que nadie de que me quiten los malditos puntos.

Cuando todas se fueron me cambié de ropa y me fui a la playa con Marta.

Era la persona con la que menos me apetecía estar en aquel momento, pero no quería más tensiones y había cogido un libro para no tener que hablar con ella.

A pesar de que la compañía no era de mi agrado, disfruté de aquel rato de tranquilidad. Los últimos días habían sido muy intensos y necesitaba alejarme un poco de todo.

El resto del día transcurrió igualmente pacífico, tanto que empecé a aburrirme y hasta comencé a echar de menos las peleas. ¿No había un punto medio?

—Mañana es nuestra última noche y en lugar de estar por ahí divirtiéndonos nos quedamos en casa aburriéndonos —se quejó Marisol.

—¿Por qué no hacemos algo especial esta noche? —propuso Sofía—. Mañana tendremos que recoger y preparar el equipaje. Así que, oficialmente, esta es nuestra última noche.

—Estoy cansada de salir, emborracharnos y ese tipo de cosas. ¿No podríamos hacer algo diferente? —pregunté.

—Tú no te has emborrachado ninguna noche —observó Sofía.

—Vale, entonces estoy cansada de salir y ver cómo os emborracháis —rectifiqué—. Podríamos cenar en algún chiringuito, dar una vuelta por ese mercadillo que está al lado del hotel Madreselva y comprar alguna cosa —propuse.

—¿No es ese el hotel de tu ex? —preguntó Lucy.

—Ni lo sueñes, no pienso ir allí y tentar a la suerte. ¿Qué pasará si me encuentro con Pepe? —se negó Sofía.

—Si te encuentras con él tendrás que hacerle frente —le dije a Sofía cansada de que se comportara como una niña.

—Yo también prefiero una noche tranquila —dijo Lucy.

—Y yo —opinó Marisol.

Marta se encogió de hombros. Sabía que no le quedaba más remedio que aceptar lo que decidiésemos la mayoría o, de lo contrario, se quedaría sola.

—Así que soy la única a la que le apetece pasárselo bien. De acuerdo, en ese caso nos aburriremos juntas —suspiró Sofía.

El momento de elegir la ropa, el peinado y el maquillaje nos llevó mucho más tiempo del que habíamos previsto y, por supuesto, mucho más del necesario. Nos costó encontrar un sitio para cenar. Todas las terrazas estaban llenas, al igual que las calles, y a pesar de que eran casi las once de la noche aún había mucha gente que volvía de la playa.

Tras la cena fuimos al mercadillo y compramos pulseras, pendientes, anillos y todo tipo de cosas brillantes. También nos hicimos unos tatuajes de henna: Lucy eligió un gato, Marisol un corazón, Sofía unas letras japonesas que por lo visto significaban JÓDETE y yo una tabla de surf, que me hice tatuar en la cadera derecha. Al final nos divertimos muchísimo y a la una de la madrugada decidimos ir a dar un paseo hasta la Playa del Pirata.

Cuando llegamos allí había un ambiente increíble y entramos en Good Karma, el lugar en el que había conocido a Marcos aquella noche que parecía tan lejana.

—¿Por qué no nos has traído aquí antes? —preguntó Sofía.

—Ya vendrás más a menudo el año que viene —respondí.

—¡Brindemos por eso! —propuso Lucy, y entrechocamos nuestras copas.

—Este sitio está genial. Lo tenemos tan cerca que no sé cómo no lo hemos descubierto antes —dijo Marisol.

—¡Ahí está! —gritó Sofía de pronto, escondiéndose detrás de Lucy.

Todas miramos alrededor buscando el fantasma que Sofía acababa de ver y allí, a pocos metros de donde nos encontrábamos, vi a Enzo con sus amigos, entre los que se encontraba Pepe. Pepe, el hombre del que mi amiga huía desde su frustrante experiencia en del coche y que no parecía querer dejarla

escapar.

—Puedes relajarte, están muy bien acompañados —la tranquilizó Lucy.

Y era cierto, había con ellos un grupo de chicas a las que prestaban toda su atención. Por supuesto todas miraban a Enzo con cara bobalicona y sonreían cuando él hablaba.

—No puedo relajarme, esta misma tarde Pepe me ha enviado un mensaje. Creo que está obsesionado conmigo y empiezo a estar asustada. —Sofía seguía rezagada detrás de Lucy. Conociéndola, era capaz de quedarse ahí toda la noche.

—Salgamos de aquí —les dije dirigiéndome hacia la salida.

Buscamos algún lugar donde pudiésemos pasar desapercibidas y nos ocultamos detrás de uno de los grupos de gente que había en la playa. Sin embargo, para Sofía no fue suficiente y siguió vigilando a su alrededor por si Pepe aparecía.

—Yo me voy —anunció de pronto.

—Sofía, ¿qué crees que pasará si te encuentras con él? Estamos aquí contigo, ni siquiera le dejaremos acercarse si eso es lo que quieres —intentó tranquilizarla Marisol.

Sofía se encogió de hombros y siguió escrutando a su alrededor. Estaba claro que se sentía inquieta, que aquella situación le estaba produciendo bastante estrés.

—Sofía y yo nos vamos —anuncié, sabiendo que era la única manera de que mi amiga volviese a ser ella.

—Si vosotras os vais, nosotras también —dijo Lucy.

—Podemos tomar la última en casa —propuso Marisol.

Todas aceptamos de buena gana, especialmente Sofía, y volvimos a casa dando un paseo por la playa. Cinco minutos después Sofía volvía a ser la misma de siempre y nos propuso una de sus locuras.

—¿Y si nos damos un baño?

—¿Desnudas? —preguntó Lucy.

—Pues claro, será divertido —respondió Sofía.

—Yo no tengo ningún problema —dije—. Aunque no podré mojarme la cabeza, claro.

—¡Yo me atrevo! —exclamó Marisol.

—Yo paso —susurró Marta, que aún no se había recuperado del susto del día anterior.

—No sé, chicas. Alguien podría vernos —replicó Lucy.

—A mí no me importa, pero si tú tienes algún problema con eso puedes bañarte con la ropa interior —le dijo Sofía comenzando a desnudarse.

Yo también me quité la ropa y corrí sobre la arena hasta la orilla. Sentí un escalofrío cuando mis pies tocaron el agua y, antes de arrepentirme, me zambullí haciendo malabares para no sumergir la cabeza y evitar que los puntos se mojaran.

Mis amigas no tardaron en alcanzarme. Marisol y Sofía también se habían quedado completamente desnudas, pero Lucy, que siempre había sido la más tímida, se dejó la ropa interior.

Nadé dejándome mecer por las olas. Me encantaba estar allí, bajo las estrellas, llenando mis sentidos de aromas, sonidos y sensaciones que solo podría encontrar en un lugar como aquel. Disfruté intensamente de aquellos momentos que ponían el broche final a un verano que había resultado ser muy diferente a todo lo que había planeado. Mis planes iniciales habían sido muy básicos, pero se habían trastocado al conocer a Enzo y a Marcos. A partir de entonces, ya nada volvería a ser igual.

—Tengo frío —se quejó Lucy, castañeteando los dientes—. Deberíamos salir antes de convertirnos en cubitos de hielo.

—Lucy, eres una quejica, el agua está buenísima —aseguró Sofía.

—Me ha parecido oír voces. Yo también salgo, que no me gustaría que alguien me viese desnuda —dijo Marisol.

—Las voces vienen del chiringuito. Estamos cerca y se pueden oír desde aquí —explicó Sofía.

—Yo también salgo ya.

—Sois unas aguafiestas —se lamentó Sofía, pero nos siguió hasta la orilla aún refunfuñando.

Buscamos a Marta, que nos esperaba en alguna parte. Nos habíamos alejado llevadas por la corriente, la noche estaba demasiado oscura y nos costó un rato dar con ella. Cuando por fin la encontramos, vimos que no estaba sola y que una alta figura la acompañaba.

Nos quedamos en la orilla, completamente desnudas, excepto Lucy, y quietas, intentando averiguar de quién se trataba. Pero lo cierto es que desde aquella distancia era imposible adivinarlo.

—¿Con quién estará hablando Marta? —preguntó Lucy.

—No tengo ni idea, pero ya que tú eres la única que lleva algo de ropa encima podrías acercarte a averiguarlo. Y de paso, podrías traer algo que ponernos —le dije.

—¿Por qué siempre me toca a mí? —protestó ella.

—¡Dejaos de chiquilladas! Sea quien sea supongo que no se asustará por ver a unas cuantas mujeres desnudas —dijo Sofía—. Yo iré a buscar la ropa.

—Te acompaño —dijo Lucy colocándose detrás de Sofía para esconderse.

Me froté los brazos para entrar en calor mientras Marisol y yo esperábamos, pero las chicas no parecían tener ninguna prisa y las vimos llegar hasta donde estaban Marta y su misterioso acompañante y ponerse a charlar tranquilamente. Sofía, además, no parecía sentir ningún pudor por su desnudez y todavía tardó algunos minutos en comenzar a vestirse.

Estaba segura de que se trataba de un hombre. Solo podíamos ver su silueta,

pero era la silueta de una persona bastante alta, de anchos hombros, caderas estrechas y largas piernas. Una silueta que me recordaba mucho a alguien que conocía muy bien. Pronto, Marisol y yo supimos de quién se trataba, porque aquella figura comenzó a caminar hacia nosotras y no tardó en hacerse visible. Marisol gritó al reconocer a Enzo y se escondió detrás de mí. Puesto que yo no disponía de más recursos que mis propias manos para ocultarme, me giré de espaldas a él.

—¿Qué haces? —me preguntó Marisol.

—Lo mismo que tú, aunque esta vez has sido más rápida.

—¡Qué vergüenza! —exclamó ella tapándose el rostro con las manos.

—¿Dónde os dejó esto? —preguntó Enzo. Su voz sonó un poco ronca, con un matiz de burla, pero tan condenadamente sensual como siempre.

Estaba segura de que estaba disfrutando de aquella situación y maldije mi mala suerte y que hubiese sido precisamente él quien me encontrara de aquella manera.

—Dámela, por favor —le pedí girando la cabeza hacia él y estirando una mano.

Por supuesto, él no me dio la ropa inmediatamente, y cuando estaba a punto de alcanzarla la retiró, obligándome a girar un poco más.

—No tiene gracia —mascullé apretando los dientes.

—Enzo, estoy muerta de frío —rogó Marisol.

Sus palabras debieron tener algo de magia, porque en cuanto las pronunció, Enzo me dio la ropa.

Marisol se vistió inmediatamente y se alejó con la cabeza agachada, dejándome sola con él. Aquello no iba a perdonárselo nunca, ya tendría tiempo de hablar con mi amiga más tarde, pero de momento no me quedaba más remedio que enfrentarme a Enzo completamente desnuda.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome? ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Resulta muy interesante mirarte mientras te vistes, princesa. Si hubiese sabido que te gustaba nadar desnuda hace tiempo que te lo habría propuesto.

—Ya sabes cuál habría sido mi respuesta —dije mientras me ponía las bragas bajo su atenta mirada.

Enzo soltó una carcajada y, aunque no podía verle porque estaba aún de espaldas a él, podía sentir sus ojos fijos en mi cuerpo. Me sentí mucho mejor cuando me puse los pantalones y la camiseta, y entonces me volví hacia él con gesto hosco.

—¿Qué? ¿Has disfrutado del espectáculo?

Mi tono era irónico y esperaba una respuesta que estuviese a la altura. Enzo siempre sabía estar a la altura.

—No ha estado del todo mal, princesa. Aunque he echado de menos algún plano frontal —ironizó.

—¿Desde cuándo te dedicas a espiar a mujeres indefensas? —le espeté.

—¿Mujeres indefensas? No veo a ninguna por aquí —se burló él—. Además, no he visto nada que no haya visto antes.

A pesar de la oscuridad podía ver cómo sus ojos brillaban por la risa, lo que contribuyó a aumentar mi ira.

—Quizá deberías probar a darte un baño. Te vendría muy bien para bajar esos humos —le dije apuntándole con el dedo.

Enzo, como no podía ser de otra manera, agarró mi dedo con una de sus enormes manos y tiró de mí para acercarme a su cuerpo, aunque yo le ayudé un poco tropezando y cayendo sobre su pecho de hormigón.

—Debería haber hecho esto mientras estabas aún desnuda —susurró en mi oído.

Había pensado que nunca volvería a oír aquella voz tan cerca de mí oído, y un abanico de sensaciones y sentimientos recién descubiertos se desplegó dentro de mí, haciéndome sentir confusa. Aún apoyada en su pecho, aspiré su

aroma; olía a jabón y a ropa limpia mezclado con aquel aroma tan suyo que reconocería en cualquier parte. Quise quedarme allí para siempre, entre sus brazos, para poder descubrir el alcance de mis sentimientos y volver a probar aquellos labios cuyos besos sabía que no podría olvidar jamás.

—¿Te has quedado muda, princesa? —me preguntó. Su voz sonó como una caricia suave, lenta y deliciosa.

—Tengo que irme.

Me aparté de él y comencé a caminar hacia mis amigas. Él no intentó impedírmelo y yo no volví la vista atrás.

—¿En qué estabais pensando dejando que Enzo nos llevara la ropa? —inquirí con rabia mirando a Lucy y a Sofía.

—No le hemos dejado, él simplemente la cogió y se fue —dijo Lucy.

Volví la vista hacia el mar. La silueta de Enzo se recortaba contra el horizonte y suspiré recordando el tacto de sus manos sobre mi cuerpo.

Insurrección

Llegó la hora de hacer las maletas y regresar. La hora de dejar atrás un verano que iba a recordar durante mucho tiempo y, gracias al cual, estaba a punto de dar un giro total a mi vida y a mi forma de vivirla hasta entonces.

La ropa de mis amigas estaba por todas partes. Amontonada sobre camas, mesas, sillas y sillones. Tirada de cualquier manera en el suelo. Colgada en los picaportes de las puertas. Dentro de la lavadora. En el tendedero... Había ropa sucia, limpia y otra cuyo estado no estaba nada claro que, por supuesto, no cabía en las maletas, lo cual era normal teniendo en cuenta que mis amigas habían comprado mucha más de la que llevaron y nada parecía encajar en ninguna parte.

—¿Quién tiene mi vestido rojo? —preguntó Sofía.

—¿Y mi *top* amarillo? —inquirió Marisol.

—Por favor, id doblando la ropa y metiéndola en las maletas. Si falta algo ya aparecerá. Que yo sepa, la ropa no tiene piernas, así que no andará muy lejos.

—Pues debe tenerlas, porque me falta una falda, un bikini y una sandalia —dijo Lucy.

—¿Una sandalia? —miré a Lucy atónita. No entendía cómo había podido perder una sandalia. Aquello se parecía cada vez más a *Buscando a Wally*.

—Sí, una sandalia —me confirmó ella como si fuese lo más normal del mundo.

—No sé de qué me extraño, sabía que esto terminaría pasando. Tanto

alcohol y desvarío, y se terminan perdiendo hasta las bragas. Menos mal que aún tenemos todo el día por delante.

Hacia rato que yo había terminado de hacer mi maleta. Había sido muy sencillo porque toda mi ropa estaba organizada dentro del armario, ya fuera colgada o doblada. Y las sandalias colocadas en sus fundas por parejas. Así que dediqué el tiempo a ayudar a mis amigas; incluso encontré la sandalia de Lucy en el paragüero de la entrada, su falda debajo de uno de los sillones y la parte superior del bikini en su neceser, aunque no había rastro de la inferior.

Estaba segura de que todo terminaría apareciendo tarde o temprano, porque probablemente había prendas en la maleta equivocada, pero no dije nada porque al ritmo que iban tardarían una eternidad y no quería que volvieran a deshacer las maletas para buscar nada. Ya lo harían al regresar a casa, y si descubrían alguna prenda que no les perteneciera ya tendrían tiempo de devolvérsela a su dueña.

Revisé la nevera, la lavadora y cada rincón de la casa. Hasta miré debajo de las camas por si nos dejábamos algo por ahí tirado. Teniendo en cuenta el desorden reinante parecía lo más lógico.

Fue un largo y tedioso día para mí, pero no tanto para mis amigas, que fueron a su última clase de surf y aprovecharon para despedirse de Enzo. Marta y yo nos quedamos en casa limpiando y escuchando música, aunque en ningún momento pude apartarle de mi mente. Pero las despedidas no se me daban bien, y mucho menos en aquella ocasión. Decir adiós a Enzo, el hombre que se había adueñado de mi corazón a base de peleas y besos robados, me resultaba demasiado doloroso.

Solo fui a la playa un rato con mis amigas a última hora de la tarde, y a la vuelta tomamos una cena ligera y nos metimos en la cama. A la mañana siguiente teníamos que marcharnos, nos esperaba un largo viaje y necesitaba descansar para conducir durante horas.

No podía dormir. Di vueltas en la cama hasta deshacerla por completo. Intenté leer, pero no fui capaz de concentrarme. Me levanté para tomarme un vaso de leche caliente, salí al jardín y hasta conté ovejitas, pero cuando iba por la número 199 tomé una decisión. Estaba claro que no la medité demasiado. Cogí las llaves del coche y me dirigí a casa de Enzo. Me pasé todo el camino luchando conmigo misma, porque un minuto pensaba que aquello era lo que sin duda debía hacer y al siguiente estaba segura de que era un completo error.

¿Qué iba a decirle a Enzo cuando me preguntara qué estaba haciendo allí? ¿Qué era lo que pretendía al ir a su casa? ¿Declararle mi amor eterno? ¿Pedirle que pasara una noche conmigo?

No tenía ninguna respuesta, pero quería verle por última vez y recordé algo que Sofía decía constantemente: “Nunca te arrepientas de lo que pudo ser y no fue”.

Aunque solía perderme con una facilidad pasmosa, encontré el camino a la primera y en menos de diez minutos estaba delante de la casa de Enzo. Salí del coche y, nada más hacerlo, me pinché con algo en el pie derecho. Fue entonces cuando me di cuenta de que había salido de casa descalza y vestida únicamente con una camiseta vieja. Al menos llevaba bragas; me consolé pensando que aquello era mejor que nada.

Enzo tardó una eternidad en abrir la puerta, o eso me pareció. Tenía el pelo revuelto y solo llevaba unos vaqueros puestos. Estaba tan sexi que sentí el deseo de abalanzarme sobre él sin mediar palabra y pedirle que me besara como solo él podía hacerlo. Pero me quedé mirándole muda, medio desnuda, descalza y con el pelo revuelto.

—¿Te has perdido, princesa? —me preguntó mirándome de arriba abajo.

Se suponía que yo debía responder algo. Algo ocurrente, o al menos, sincero, pero ahora que estaba allí, delante de Enzo, mi mente se había

quedado en blanco.

—¿Puedo pasar? Estoy descalza y este suelo me está matando —respondí.

—Mi palacio es tu palacio —sonrió él, haciendo una exagerada reverencia y apartándose hacia un lado.

Solo había estado allí una vez, pero recordaba el camino, así que me dirigí hacia el salón con el corazón en un puño y estirando la camiseta hacia abajo para no parecer tan ridícula. El televisor estaba puesto, pero ni siquiera le presté atención porque tenía otras cosas mucho más urgentes en las que pensar.

—¿Puedo ofrecerte algo? —me preguntó amablemente.

—No, gracias —respondí sintiendo la boca completamente seca—. Yo... yo... he venido porque... porque... quería despedirme de ti —balbuceé.

—¿Has venido a despedirte a estas horas? —Enzo me miró divertido y entrecerró los ojos escudriñándome. Estaba segura de que si se esforzaba un poquito hasta podría leerme la mente.

—Sí... no... en fin, no lo sé. Yo... quería decirte que... —Aspiré profundamente llenando mis pulmones de aire y el sonido del televisor llamó mi atención.

Pude escuchar claramente un profundo gemido y me acerqué a echar un vistazo llena de curiosidad. Me sorprendí al comprobar que Enzo estaba viendo una película porno y contemplé fascinada cómo una mujer a cuatro patas era penetrada por un hombre que tenía una... una... en fin, algo enorme, mientras gemía de forma escandalosa. Pensé que si sus gritos eran proporcionales al placer que estaba sintiendo debía estar pasándose en grande.

—¿Te gusta lo que ves? —susurró Enzo.

—¿Puedes quitarlo? Tengo que hablar contigo y no creo que sea capaz de concentrarme si esa mujer sigue gritando de ese modo.

Enzo no discutió y apagó el televisor. El silencio se hizo en la habitación. Aquella era mi oportunidad, aunque no sabía muy bien qué decir.

—La verdad es que no sé qué estoy haciendo aquí —confesé en voz alta—. No podía dormir y pensé... que... ¿Puedes darme un poco de agua?

Estaba resultando patética, lo sabía. Pensé en marcharme mientras aún me quedara algo de dignidad, pero había algo que me impedía moverme de allí.

—Ven aquí. —Enzo me cogió de la mano y me obligó a sentarme en uno de los taburetes que había junto a la barra que separaba el salón de la cocina. Después abrió la nevera, sacó una botella de agua y la sirvió en un vaso.

Bebí despacio, intentando relajarme y hacer tiempo para encontrar las palabras adecuadas con las que dirigirme a él.

—Lo que viste ayer en la playa no fue lo que parecía. Marcos y yo no estamos juntos, nos encontramos por casualidad y... me besó. Cuando te vi pensé en ir tras de ti, pero te marchaste de aquella manera y... —Sentí deseos de abofetearme. Estaba ante el hombre del que me había enamorado y... ¿era eso todo lo que se me ocurría decirle?

—Solo me fui porque no quise interrumpir un momento tan romántico —se burló él.

—¿Quieres dejar de reírte de mí? Ya te he dicho que entre Marcos y yo no hay absolutamente nada. Fin de la historia.

—Y has venido para contármelo.

—No sé por qué he venido, pero dentro de unas horas estaré lejos de aquí —"Lejos de ti" era lo que quería decir, pero por supuesto no lo hice—. Quería decirte adiós. Quería explicarte lo que pasó ayer en la playa. Y no me preguntes por qué, ni yo misma lo sé.

—Entonces, has salido de casa a las dos de la madrugada, descalza y medio desnuda, solo para decirme que entre Marcos y tú no hay nada. ¡Ah! y para despedirte —resumió él, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Algo así —mascullé incómoda.

—¿Y es algo que haces muy a menudo?

—¡Pues claro que no! No estoy tan loca como crees.

Me removí incómoda sobre el taburete. Enzo estaba demasiado cerca y cada vez que hablaba podía sentir su aliento cálido sobre mi rostro. Al moverme rocé uno de sus brazos y una descarga eléctrica, que habría acabado con la pobreza energética del mundo, me recorrió todo el cuerpo. Supe que él también lo había notado porque su rostro se tensó durante unos breves segundos, aunque enseguida recuperó la compostura y volvió a sonreír.

—Digamos que no estás del todo cuerda, princesa. No deberías ir a casa de nadie en mitad de la noche vestida de ese modo; o más bien medio desnuda. Especialmente si ese hombre vive completamente aislado y no hay en cinco kilómetros a la redonda nadie a quien recurrir para pedir ayuda. Por cierto, ¿llevas bragas? —dijo levantándose la camiseta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —inquirí poniéndome en pie.

Tenía razón, estaba loca. Aparecía de madrugada y medio desnuda en su casa y aún era capaz de hacerme la ofendida porque quisiera comprobar qué llevaba debajo de la camiseta.

Enzo soltó una carcajada y después dirigió la mirada hacia mis senos. Yo también miré y descubrí que mis pezones, completamente erectos, se pegaban contra la delgada tela blanca de la camiseta, dejando muy poco a la imaginación.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —le pedí.

—Me gusta mirarte —susurró.

De nuevo noté la boca y los labios secos, y pasé la lengua por encima de ellos para humedecerlos. Enzo siguió el recorrido de la lengua, y nos miramos con tanto deseo que hasta se me olvidó respirar.

No lo pensé, simplemente decidí arriesgarme y me quité la camiseta

tirándola al suelo. Enzo no dijo ni hizo nada, pero ya no sonreía, solo me recorría lentamente con su mirada.

Mientras tanto, no podía dejar de pensar en lo que sucedería si me rechazaba. Nos habíamos pasado todo el verano peleándonos como el perro y el gato; él había jugado conmigo y yo se lo había permitido en cada ocasión, pero ¿y si solo se había tratado de un juego? ¿Y si no había nada más?

Seguí la mirada de Enzo bajando hacia mi ombligo y perdiéndose entre mis piernas. Me quité las bragas quedándome completamente desnuda.

—¿Quieres...? —No pude continuar. Las palabras se quedaron atascadas en algún lugar de mi garganta, ahogadas antes de ser pronunciadas.

—¿Es lo que tú quieres?

—Sí, es lo que quiero —susurré.

Aquel primer contacto fue impresionante, fabuloso, alucinante, inolvidable... Había estado deseándolo tanto tiempo que estuve a punto de derretirme de deseo entre sus manos. Fue solo un breve roce, sus dedos dibujando la aureola de mis senos, pero lo que sentí fue tan brutal que eché la cabeza hacia atrás y de mis labios escapó el gemido más profundo e increíble que recuerdo.

Enzo devoró mi boca hambrienta y le devolví el beso con tanta pasión y tantas ganas que me costó respirar. ¿Para qué iba a perder el tiempo en respirar justo en aquel momento? Solo sería una noche, nada más. Después cada uno seguiríamos un camino diferente y, tal vez, jamás volviéramos a encontrarnos.

Le devolví el beso y degusté el sabor de su lengua y de sus labios. Me pegué a su cuerpo deseando sentir su calor, el latido de su corazón y su piel contra la mía. Y lo sentí. El calor emanando de su cuerpo fuerte y vibrante, su latido acelerado que era música para mis oídos y su piel, suave y tersa, resbalando por mi propia piel.

Él me cogió en brazos y me llevó a su habitación. Me depositó suavemente sobre una cama enorme que tenía una colcha blanca y no me fijé en nada más, porque lo único que me interesaba estaba justo delante de mí, quitándose los pantalones y el bóxer y liberando aquella parte de su anatomía que tantas veces había visto en mi imaginación y en mis sueños.

Su pene se erguía frente a mí y me incline sobre él con los ojos llenos de deseo. Lo rocé, solo fue una ligera caricia para asegurarme de que no era uno de aquellos sueños que durante aquel verano me habían despertado jadeante, envuelta en sudor y con la piel ardiendo. Lentamente profundicé aquella caricia y lo tomé entre las manos. Alcé la mirada hacia Enzo. Sus párpados caían lánguidamente sobre sus ojos y su boca estaba entreabierta mientras los músculos de su cuerpo se tensaban. Lo acogí en mi boca y lo besé. Lo llené de besos y caricias, pasé la lengua sobre su largura y me deleité en la suavidad de su piel y su sabor. Oí cómo Enzo gemía y mi sexo palpitó y se contrajo de deseo.

Enzo me empujó sobre la cama y caí sobre ella, mirándole con anhelo. Se inclinó sobre mí para poseer de nuevo mis labios y me abandoné a sus besos, apretándole contra mi cuerpo caliente y ávido de él.

Le vi descender por mi cuello, dibujando una línea sinuosa hasta mis caderas con su lengua, y contuve la respiración cuando continuó hacia abajo y abrió mis piernas, sumergiéndose entre mis muslos. Su lengua aleteó sobre el clítoris arrancándome un gemido que envolvió el silencio que nos rodeaba. Apenas podía creer que estuviera sobre su cama, bajo sus manos, junto a su cuerpo. Apenas podía creer que estaba allí, sintiendo todo aquello tantas veces soñado.

Había ansiado y temido aquel momento. Mis expectativas eran tan altas que temía que ninguno de los dos estuviésemos a la altura, pero todo lo que percibía era tan profundo y tan vivo que disipaba cualquier duda que hubiese

sentido al respecto. Esperaba que él estuviese sintiendo lo mismo.

Todo mi cuerpo tembló mientras su lengua profundizaba en mi interior y sus manos, hábiles y expertas, me acariciaban. Rodeé su cabeza con las manos y tiré de él hacia arriba, deseando volver a probar sus labios para ahogar en ellos la intensidad de todas aquellas emociones que me embargaban.

Noté su erección palpitando contra mi sexo y le rodeé con las piernas, abriéndome a él e instándole a que me penetrara. Necesitaba sentirle dentro; lo necesitaba tanto que no podía pensar en nada más que no fuese Enzo y yo fundiéndonos en un solo cuerpo. Fue una sensación mágica sentir cómo se hundía en mí lentamente mientras nuestros labios seguían unidos y le abrazaba con tanta fuerza que temí hacerle daño.

—No tengas prisa, princesa —susurró notando mi ansiedad—. Tenemos toda la noche por delante.

No dije nada. Habría deseado que así fuera. Tener toda la noche y todas las noches siguientes. Pero solo disponíamos de unas horas. Después tendríamos que despedirnos y yo regresaría a casa.

Se movió sobre mí, entrando y saliendo en mi interior. Al principio lo hizo de un modo lento y suave; después aceleró el ritmo llevándome al borde del clímax para después desacelerar, volviéndome loca de deseo.

Enzo se tumbó boca arriba arrastrándome con él e intercambiando nuestras posiciones. Aún seguía en mi interior y me coloqué a horcajadas sobre su cuerpo moviéndome arriba y abajo, abajo y arriba, disfrutando intensamente de lo que nuestros cuerpos eran capaces de darnos, mientras con sus manos acariciaba mis senos y yo no podía dejar de suspirar.

—Tócate —me pidió, y yo le obedecí.

Coloqué las manos sobre las suyas, que aún seguían sobre mis senos, y los masajee bajo su atenta mirada deteniéndome en los pezones, que pellizqué y

acaricié provocándome un placer que también vi brillar en sus ojos.

—Eres tan sexi —me dijo con voz ronca.

Yo me deshice ante aquellas palabras, deseando que aquel momento no acabara nunca.

Introduje el dedo corazón en mi boca y lo chupé, deslizándolo después hacia mi sexo mientras él me apretaba hacia abajo. Seguí moviéndome, contoneando las caderas sobre él, llenando mis ojos con las imágenes que, una tras otra, resbalaban ante ellos de forma armoniosa.

Enzo se sentó apoyando la espalda contra el cabecero de la cama y su rostro quedó a solo unos centímetros del mío. Admiré la delicada forma de sus ojos felinos, el brillo acuoso de sus pupilas, la incipiente barba rubia que comenzaba a crecer en sus mejillas y aquellos labios cuya sonrisa parecía deslizarse hacia la comisura y que desde el principio me había vuelto loca. Quise guardar aquella imagen y memorizar sus rasgos para poder dibujarlos después en mi memoria.

Tragué saliva y humedecí mis labios pasando la lengua sobre ellos, intentando deshacer el nudo que se había formado en mi garganta. No quería pensar en nada, no debía pensar en nada, y cerré los ojos para tragarme aquel nudo invisible que me ahogaba.

—Me encanta mirarte, princesa.

—Y a mí me encanta mirarte a ti —respondí perdiéndome en sus besos.

Cabalgué sobre Enzo cada vez más deprisa, buscando aquel placer que su mirada prometía y mi cuerpo deseaba ardientemente. Él volvió a apretarme contra su sexo haciéndome gritar de nuevo, perdida entre la sorpresa y el placer.

—Debería ponerme un preservativo —dijo él.

—Tomo la píldora.

—No debería...

—Es la primera vez, yo nunca... nunca...

—¿Intentas decirme que nadie se ha corrido dentro de ti, princesa?

—Nunca —respondí con un hilo de voz sin dejar de moverme.

—¿Quieres que yo sea el primero? —Parecía sorprendido. Y no podía culparle porque yo también lo estaba.

—Sí. —Y la respuesta escapó de mis labios sin control

—¿Estás completamente segura?

—Creo que sí —susurré.

—¿Lo crees? —insistió.

—Lo sé, sí. Estoy completamente segura —dije entre jadeos, volviendo a buscar sus labios.

Enzo volvió a tumbarme sobre la cama y se movió dentro de mí, pero esta vez sus embestidas fueron tan profundas e intensas que hicieron que la cama temblara bajo mi cuerpo. Le acaricié la espalda y hundí los dedos entre su pelo. Mi cuerpo se tensó esperando con avidez el siguiente movimiento, aquel que me llevaría al clímax arrastrándole conmigo.

Su lengua recorrió mi cuello y su humedad, cálida y deliciosa, pareció conectar cada una de mis terminaciones nerviosas haciendo de detonante. Lo amaba, estaba completamente segura de mis sentimientos, y eran ese reconocimiento y esa certeza los que intensificaban todo lo que sentía en aquel momento, haciéndolo extraordinario.

Temblé y me abandoné por completo a aquella sensación de plenitud que me invadía mientras mis músculos se tensaban en torno a él, atrapándole e invitándole a seguirme en aquella vorágine de sensaciones. Entonces me besó, con su cuerpo rígido por la tensión, entrando y saliendo una y otra vez hasta dejarse ir por completo.

Mientras los últimos temblores me abandonaban y nuestros labios se fundían en un beso sublime, le sentí fluir en mi interior como un río cuyo

caudal es imparable. Mis ojos se humedecieron por la intensidad del momento. Fue entonces cuando noté cómo dos gruesas lágrimas corrían por mi rostro y se perdían, para siempre, en la infinitud de mi cuello.

—¿Estás bien? —me preguntó aún jadeante.

—Mejor que nunca —respondí acurrucándome en su pecho.

Enzo me abrazó, apretándome contra él y entrelazando su mano con la mía. Me quedé dormida escuchando el latido de su corazón y desperté entre sus brazos, con nuestras manos y nuestros cuerpos aún entrelazados.

Había llegado la hora de marcharme. El reloj que había sobre la mesilla marcaba las cinco y media de la madrugada, y todavía tenía que regresar a casa y darme una ducha antes de iniciar el largo viaje de vuelta a casa. Aquella última noche junto a Enzo había sido un regalo; el broche final de un verano que, de un modo u otro, había cambiado mi vida.

Me moví despacio para no despertarle y él se removió inquieto. Salí del dormitorio para buscar mi ropa y, una vez vestida, me asomé a su habitación y me recosté contra el marco de la puerta para observarle. Sus ojos, abiertos y somnolientos, me miraron sorprendidos y sonreí.

—¿Ya te marchas? —preguntó con la voz algo ronca.

Mi piel se erizó al escucharle.

—Tengo que irme, dentro de un rato nos pondremos en camino y aún tengo algunas cosas que hacer.

—Ven —me pidió apoyando la cabeza sobre la palma de su mano izquierda y palmeando la superficie de la cama.

Yo le obedecí, deseando volver a probar sus labios y escuchar su voz.

—Podrías quedarte un rato más. —Su tono de voz era tan sugerente que casi me dejé convencer.

—No puedo —respondí recurriendo a mi autocontrol—. Supongo que aquí nos despedimos.

—¿Estás segura? —ronroneó acariciándome el cuello.

No, no lo estaba. De hecho, sí, lo estaba. Estaba segura de que quería desnudarme y meterme en la cama junto a él para repetir la experiencia de unas horas atrás, pero no podía hacerlo.

—Salimos a las siete, tenemos un largo camino por delante —dije con firmeza.

—Para volver a tu aburrida vida en una ciudad que detestas y a un trabajo que no te satisface.

—¡No detesto Madrid! —protesté—. Además, solo estaré unos días y después pondré rumbo a mi nuevo destino.

—¿Nuevo destino?

—Hace unos días que me despedí del trabajo y tengo hasta finales de septiembre para dejar el piso en el que vivo. Aunque espero poder hacerlo antes —le expliqué.

—¿Dónde vas a ir? —se interesó, atrapando un mechón de mi pelo con los dedos para enredarlo en torno a ellos.

—Aún no lo sé, pero me iré a algún lugar junto al mar y te aseguro que me siento mucho mejor de lo que he estado nunca, emocionada por todas las posibilidades que se abren ante mí y aliviada por dejar atrás una vida que no me gusta.

—Te deseo suerte, princesa —susurró entrelazando su mano con la mía.

—No la necesitaré porque ahora... sé lo que quiero —sonreí—. Será mejor que me vaya.

—Deberíamos haber hecho esto antes.

—Ya no hay tiempo para pensar en eso. Supongo que las cosas suceden cuando tienen que suceder.

Me puse en pie con su mano todavía sujetando la mía, conteniendo las palabras que, una tras otra, pugnaban por salir entre mis labios.

—Hasta la vista —susurré soltando su mano y comenzando a marcharme.

Enzo se quedó en la cama mientras yo atravesaba el pasillo, abría la puerta de la calle y salía al exterior sintiendo cómo mis rodillas flaqueaban y las fuerzas comenzaban a abandonarme. Me dirigí hacia el coche pinchándome con cada una de las piedras que había a lo largo del camino y creí oír mi nombre surgiendo de alguna parte. Pero no volví la cabeza y arranqué el coche, poniéndome en marcha antes de derrumbarme.

Un nudo atenazaba mi pecho y mi garganta, ahogándome. Los ojos me palpitaban y me quemaban las lágrimas que, una tras otra, se iban acumulando en mis ojos. Paré el coche a un lado de la carretera, incapaz de continuar, y apoyé la cabeza sobre el volante. Las lágrimas enseguida comenzaron a brotar, calientes y amargas, y rodaron por mis mejillas empapando mi camiseta. Parecía que aquello no iba a parar nunca. La tristeza, el dolor y la desesperanza se habían apoderado de mí y quise arrancármelos y dejarlos atrás para siempre. Respiré hondo, una, dos, tres veces y volví a repetirlo, una, dos, tres veces. Pero aquella pena no me abandonada. Era demasiado profunda, demasiado honda y demasiado intensa.

Llegué a casa como pude. Afortunadamente aún no se había levantado nadie y me metí bajo el chorro de la ducha un buen rato, obligándome a recuperarme. Sabía que no había nada que hacer. Mi camino se había cruzado con el de Enzo brevemente y allí se separaban para siempre, así que no merecía la pena volver sobre ello una y otra vez.

Me puse ropa limpia y fui a la cocina a preparar café. Poco a poco mis amigas se fueron levantando y a las siete y cuarto abandonábamos aquella casa en la que habíamos vivido durante los últimos treinta días. Parecía mentira que en tan corto espacio de tiempo mi vida hubiese cambiado completamente. Pero así había sido, y a partir de aquel momento ya nada sería igual.

—¿Cómo es posible que viniéramos en un solo coche con todas estas maletas y que ahora no seamos capaces de meterlas en dos coches? —me quejé—. Esto parece un puzle.

—Vamos a sacarlas y a empezar de nuevo —propuso Marisol.

—Eso ya lo hemos hecho tres veces —le recordé.

—¿Quién viene ahora? —preguntó Sofía señalando un coche que se dirigía hacia nosotras—. Creo que es Enzo, seguro que ha venido a despedirse.

Mi corazón dio un vuelco al oír aquel nombre, pero intenté disimularlo lo mejor que pude y continué moviendo las maletas de un lado a otro del maletero

—¡Es un encanto! —exclamó Lucy con una sonrisa de oreja a oreja.

—Será mejor que no perdamos más el tiempo si queremos ponernos en marcha antes de que haga más calor —dije sin volver la vista.

—¡No seas borde! —me regañó Sofía—. ¡Hola, Enzo!

¿Qué estaba haciendo él allí? Acabábamos de vernos hacia menos de dos horas y era imposible que hubiese dejado algo olvidado en su casa, puesto que solo llevaba encima unas bragas y una camiseta, y había regresado con ellas puestas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Sofía—. ¿Ya nos echas de menos?

—He venido a hablar con Olivia —le oí decir. Mi corazón se paró en mi pecho.

—¡Olivia! —gritó Marisol, aunque no era necesario porque solo nos separaban un par de metros—. Enzo ha venido a hablar contigo.

Respiré hondo y dibujé una sonrisa en mi cara antes de sacar la cabeza del maletero.

—Tenemos prisa —le dije a Enzo.

—Será solo un momento. ¿Podemos pasar? —preguntó señalando hacia la

casa.

—Cinco minutos —le advertí.

La puerta aún estaba abierta y la crucé sin dejar de mirar hacia el suelo. No podía enfrentarme a la mirada de Enzo. Hacía solo un rato que nos habíamos despedido, para siempre había creído yo, y no necesitaba pasar de nuevo por aquello.

—¡Aquí no! —exclamó Enzo cuando me paré en el vestíbulo. Me arrastró hacia el dormitorio que había estado ocupando aquel verano.

—¿Qué demonios te pasa? —le espeté.

—Tus amigas no dejaban de mirarnos —dijo removiéndose incómodo, algo que me resultó sorprendente porque era la persona más segura de sí misma que había conocido en toda mi vida.

—Nos hemos visto hace un rato, ¿no podías haberme dicho lo que vayas a decirme ahora?

—Antes tenía que darme una ducha —respondió.

—Te quedan tres minutos —dije mirando el reloj.

Enzo no dijo nada, me cogió por los hombros y me obligó a mirarle. Después me besó. ¿Cómo iba a conseguir olvidarle si me besaba de aquella manera?

—¿Qué significa esto? —pregunté confusa.

—Significa que quiero que te quedes conmigo.

—¿Quedarme contigo? Tienes que volver a tu casa, a tu trabajo, a tu vida... Y yo tengo que... tengo que... Bueno, tengo que tomar muchas decisiones aún.

—Las tomaremos juntos.

—Enzo, ¿estás bien? Porque no sé de qué me estás hablando y, la verdad, yo estoy demasiado confusa para...

Volvió a besarme, esta vez con más intensidad, de una manera diferente a

como lo había hecho otras veces.

—Sabes que entre nosotros hay algo y sería completamente absurdo negarlo —me dijo.

—¿Cuándo te has dado cuenta de eso? —pregunté apartándome un poco de él.

—Olivia, estoy hablando en serio. Quiero que te quedes y que descubramos juntos de lo que somos capaces.

—¿Y si descubrimos que no hay nada?

—Lo hay, estoy seguro.

Aquellas palabras que pronunció eran las que había deseado escuchar un millón de veces. Enzo me ofrecía una vida nueva junto a él, pero estaba asustada por todas las emociones y sentimientos que me abrumaban en aquel momento.

—Quiero que te quedes —repitió.

—Yo... yo no sé qué decir.

—Di que sí.

—Me propones esto, de repente, y no sé qué pensar.

—Piensa únicamente que me he dado cuenta a tiempo.

—¿Qué habría pasado si anoche no hubiese ido a tu casa? ¿Estarías aquí ahora? —pregunté temiendo su respuesta.

—Eso es algo que nunca sabremos.

La bocina del coche sonó en el exterior y recordé que estaba a punto de marcharme y que mis amigas me esperaban. Tenía que tomar una decisión y sentía la cabeza a punto de estallar.

—Quédate al menos este fin de semana. El domingo yo también tengo que volver a casa. Veamos qué pasa estos días. Hablaremos y tomaremos una decisión juntos. Y si llegas a la conclusión de que eso no es lo que quieres yo mismo te llevaré a tu casa —me dijo al verme dudar.

—Eso no parece muy romántico.

—Podría haber venido con un grupo de música, pero no canto demasiado bien —bromeó—. Antes de que digas nada quiero que sepas que siempre has sido y serás mi princesa, la única capaz de hacer latir mi corazón.

Noté una lágrima rodar por mi mejilla y abracé a Enzo, apretándole contra mi cuerpo. Su calor me reconfortó y supe que él era todo cuanto necesitaba para ser feliz.

No hicieron falta más palabras. Entrelazamos nuestras manos y salimos fuera, donde mis amigas esperaban con todo el equipaje cargado en los coches.

—¿Qué significa todo esto? —fue la pregunta que Sofía nos lanzó nada más vernos.

—Significa que no voy a volver con vosotras —respondí mirando a Enzo.

—¡No! —exclamó Sofía acercándose hasta nosotros—. Hemos tardado una eternidad en meter las maletas en el coche y no pienso volver a sacarlas.

—Podéis llevaros mi coche —le dije sacando las llaves de mi bolsillo y lanzándoselas.

—¿Quieres decir que estáis juntos? —preguntó Lucy sonriendo.

—Estamos juntos —afirmó Enzo pasando un brazo por encima de mis hombros y acercándose a él.

—¿Cuándo ha pasado todo esto? —La cara de Marisol reflejaba su sorpresa, y no era para menos. Ni yo misma acababa de creérmelo.

—Desde hoy, desde ayer... No lo sé —respondí—. Quizá desde siempre.

—Eso es muy romántico —suspiró Marisol.

—¿Estás loca? —inquirió Sofía furiosa—. Y vosotras, no os quedéis ahí como una tontas y ayudadme a meterla en el coche.

—Sé perfectamente lo que hago, Sofía —le aseguré.

—No lo sabes. Acaban de renovarte el contrato en el trabajo y no puedes

dejarlo ahora y, además, ¿qué va a decir tu madre?

—Iba a hablar con vosotras en cuanto regresáramos. He dejado el trabajo y también el piso. Lo resolví todo hace unos días. Mi madre ya lo sabe y, aunque no está de acuerdo, tendrá que aceptarlo —expliqué.

—Acabas de decirnos que vuestra relación es algo nuevo —me indicó Sofía.

—Os he dicho la verdad. Cuando dejé el trabajo aún no estábamos juntos, pero no me sentía satisfecha con mi vida y pensé que debía cambiar algunas cosas. Chicas, espero que podáis entenderlo. Dentro de unos días regresaré a Madrid y os prometo que hablaremos tranquilamente.

—Creo que haces lo correcto —dijo Lucy abrazándome.

—Yo también —asintió Marisol, uniéndose a nuestro abrazo.

—Os deseo suerte —murmuró Marta.

—Esto no te lo perdono. —Sofía se metió en el coche y lo puso en marcha sin despedirse.

Las vi alejarse y sentí que, entre todas, se llevaban un pedazo de mí. Suspiré apenada por el comportamiento de Sofía y enternecida por el de Marisol y Lucy.

—Voy a echarlas de menos —le dije a Enzo rodeando su cintura con los brazos y apoyando la cabeza en su pecho.

—No voy a dejarte demasiado tiempo libre para pensar, princesa —susurró él, hundiendo sus labios en mi pelo.

Epílogo

Llego a casa antes de lo habitual porque hemos ido de excursión y hemos regresado antes de lo previsto. Abro la puerta de la calle y el calor del interior me reconforta tras un frío día en el que la lluvia no ha dejado de caer hasta calarme los huesos. Me quito el abrigo y lo dejo junto al bolso, en el armario de la entrada. Después me dirijo a la cocina, mi lugar favorito de la casa. Desde la ventana puedo ver el mar, y no hay nada más maravilloso que sentarse allí con una taza de café caliente entre las manos.

Ha sido sorprendentemente fácil acostumbrarme a este lugar. Desde el primer día sentí que formaba parte de él, como si solo hubiese estado ausente algún tiempo para después regresar.

Miro hacia uno y otro lado de la playa buscando al hombre que ha hecho posible que todos mis sueños se hagan realidad, pero no hay ni rastro de él. El mar está revuelto y hay grandes olas rompiendo con furia contra las rocas. Sin embargo, a Enzo no parece importarle el tiempo que haga y cada día coge su tabla de surf y se lanza a una nueva aventura.

Unos meses atrás, tras un intenso fin de semana, volvimos juntos a Madrid para recoger mis cosas y despedirme de mi familia y mis amigas. Sofía seguía enfadada cuando me marché, igual que mi madre, pero poco a poco, con el tiempo, ambas han ido entrando en razón y han comprendido que mi decisión era la más acertada; la que me hacía feliz y, por tanto, la más conveniente. Y lo fue. Durante estos meses no me he arrepentido ni una sola vez de haberla tomado.

Enzo me ha hecho sentir que estaba en casa desde el primer momento. Apenas llegamos me llevó a conocer a su familia y me presentó a sus amigos. Todos me recibieron con los brazos abiertos, sin hacer preguntas y sin cuestionar la rapidez con la que habíamos decidido compartir nuestras vidas.

La familia de Enzo es enorme: un padre y una madre encantadores y cinco hermanos, todos del sexo masculino, que en estos meses me han hecho sentir parte de la familia, al igual que todos y cada uno de sus amigos.

Enseguida encontré trabajo en un colegio concertado. Aunque mi horario es de mañana y tarde, he vuelto a hacer lo que me gusta: enseñar. No podría sentirme más afortunada. Algunos días, al despertar, aún pienso que todo es un sueño y que no es posible que solo treinta días sirvieran para cambiarlo todo, brindándome una nueva oportunidad. Pero a veces, un solo segundo puede cambiarnos la vida haciéndonos las personas más desgraciadas o más afortunadas del mundo.

Vuelvo a asomarme a la ventana y le veo caminando hacia nuestra casa, enfundado en el traje de neopreno, con el pelo empapado y la tabla de surf bajo el brazo. Admiro su cuerpo fuerte y musculoso, y sus largas piernas enfundadas en aquel traje que forma parte de él. Miro su rostro, que es lo primero que veo al despertar cada mañana. Aún se me acelera el corazón cuando nos reencontramos cada tarde. Aún siento que me flaquean las piernas y se me seca la boca cuando me mira. Aún le echo de menos cada segundo que estamos separados.

Oigo abrirse la puerta del garaje y voy a buscar una toalla. Le espero en el pasillo, junto a la puerta que comunica con el garaje, y pocos segundos después le veo entrar. Hace frío y está completamente mojado, pero él no parece notarlo.

—Has llegado pronto, princesa —me dice besándome en los labios mientras sus manos me rodean la cintura.

—¡Me vas a mojar!

—Me gustas mojada —bromea él apretándome contra su cuerpo.

—¡Suéltame! —exclamo forcejeando aunque sé que tengo las de perder—.

Vas a conseguir que cojamos una pulmonía.

—Y nos quedaremos en la cama una semana entera —dice con voz ronca.

—Con cuarenta de fiebre y hechos polvo —añado frotándole el pelo con la toalla. Enzo me la quita de las manos.

—Será mejor que me quite esto —dice tirando de mí hasta el salón. Inmediatamente comienza a desnudarse—. Y tú también —añade señalando mi ropa.

Ladeo la cabeza y le miro fijamente, intentando leer su mente.

—¿Necesitas ayuda? —susurra acercándose a mí completamente desnudo.

—Es posible —respondo recorriendo su cuerpo con la mirada.

—¡Ven aquí! —me ordena tirando de mí y arrancándome la camisa. Los botones salen disparados en todas las direcciones posibles y le reprendo por ello.

—No puedes seguir haciendo esto. Me estoy quedando sin camisas. Y sin bragas.

—No deberías llevar bragas.

—No, tú no deberías arrancármelas —me quejo, pero no puedo evitar sonreír.

Enzo se deshace de mis pantalones y de mi ropa interior, y me empuja sobre el sillón. Enseguida su cuerpo cubre por completo el mío. Me siento feliz, inmensamente feliz.

—Te he echado de menos —me dice—. Llevo todo el día pensando en ti.

—Yo también —le confieso—. Eres como un parásito que se ha apoderado de mi mente.

—Y ahora me apoderaré de tu cuerpo.

Enzo hunde la cabeza entre mis senos y un gemido escapa entre mis labios al sentir los suyos recorriendo mi piel. Sus manos bajan hacia mi sexo.

Nunca tengo suficiente de él. Le deseo cada hora del día, cada segundo; estemos juntos o separados.

—Eso me gusta —le digo al notar su lengua bajando hacia mi ombligo.

—Y esto, ¿te gusta? —pregunta metiendo la cabeza entre mis piernas.

—Eso me vuelve loca —respondo cerrando los ojos y hundiendo los dedos en su pelo.

Enzo me acaricia, lame, besa y succiona haciéndome temblar de placer. Aún recuerdo aquella primera vez que atesoro en mi mente como mi joya más preciada, pero el sexo entre nosotros ha ido mejorando cada día y no dejo de sorprenderme por nuevos descubrimientos acerca de mi cuerpo y de su cuerpo, de mi propio placer y del suyo.

—No voy a dejar que acabes sin mí —dice colocándose de nuevo sobre mi cuerpo.

—No pensaba hacerlo.

—¿Estás segura? —En sus labios se dibuja esa media sonrisa de la que he terminado enamorándome.

—Segurísima —sonrío, rodeándole el rostro con las manos.

Me encanta mirarle. He aprendido a leer en sus ojos cada una de sus emociones, a interpretar sus sonrisas y sus gestos. Incluso a leer sus pensamientos. Le quiero y me quiere, y me siento afortunada por haber encontrado a esa persona que me hace sentir especial.

—¿Puedo preguntarte algo? —le digo.

—¿Ahora? —parece decepcionado, como un niño al que le han castigado sin su helado. Hasta se le ha borrado la sonrisa de su rostro.

—Es algo importante, algo a lo que llevo dándole vueltas algún tiempo.

—¿No iras a declararte, princesa? —bromea.

—Nunca lo haría. Las princesas esperamos que sea el príncipe quien dé el primer paso y, por supuesto, esperamos que nos regalen joyas dignas de una princesa.

—¡Dispara!

—Tengo curiosidad por algo. Me gustaría saber por qué durante todo el verano te comportaste conmigo de aquella manera. Estaba tan confusa por tu actitud que nunca habría averiguado por mí misma si estabas interesado en mí o si solo se trataba de un juego. ¿Por qué no dejaste claras tus intenciones desde el principio?

—Recuerdo que un día te dije que eras una princesa caprichosa que no sabía lo que quería. Quizá nadie más podía verlo, pero yo lo vi claro desde el principio —me explica.

—¿A qué te refieres?

—No eras feliz y tenías que tomar muchas decisiones que únicamente te correspondían a ti. Necesitabas dejar atrás una vida que no te satisfacía.

—Acabábamos de conocernos, no podías saber nada de mí, pero parece que me juzgaste desde el primer momento —afirmo.

—Se veía a la legua, Olivia. Una mujer infeliz e insatisfecha que iba dando tumbos por la vida sin encontrar su lugar.

—Tal vez, si me lo hubieses dicho entonces...

—Eras tú quien debía descubrirlo. Si te lo hubiese dicho yo, nunca habrías sabido si las decisiones que tomaste, y sus consecuencias, habían sido obra tuya o mía.

—Y yo que pensé que eras un donjuán... —Suspiro abrazándome a él.

—¿Podemos seguir, princesa? —pregunta besándome el cuello.

—Solo una cosa más y después seré toda tuya.

—Esto te va a costar muy caro. Es posible que esta noche no te deje dormir.

—¿Una noche de insomnio? ¿Haciendo qué? —pregunto con voz

sugerente.

—Se me ocurren un millón de cosas —susurra en mi oído.

—Eso no suena a castigo, Enzo, más bien a promesa. Así que es posible que me pase un buen rato haciéndote un millón de preguntas que...

—Solo una —me pide bajando la cabeza hacia uno de mis senos y lamiéndolo con avidez.

—Es que no puedo quitarme de la cabeza la escenita que tú y esa chica protagonizasteis en el bar aquella noche, delante de toda esa gente.

—¿Celosa aún?

—Nunca he estado celosa por aquello, solo me pregunto por qué lo hiciste.

—Solo quería provocarte, Olivia —responde mirándome fijamente.

—¿Solo querías provocarme? —repito—. No tenías que llegar tan lejos, ya me provocabas cada día de un millón de maneras diferentes.

—Creo que ya podemos seguir con lo que estábamos hace unos minutos —me dice acariciándome entre las piernas.

—Supongo que sí —respondo rindiéndome.

Después de un suave pero intenso beso, Enzo entra en mi interior con facilidad; tanta que me sorprende la forma perfecta en la que encajamos desde el primer día. Como dos mitades de un mismo elemento.

Nunca he creído en el destino, pero ¿y si ese destino estuviese escrito en alguna parte?

—Te quiero, Olivia —susurra Enzo sobre mis labios mientras me hace el amor con suavidad.

—Y yo a ti más.

—Eso no lo sabes —discute él—. Yo te quiero desde el día que te vi por primera vez.

—Y yo a ti desde antes de conocerte.

—Eres una tramposa —sonríe.

—No, no lo soy, pero sabía que estabas en algún lugar junto al mar y que solo tenía que encontrarte.

—Me alegro de que me encontraras, princesa.